

Te perderás en el...

ASYLUM



MADELEINE ROUX



Para Dan Crawford, el programa de verano para alumnos sobresalientes es una oportunidad única. Sus amigos nunca comprendieron su fascinación por la historia y la ciencia. Pero en el Colegio Preparatorio New Hampshire, esas preferencias están a la orden del día.

Al llegar al lugar, se encuentra con que la residencia a la que debía ir ha sido cerrada, por lo cual todos los estudiantes se ven forzados a quedarse en Brookline, lo que solía ser un hospital psiquiátrico.

Cuando Dan y sus nuevos amigos, Abby y Jordan, comienzan a explorar los pasillos y el sótano oculto del lugar, descubren secretos escalofriantes sobre lo que realmente ocurría allí. Secretos que los vinculan a ellos con el oscuro pasado del hospicio.

Brookline nunca fue un instituto para enfermos mentales comunes: alojó tanto a psicópatas como a homicidas, sujetos sumamente peligrosos, y hay hechos y prácticas aberrantes que saldrán a la luz.

Con fotografías estremecedoras de hospicios reales, *Asylum* lleva al lector a los límites difusos entre el pasado y el presente, entre la amistad y la obsesión, entre la genialidad y la locura.

Esta historia es una advertencia: la mente puede jugar malas pasadas cuando se ingresa a un submundo donde nada es lo que parece y se experimenta con ella. Siempre habrá consecuencias... y no serán nada agradables.



Madeleine Roux

Asylum

Asylum-1

ePub r1.0

fenikz 23.04.16

Título original: *Asylum*

Madeleine Roux, 2013

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves

Diseño de cubierta: Cara E. Petrus & Sammy Yeun

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2





3er. Aniversario



más libros, más libres

Miré hacia la profunda oscuridad,
permanecí mucho tiempo lleno de dudas y miedos,
y soñé sueños que nadie se atrevió a soñar jamás.

-EDGAR ALLAN POE.





PRÓLOGO

La construyeron de piedra, gris y oscura, extraída de las inclementes montañas. Era una casa para quienes no podían cuidar de sí mismos, para los que oían voces, los que tenían pensamientos raros y hacían cosas extrañas. La casa fue construida para encerrarlos. Una vez que llegaban, ya no se iban nunca más.

CAPÍTULO

No. 1

Dan tenía ganas de vomitar.

La estrecha calle de grava que habían empezado a recorrer unos ocho kilómetros antes hacía que su taxi se sacudiera violentamente, y a eso se sumaban los nervios típicos del primer día de clases. El conductor no dejaba de quejarse de los posibles pinchazos y abolladuras que el camino le causaría al automóvil. Dan solo esperaba que el taxista no pretendiera que él pagara los daños; el viaje desde el aeropuerto ya era bastante caro.

Aunque todavía era temprano en la tarde, afuera la luz era tenue a causa del denso bosque que bordeaba el camino. *Sería fácil perderse en estos bosques*, pensó.

—¿Sigues vivo allá atrás?

—¿Cómo? Sí, estoy bien —dijo Dan, y se dio cuenta de que no había pronunciado palabra desde que se había subido—. Solo que me gustaría llegar a una calle más plana.

Finalmente, llegaron a un claro en el bosque y todo se iluminó con el sol de verano.

Ahí estaba: la Universidad de New Hampshire, donde pasaría las siguientes cinco semanas.

Este curso de verano había sido como una luz al final del túnel de todo el año escolar. Ahora pasaría tiempo con chicos que tenían ganas de aprender, que hacían su tarea de antemano y no apoyados contra su casillero, de forma descuidada y a toda prisa antes de que sonara el timbre. No podía esperar a estar ahí.

Por la ventana, reconoció edificios que vio en el sitio web de la Universidad. Se trataba de pintorescas construcciones coloniales hechas de ladrillo, situadas alrededor de un jardín con hierba verde esmeralda, impecablemente recortada. Dan sabía que estos eran los edificios académicos, donde se dictaban las clases. Ya había algunos estudiantes divirtiéndose con un *frisbee* en el jardín. ¿Cómo se habían hecho amigos tan rápido? Tal vez en este lugar era así de fácil.

El taxista se detuvo en una intersección sin saber hacia dónde avanzar. En diagonal hacia la derecha había una iglesia, bonita, sencilla, con un campanario alto, y detrás, una hilera de casas. Dan se inclinó hacia adelante y vio que el conductor encendía la direccional de la derecha.

—En realidad, es hacia la izquierda —dijo Dan de repente y volvió a hundirse en su asiento.

El taxista se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Esta estúpida máquina no se decide —dijo, mientras golpeaba el GPS en el centro del tablero. El camino que el aparato había trazado parecía terminar allí.

—Es hacia la izquierda —repitió Dan, con menos seguridad esta vez. La verdad era que no estaba seguro de cómo sabía el camino; no lo había investigado de antemano, pero había algo acerca de esa iglesia inmaculada que evocaba en él un recuerdo, o un

presentimiento.

Tamborileó con los dedos sobre el asiento, impaciente por ver dónde viviría. La residencia habitual estaría en renovación durante el verano, así que los estudiantes del curso se alojarían en un edificio más antiguo, llamado Brookline, que los folletos con la información para matricularse describían como una «instalación dedicada a la salud mental en desuso y un sitio histórico». En otras palabras, un *manicomio*.

Le había resultado extraño que no hubiera fotos de Brookline en el sitio web, pero cuando el taxi dobló la esquina y pudo ver el edificio, entendió la razón.

No importaba que la Universidad hubiera pintado recientemente las paredes exteriores o que un jardinero emprendedor hubiera exagerado un poco plantando montones de alegres y coloridas hortensias a lo largo del camino: Brookline se alzaba imponente al final de la calle, como una advertencia. Dan nunca había creído que un edificio pudiera resultar *amenazador*, pero Brookline tenía ese efecto y más. Hasta parecía estar observándolo.

Regresa ahora, susurró una voz en su cabeza.

Dan se estremeció y comenzó a imaginar cómo debían haberse sentido los pacientes del manicomio en los viejos tiempos, cuando los ingresaban. ¿Sabrían lo que estaba sucediendo? ¿Alguno de ellos habría tenido esa misma sensación de pánico, o estaban demasiado fuera de sí para comprenderlo?

Sacudió la cabeza. Eran pensamientos ridículos... Él era un estudiante, no un paciente. Y, como les había asegurado a Paul y a Sandy, Brookline ya no era un manicomio; había cerrado sus puertas en 1972, cuando la Universidad lo compró para crear una residencia mixta, con baños comunitarios y un diseño funcional.

—Muy bien, ya estamos aquí —dijo el taxista, aunque se habían detenido a unos diez metros de la entrada. Tal vez Dan no era el único a quien ese lugar le provocaba sensaciones extrañas.

De todos modos, buscó su dinero y le entregó tres de los billetes de veinte que sus padres le habían dado.

—Quédese con el cambio —dijo, mientras se bajaba del automóvil.

Algo acerca de arremangarse y tomar sus cosas de la cajuela hizo que, finalmente, el día se sintiera real. Un chico con una gorra azul pasó cerca de él, cargando una pila de cómics gastados. Dan sonrió. *Mi gente*, pensó. Entró en la residencia. Durante las siguientes cinco semanas, este sería su hogar.



CAPÍTULO

No. 2

Si en la escuela de Dan un BMW nuevo en el estacionamiento te convertía en un triunfador, los productos marca *Apple* y poseer grandes cantidades de libros tenían el mismo efecto en el CPNH.

Así se suponía que debían llamar al programa, como Dan descubrió rápidamente. Los estudiantes universitarios voluntarios que entregaban las llaves de las habitaciones y ayudaban a los adolescentes a instalarse repetían constantemente «¡Bienvenidos al CPNH!», y cuando él lo llamó «Colegio Preparatorio New Hampshire», lo miraron como si fuera simpático pero un poco lento.

Dan subió los escalones de la entrada y se encontró en un gran vestíbulo. La enorme araña de cristal no conseguía vencer la oscuridad que creaban el recubrimiento de madera y los espacios atiborrados de muebles. A través de un enorme arco al otro lado de la entrada, vio una gran escalera con pasillos a ambos lados que conducían al interior del edificio. Ni siquiera el ajetreo de los estudiantes que entraban y salían contribuyó a disipar el sentimiento de desazón.

Comenzó a subir las escaleras con sus maletas. Tres largos pisos después, llegó a su dormitorio, el número 3808. Depositó en el suelo su equipaje, abrió la puerta, y descubrió que su compañero de cuarto ya se había instalado, o más bien, se había *archivado*. Libros, revistas de manga y anuarios de todos los tamaños y formas (la mayoría sobre biología) estaban acomodados en orden y por colores en los estantes provistos. Su compañero había ocupado exactamente la mitad del espacio de la habitación y había guardado sus maletas debajo de la cama más cercana. La mitad del ropero ya estaba ocupada con camisas, pantalones y abrigos colgados; había usado perchas blancas para camisas y abrigos, azules para los pantalones.

Parecía que había estado viviendo allí durante semanas.

Dan arrastró sus maletas hasta la cama desocupada y revisó los muebles que le pertenecerían durante el verano. La cama, la mesita de noche y el escritorio parecían estar en buenas condiciones. Abrió el primer cajón por simple curiosidad, preguntándose si encontraría una Biblia, como en los hoteles, o una carta de bienvenida. En lugar de eso, descubrió un pequeño trozo de lo que parecía ser papel fotográfico. Era antiguo y estaba tan descolorido que casi era blanco. Podía distinguir vagamente a un hombre mayor, con lentes, vestido con una bata de médico y una camisa oscura, que lo observaba desde la imagen. No había nada en la foto que llamara la atención, excepto por los ojos o, en realidad, el lugar donde habían estado los ojos. Con descuido, o quizá con ira, alguien los había tachado.



CAPÍTULO

No. 3

—¿Daniel Crawford?

Giró con el pedazo de fotografía aún en sus manos. Un adolescente desgarbado estaba de pie junto a la puerta, vestido como un misionero mormón, con una camisa blanca almidonada, corbata oscura y pantalones plisados.

—Hola —dijo Dan, saludándolo con un gesto de la mano—. ¿Eres mi compañero de habitación?

—Eso parece, sí —dijo con más seriedad que sarcasmo—. Félix Sheridan —agregó el chico—. ¿Te asusté?

—No, no, yo solo... encontré esta foto... al menos creo que es una foto; podría ser una postal o algo así, supongo. Como sea, alguien se dejó llevar con ella y el resultado es bastante raro —Dan levantó la fotografía y se encogió de hombros. Quizá no era la mejor forma de romper el hielo, pero nunca había sido muy bueno causando primeras impresiones—. ¿Tú también recibiste una? Quizás es parte de una búsqueda del tesoro o algo así.

—No, no recibí nada como eso —Félix parpadeó; sus ojos eran de un tono azul blanquecino—. Recibí el paquete con información para estudiantes nuevos, instrucciones de seguridad de la residencia y la lista de materias. Pero todo eso me llegó por correo hace algunas semanas.

—Sí, yo también lo recibí —Dan se encogió de hombros nuevamente, incómodo con la situación—. Solo preguntaba; no tiene importancia.

Volvió a poner la fotografía en el cajón y lo cerró. Seguramente podía arreglárselas para pasar el resto del verano sin volver a abrirlo.

—Podría escanear la foto e investigarla, si quieres. Es muy fácil: solo tengo que hacer una búsqueda de imágenes inversa. Aunque en realidad, ahora que lo pienso, me recuerda un poco a...

—Gracias, pero no es necesario —interrumpió Dan, deseando no haberlo mencionado—. Oye, ¿no hay una fiesta de bienvenida o algo así a la que deberíamos asistir?

—Si me dejaras terminar... —dijo Félix calmadamente y esperó un momento extra incómodo antes de continuar—. Iba a decir que me recuerda a algunos de los retratos que encontré abajo.

—¿Hablas en serio? ¿Qué quieres decir? —Dan no pudo evitarlo; el comentario había despertado su curiosidad.

—Hay una oficina abandonada en la planta baja —explicó Félix—. Creo que pertenecía al director del viejo manicomio o algo así. Hay documentos, fotografías y otras cosas, y cualquiera puede entrar y verlas. Hay un cartel que dice que es una zona prohibida, pero el candado de la puerta está roto.

—¿Realmente entraste?

Él no solía romper reglas, y basándose en lo poco que sabía de su compañero de habitación hasta ese momento, hubiera creído que él tampoco.

Félix asintió.

—Vengo de ahí, en realidad. No miré con mucho detenimiento, pero estoy bastante seguro de que había algunas fotografías como la tuya.

No es mía, pensó Dan con un escalofrío. *Solo soy el chico desafortunado que la encontró.*

—Tal vez deberías verlo con tus propios ojos, pero debo advertirte: el lugar es bastante perturbador, por decirlo de una forma amable.

Sin embargo, Félix no parecía perturbado. En todo caso, allí de pie, bloqueando la entrada, parecía estar desafiándolo. Pero Dan tenía otras cosas en que pensar.

—Entonces... ¿la fiesta? —dijo.

Félix entró y fue a buscar uno de los *blazers* azules en el ropero.

—Sí, claro —se unió a él en la puerta—. ¿Has visto muchas chicas? En nuestro piso parece haber solo unas pocas. Pero apuesto a que habrá más en esta fiesta, ¿no crees, Daniel?

Dan permaneció mirando a su compañero, tratando de conectar de forma coherente todo lo que sabía sobre él con una única persona. Se preguntó si todos en este curso tendrían personalidades tan contradictorias. En teoría parecía un buen cambio de aires en relación con lo que estaba acostumbrado en su escuela, donde todos eran muy predecibles. *En teoría.*

—Seguramente habrá chicas, pero... —Félix lo miró, impaciente—. Escucha, no soy bueno ayudando a conseguir citas. Tendrías mejor suerte por tu cuenta —Dan sintió que había sido un poco brusco al sacarse de encima a Félix de esa manera cuando él solo trataba de ser su amigo, pero prefería mantener a su compañero a una distancia prudente. *Especialmente* cuando se trataba de chicas.

—Muy bien. Probablemente sea mejor que no peleemos por las mismas, ¿verdad?

Dan soltó un pequeño suspiro, asintiendo.

Los pasillos estaban repletos de chicos que todavía estaban instalándose. Muchos deambulaban en grupos, conversando. ¿No podría haberle tocado uno de *ellos* como compañero de habitación?

—Mira, Daniel Crawford —ordenó Félix, obligándolo a detenerse cuando llegaron al vestíbulo. Señaló hacia el otro lado de la puerta principal, donde había estudiantes caminando por el jardín—. *Chicas*. Suficientes para ambos.

Dan soltó cuidadosamente su brazo de la mano sudada de Félix y se dirigió hacia la puerta. El día mejoraría. Tenía que mejorar.



—Me siento muy adulto, ¿y tú? —Dan tomó otra cucharada de helado de menta con chispas de chocolate.

Félix lo miró sin comprender.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir.

—Me refiero a esto —Dan levantó el pequeño bote de cartón que contenía el helado y lo balanceó de un lado a otro—. Todo este asunto de la fiesta y el helado. Parece... no sé, como si fuéramos niños en una fiesta de cumpleaños —miró la pequeña cuchara de madera que había venido con el bote. Solo lo hizo sentirse más ridículo.

Se encontraban en el salón Wilfurd, un enorme comedor convertido en sala de fiestas, ubicado en uno de los edificios que rodeaban el jardín. Arriba, un tragaluz abovedado permitía entrar los últimos vestigios de luz. El atardecer le daba un matiz violáceo al salón, mientras afuera la niebla se posaba cerca del suelo.

—No relaciono el helado con mi niñez —dijo Félix.

Seguramente porque nunca ibas a fiestas de cumpleaños. Dan se reprendió inmediatamente. Debía tratar de ser más amable, pero la conversación hasta ese momento había sido un desastre.

—En lo personal, estaba esperando tener la oportunidad de obtener asesoramiento acerca de qué clases de biología tomar, pero no veo a ninguno de los profesores... ¡Espera! Creo que ese podría ser el profesor Soams. Leí su tesis acerca de la evolución de los patógenos microbianos...

Dan no escuchó el resto de lo que Félix estaba diciendo, feliz de verlo alejarse abriéndose paso entre la gente en dirección a un hombre mayor que se encontraba al otro lado del salón. Sin embargo, a pesar del alivio que sentía por librarse un rato de Félix, ahora estaba plenamente consciente de que se encontraba solo en medio de una multitud.

Esperando no lucir tan incómodo como se sentía, tomó otra cucharada de helado derretido. Tenía un sabor arenoso, como a medicamento. Un desagradable olor a cigarrillo entró a través de las puertas que daban al exterior y sintió que el estómago se le revolvía.

Cálmate, Dan, estás bien; estás bien.

Comenzó a sudar frío y sintió un hormigueo en la nuca. Estaba mareado, y el tragaluz empezó a girar. Todo el salón, en realidad, giraba. Intentó sostenerse en la mesa que tenía detrás, pero trastabilló. En cualquier momento caería al suelo.

Una fuerte mano lo tomó del brazo y detuvo su caída.

—¡Epa! Ten cuidado, campeón, o terminarás con ese helado de sombrero.

Dan parpadeó y comenzó a ver con mayor claridad. Frente a él, todavía sujetándolo por el brazo, había una chica menuda con grandes ojos pardos, piel cremosa y aceitunada.

Llevaba puesta una camiseta sin mangas debajo de una camisa grande manchada con pintura. Sus *jeans* estaban rasgados y traía un par de botas de combate negras.

—Gracias —dijo Dan, revisando su camisa para asegurarse de que no se había manchado—. Me parece que hace demasiado calor aquí dentro.

La chica sonrió.

—Por cierto, soy Dan Crawford.

—Abby, Abby Valdez —dijo. Se estrecharon las manos. Las de ellas eran fuertes y cálidas.

—Tú lo has dicho —Abby resopló y sacudió su cabello ondulado, que cayó como una cortina negra sobre uno de sus hombros. Tenía plumas violetas y verdes enhebradas entre los rizos—. Al menos podrían encender un ventilador.

—¿Verdad que sí? Entonces, eeh, ¿qué opinas de este lugar hasta ahora? —dijo Dan. Le pareció una buena pregunta, normal, especialmente después de su episodio, que definitivamente no había sido muy normal. La doctora Oberst siempre le decía que si se ponía nervioso durante una conversación, lo mejor era hacer preguntas a la otra persona y dejarla hablar por un rato.

—Preferiría no estar viviendo en un antiguo manicomio, pero aparte de eso, es genial. ¿Por qué estás aquí? Es decir, por cuáles clases.

—Voy a estudiar Historia, principalmente, y tal vez un poco de Psicología. ¿Y tú?

—Te doy una oportunidad para adivinar —respondió Abby riendo—. Y no es Astrofísica.

Dan observó las salpicaduras de pintura de su camisa y las manchas oscuras de sus manos, rastros de lápiz en sus palmas y nudillos.

—Humm, ¿arte?

—¡Lo adivinaste a la primera! —dijo Abby dándole un golpe suave en el brazo—. Sí, se supone que los talleres aquí son geniales, y me pareció una buena oportunidad para mejorar mi técnica antes de tener que entregar la carpeta de muestras para la solicitud de ingreso a la Universidad. Quién sabe, ¿verdad? Hay tantas opciones —hablaba rápido, con energía, pasando de un pensamiento a otro casi sin pausas para respirar. Dan asentía y decía «ajá» cuando creía que era apropiado.

Sin haberlo discutido, comenzaron a dirigirse hacia la salida.

—¿Te sientes mejor?

—¿Qué quieres decir? —Dan se detuvo cuando llegaron a la puerta. Afuera, un *frisbee* que brillaba en la oscuridad pasó volando. Un grupo de estudiantes estaban reunidos en el jardín jugando con el disco.

—¿Hace un rato? ¿Cuándo parecía que te ibas a desmayar?

—Ah, eso. Sí, estoy bien. Creo que fue el calor, y no he comido mucho hoy —era una buena excusa, teniendo en cuenta que nunca sabía muy bien qué ocasionaba sus episodios. Aunque, francamente, esta vez estaba feliz de que hubiera pasado, o no habría conocido a Abby.

—¿Te gustan los deportes? —preguntó Dan, señalando a los estudiantes que corrían por la hierba.

—¿A mí? —preguntó ella riendo mientras jugaba con una de las plumas de su cabello—. En realidad, no. En las competencias deportivas de mi escuela suelo estar en las gradas. Toco la flauta en la banda escolar. No es lo que más me gusta, pero mi padre dice que se verá bien en la solicitud de ingreso a la Universidad.

—A mí tampoco me gustan los deportes —se detuvieron frente a los escalones que bajaban al jardín mientras veían el juego de *frisbee*—. Mi padre se siente un poco decepcionado... Le gustaba mucho el béisbol cuando era niño.

Un poco decepcionado era quedarse corto.

Paul, su padre adoptivo, había logrado ingresar a la Universidad gracias a una beca deportiva de béisbol, y lo había presionado para que jugara beisbolito cuando era niño, y después para que participara en las ligas juveniles, hasta que Dan finalmente había admitido que prefería ir al campamento de ciencias.

—Bueno, si estás aquí no puede estar tan decepcionado. Hay que ser un «cerebro» solo para que te acepten... —Abby se interrumpió y comenzó a saludar enérgicamente con la mano a un chico que caminaba hacia ellos. El adolescente se aproximaba despreocupadamente entre el juego de *frisbee*, ignorando a los estudiantes que le gritaban que se quitara de en medio. Dan observó a Abby y a su amigo y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Aunque no tenía ningún derecho sobre la chica (la había conocido hacía diez minutos), le entusiasmaba pensar que había encontrado a alguien que estaba sola en el curso, como él. Y ahora no podía evitar mirar al desconocido, con su cabello y su rostro melancólico y su atuendo cool, y pensar: *Bien, no puedo competir con eso.*

—¿Qué hay de nuevo, nerds?

—Jordan, sé amable —dijo Abby, alzando la mirada—. Él es Dan. Dan, él es Jordan, y te juro que no es un idiota.

—Nop —dijo Jordan—. Solo un cretino. ¿Qué tal, Dan? ¿Te estás adaptando bien al campamento para cerebritos?

Traía unos lentes modernos y un pañuelo verde atado holgadamente alrededor del cuello. Dan sintió envidia de la barba crecida del chico; su propio vello facial crecía de forma irregular.

—En serio, Jordan. ¿A quién tratas de impresionar? Lo siento, Dan, solo está fanfarroneando. Nos conocimos por casualidad en el autobús cuando veníamos para acá y, en realidad, es una persona agradable cuando lo conoces mejor —Abby soltó un chillido

cuando Jordan la abrazó por un costado. Dan sintió un fuerte deseo de apartar la mirada. No necesitaba que le restregaran sus arrumacos en la cara.

—Bueno, bueno: empecemos de nuevo —Jordan dio un paso hacia atrás, se frotó las manos y acomodó sus lentes—. Soy Jordan, encantado de conocerte. Ahora deja de fulminarme con la mirada; ella no es mi tipo, ¿está bien?

—¡Por Dios, Jordan, con eso no has mejorado nada! —resoplando, Abby se encogió tratando de esconder el rubor que estaba invadiendo sus mejillas.

—Lo siento, Abbadabadoo, es muy fácil molestarte.

Dan debió haberse perdido algo porque, de repente, los otros dos estaban riendo a carcajadas y él no entendía nada. Su confusión debió reflejarse en su rostro, porque Abby miró a Jordan y él, alzando la mirada, explicó en un tono que hizo sentir a Dan como un niño de cinco años:

—Soy gay, por eso Abby no es mi tipo.

—Ah. Sí. Claro.

A Dan no le importaba que Jordan fuera gay, pero sabía que cualquier cosa que tratara de decir ahora para defenderse sonaría estúpida. Abby y Jordan ya habían cambiado de tema; estaban conversando y bromeando, relajados, y de pronto Dan se sentía como un intruso. Si se habían vuelto amigos tan íntimos en el lapso de un viaje en autobús, seguramente no tendrían problemas para hacer más amigos, amigos menos almidonados y cabezas huecas que Dan.

—Hay una vieja oficina espeluznante en la planta baja de nuestra residencia —dijo repentinamente. Sus mejillas debían estar encendidas, lo sabía. Sintió que todo el rostro le ardía cuando Abby y Jordan dejaron de hablar bruscamente. Se volvieron al mismo tiempo para mirarlo.

—¿Disculpa? —preguntó Jordan, frunciendo el ceño.

—En Brookline. Cerca del vestíbulo —no quería parecer demasiado entusiasmado, pero al menos Abby se veía interesada; había inclinado la cabeza hacia un lado y estaba mordisqueándose el labio pensativamente.

—Creo que pasé por ahí. Pero parecía cerrada. Como en cuarentena —dijo Abby.

—Félix, mi compañero de habitación, estuvo adentro. Dice que estaba abierta. Por lo que me contó, sería interesante investigarla, ¿cuando todos duerman, quizá? —al terminar de hacer la pregunta, se dio cuenta de lo extraña que sonaba la propuesta. Los estaba invitando a merodear en la oscuridad y apenas los conocía...

Jordan pareció leer su mente y comenzó a sacudir la cabeza mientras jugaba distraídamente con su pañuelo. La actitud fanfarrona que había mostrado antes había desaparecido.

—Creo que va contra las reglas. No quiero sonar patético, pero no deseo que me

expulsen, al menos no el primer día. En realidad, *nunca*, pero definitivamente no el primer día.

—Dijo que estaba abierta, Jordan. No parece prohibido —aportó Abby y le sonrió a Dan—. Creo que suena interesante... y siempre estoy en busca de inspiración.

Apuesto a que debe haber todo tipo de antigüedades increíbles escondidas ahí.

—Hay fotografías —dijo Dan, antes de que Jordan pudiera desalentarlos otra vez—. Félix dijo que había muchas.

—¡Genial! Me fascinan las fotos antiguas en blanco y negro —dijo Abby codeando a Jordan, quien seguía sin estar demasiado entusiasmado con la idea.

—¿Estaba *abierta*? ¿Seguro? —preguntó.

Dan asintió.

—Al menos según mi compañero de habitación, lo estaba, y no me dio la impresión de que fuera la clase de persona que exagera. Dijo que había un candado, pero que estaba roto.

—Eso sí que es descuidado —dijo Abby.

—Y raro —agregó Jordan, frotándose los codos como si sintiera frío—. No estoy seguro. Abby, creo que es más tu estilo. No soy fan de lo macabro.

—No vas a quedarte afuera de esto —respondió ella con firmeza—. ¿No es verdad, Dan? —sus ojos brillaron.

—Claro... ¡claro que no! Tienes que acompañarnos —por un momento, se había ilusionado con la idea de ir solo con Abby a investigar la oficina.

—No lo sé... —Jordan pateó una piedrita invisible en el suelo—. Parece arriesgado.

Tenía razón. A pesar de lo que Dan había dicho sobre el candado roto, estaba bastante seguro de que la entrada a esa oficina estaba prohibida. Y si los atrapaban y los expulsaban, como Jordan temía, Dan nunca se lo perdonaría. Además de arruinar su propio verano, sería culpable de echar a perder también el de sus nuevos amigos.

Eso sí que causaría una buena primera impresión.

Pero sentía que había abierto una caja de Pandora, que las posibilidades que había desatado un viaje a la sección antigua del manicomio se le habían escapado de las manos.

Además, la verdad era que realmente quería saber si había más fotos como la que había encontrado en su habitación.

—Vamos —instó Dan, señalando la figura desgarbada de Félix, que se movía entre la gente que seguía adentro—. *Él* estuvo ahí. ¿Qué tan malo puede ser?

Jordan echó un vistazo discreto y resopló.

—¿Qué dicen siempre sobre la presión social? ¿Si tus amigos saltan de un puente,

etcétera, etcétera?

—Bien, Dan y yo iremos, con o sin ti, ¿no es verdad? —dijo Abby con una seguridad que lo dejó admirado.

—¡Está bien! —rio Jordan, dando empujoncitos a Abby—. Ustedes ganan, vamos a saltar de un puente.

CAPÍTULO

No. 4

Dan los encontró esperando al pie de la escalera. Una llamada de sus padres casi había logrado que llegara tarde, pero cuando les aseguró a Paul y a Sandy que había llegado bien y que sus amigos Jordan y Abby lo estaban esperando abajo, su madre lo había dejado ir con una pequeña exclamación de felicidad.

Detrás de Jordan y Abby, algunas de las luces del vestíbulo titilaban. Jordan estaba apoyado sobre una de las grandes columnas blancas que sostenían el arco. Saludó a Dan desde lejos con una mano cuando lo vio acercarse, mientras balanceaba una linterna en la otra.

Abby traía una sudadera de color turquesa y se había atado el cabello en una cola de caballo.

—Hola —susurró, mirando alrededor—. Vimos pasar a un prefecto hace unos minutos, pero a nadie más desde entonces. ¿Estás listo?

Dan asintió y se sumó a sus amigos bajo el arco. Jordan probó la linterna, dirigiendo la luz hacia cada uno de ellos.

—Última oportunidad para regresar y hacer algo sensato. Como beber en mi habitación y mirar *Thundercats*.

Abby arrugó la nariz y lo golpeó suavemente en el hombro.

—No vas a echarte atrás ahora. Además, podemos hacer eso después.

—Te tomo la palabra —murmuró Jordan, siguiéndolos hacia el pasillo sombrío y silencioso— porque definitivamente voy a necesitar un trago después de esto.

Dan entendía a qué se refería. Ahora que estaba ahí, sentía tantos nervios que casi estaba mareado. No era una sensación precisamente agradable, pero era mucho mejor que el tipo de ansiedad a la que estaba acostumbrado.

Caminaron sigilosamente por el pasillo desierto, pasando frente a una cartelera de corcho con avisos y actividades, máquinas expendedoras y un elevador desvencijado que no funcionaba. A medida que avanzaban había menos luces, y para cuando llegaron a la puerta de la vieja oficina se encontraban casi en total oscuridad. Jordan elevó la linterna para iluminar la puerta y a Dan se le fue el alma a los pies: estaba claramente cerrada con un candado. Y el cartel que Félix había mencionado resultó ser un anuncio que decía PROHIBIDA LA ENTRADA escrito con letras rojas y de aspecto serio.

—Creí que se trataba de una situación de acceso fácil —susurró Jordan.

—Les juro... —¿Félix le habría mentado? ¿Con qué objeto?—. Deben haberse dado cuenta de que los estudiantes estaban entrando y la cerraron. Maldición. Lamento haberlos arrastrado hasta aquí.

—Bueno, bueno; no te pongas tan triste —Jordan sacó un clip de su bolsillo y comenzó a enderezarlo. Cuando terminó, metió un extremo en el candado y comenzó a moverlo suavemente—. Solo espero que sepan que me deben mucho más que *Thundercats*

por esto.

—Muy impresionante —susurró Dan. Había visto forzar cerraduras en televisión, pero no se comparaba con la adrenalina de ver a alguien hacerlo en la vida real.

—También puedo hacerlo con una horquilla —Jordan sonrió, deteniéndose un momento.

—¿Pueden bajar la voz? —Abby miró por encima de su hombro.

—Tu respiración se escucha más que nuestra conversación —Jordan se mordió el labio inferior con un suspiro impaciente y el candado temblando en sus manos.

—Tal vez podrías apresurarte un poco más —murmuró Dan.

—Lo hago tan rápido como puedo. Esto es un arte. No se puede apresurar el *arte* —pequeñas gotas de sudor aparecieron en su frente, humedeciéndole las puntas del flequillo—. Solo... casi... —Dan oyó un clic casi imperceptible—. *¡Te tengo!* —Jordan guardó el clip en el bolsillo de su sudadera y colgó el candado abierto del aro de la puerta. Empujó, pero la puerta no se movió.

—Maldición, está atascada —dijo—. Ayúdenme...

Dan y Abby apoyaron sus manos sobre la pesada puerta y empujaron. Al principio parecía que esta hacía fuerza hacia afuera, pero luego comenzó a ceder.

Después de un último empujón, se abrió con una sacudida. Una nube de polvo se arremolinó y salió a su encuentro como un suspiro aliviado, como si una energía contenida finalmente hubiera sido liberada. Y tan rápido como apareció, el polvo se disipó, probablemente menos denso después de la visita de Félix.

—Uf, qué asco —Abby se tambaleó hacia atrás tosiendo y cubrió su boca para evitar aspirarlo.

—Huele como la casa de mi abuelo —dijo Jordan con voz apagada, porque su mano también estaba cubriendo su boca.

—Probablemente ya no limpian aquí —Dan entornó los ojos intentando ver en la oscuridad más allá de la puerta. Jordan movió la linterna de un lado a otro, iluminando una especie de sala de recepción amplia.

—¿Cuándo creen que haya sido la última vez que alguien trabajó aquí?

—¿Durante la Edad de Piedra, tal vez? —bromeó Abby. Ella y Dan encendieron las luces de sus teléfonos celulares y los tres entraron en la oscura habitación. Las luces emitían pequeños haces blancos y azules, pero no eran suficientemente brillantes como para combatir la oscuridad.

Avanzaron más hacia el interior. Poco a poco fueron distinguiendo algunos detalles: a la izquierda, un mostrador bajo donde podría haber estado una secretaria; a la derecha, un banco acojinado fijado a la pared; lámparas de techo austeras, carentes desde hacía mucho

tiempo de focos que funcionaran. Frente a ellos, en la pared que estaba al otro lado de la habitación, había una puerta delgada con una ventana de vidrio opaco.

—Esto es una locura —susurró Jordan, acercándose más a sus amigos—. Es como si... es como si todo estuviera suspendido en el tiempo. Como si un día simplemente se hubieran marchado —pasó por delante de Abby y Dan en dirección al mostrador y se asomó para ver qué había detrás—. Teléfonos, máquinas de escribir, *todo*.

—Deben haber cerrado repentinamente —dijo Abby. Se dirigió junto con Dan hacia la puerta de la oficina interior. La luz de la linterna brilló por encima de su hombro, permitiendo a todos ver mejor las letras que se habían despintado en el vidrio de la puerta.

D C T R R A F D

—¿Qué opinan? —Dan se acercó más, estudiando las letras y tratando de llenar los espacios en blanco mentalmente—. ¿Será la oficina del director?

—Es lo más probable —coincidió Abby—. ¿Crees que esté abierta?

—Hay una sola forma de averiguarlo... —conteniendo la respiración, Dan acercó su mano al picaporte y notó que había huellas visibles en el polvo, las cuales desaparecieron bajo su palma. Rastros de Félix, seguramente, quien debió haber entrado, ya que hasta ese momento Dan no había visto fotografías.

La puerta cedió rechinando suavemente y se abrió hacia adentro sobre bisagras apretadas.

—Guau —escuchó susurrar a Abby.

—Lo mismo digo —murmuró Dan.

Quitándose el polvo de las manos, entró primero, mientras Jordan lo empujaba un poco desde atrás. Era justo, ya que en realidad, todo este viaje hacia lo desconocido técnicamente había sido su idea. Entraron en una oficina que hubiera sido espaciosa de no ser por la gran cantidad de libreros y ficheros que la ocupaban, sin mencionar pilas y montones de papeles sueltos. Dan tropezó con una lámpara de pie caída y recuperó el equilibrio sujetándose de la esquina de un gran escritorio.

D CT RA F D

Sobre él vio un viejo teléfono de disco junto a muchos cuadernos y diarios gastados. Luego se dio cuenta de que lo que parecía una bandeja con papeles, se trataba en realidad de una pila de fotografías descoloridas, que tenían menos polvo que lo que estaba alrededor.

—Creo que encontré las fotos de las que hablaba Félix —dijo Dan.

Iluminó con su celular la que estaba encima de la pila; era de un hombre con una larga bata blanca y lentes; Dan lo reconoció. Entrecerró los ojos para distinguir el resto de los detalles de la imagen. Se trataba del mismo hombre que estaba en la fotografía que había encontrado en su escritorio. Pasó rápidamente a la siguiente foto y dejó escapar un grito ahogado.

—¿Qué sucede? —preguntó Abby.

—Nada —respondió Dan. Si admitía la conexión que había hecho en su mente, ya no podría fingir que solo lo estaba imaginando.

La siguiente foto de la pila mostraba a un grupo de médicos de pie alrededor de una camilla. Sobre la cama, curiosamente sereno, había un hombre joven vestido con una bata de hospital. Uno de los médicos estaba sosteniéndole la cabeza con sus manos, mientras otro abrochaba una pesada correa de cuero sobre su frente. Cerca de ellos había una enfermera que sostenía una jeringa.

Abby se acercó para observar la foto y los dos trataron de comprender la imagen.

—Debe ser algún tipo de tratamiento —dijo Dan finalmente—. Debe haber sido un paciente aquí.

—Es tan joven —dijo Abby—. Podría tener nuestra edad.

Podría ser yo. Dan alejó el pensamiento de su mente, quitó la foto del montón e iluminó la siguiente. Era de una mujer amarrada a una mesa. Sobre su cabeza había un casco del cual salían cables. Tenía un freno de madera apretado entre los dientes. El casco y el freno daban la apariencia de que la estaban torturando, como si fuera una especie de mártir.

Las fotografías eran horribles, pero Dan no podía dejar de mirarlas. Cada una mostraba a un paciente soportando algún tipo de tratamiento, desde inyecciones que se veían dolorosas, hasta confinamiento solitario. Una foto de un paciente recibiendo hidroterapia hizo que se le revolviera más el estómago. Un grupo de celadores apuntaba mangueras al paciente, que estaba agazapado y temblando en la esquina de la habitación, completamente desnudo. A un costado se veía a un médico de pie, con los brazos cruzados, indiferente.

Dan ya había leído acerca de ese tipo de tratamientos anticuados; en realidad sentía una fascinación morbosa por el tema. Haber crecido dentro del sistema de hogares de guarda y adopción había hecho que se interesara por las máquinas sociales, los sistemas que toman decisiones *por* las personas en lugar de *con* ellas. No estaba comparando su

vida con el padecimiento de estos pobres seres; en todo caso, el sistema había tomado una *buena* decisión por él, a fin de cuentas. No cambiaría a su familia por nada.

—Oigan, chicos, vengan a ver esto... —dijo Jordan con la voz entrecortada, lo que captó la atención de Dan y Abby.

Estaba de pie al otro extremo del escritorio con la linterna apuntando a la pared, donde había más fotos, colgadas en marcos.

—Qué horrible —dijo Dan.

—*Silencio* —dijo Abby en un susurro casi inaudible.

Se acercó a una de las fotos y, cuidadosamente, limpió el polvo del vidrio con la manga. Era de una niña, de no más de nueve o diez años, con cabello claro hasta los hombros. Estaba de pie, su mano apoyada sobre lo que parecía el brazo de una silla, como si estuviera posando para un retrato formal.

Llevaba un vestido estampado y joyería fina. Pero tenía una cicatriz aserrada en la frente y había algo extraño en sus ojos.

—Se ve tan triste —dijo Abby.

Triste era una forma de describirla. Vacía era otra.



Abby se quedó inmóvil, con la mirada tan fija en la foto que parecía que estaba en trance. Dan no tuvo valor para decirle que, dada la cicatriz en la frente y la mirada vacía, era muy probable que a la chiquilla le hubieran hecho una lobotomía. ¿Qué clase de monstruos le harían eso a una niña tan pequeña?

La fotografía que estaba junto a esa lo sobresaltó. Mostraba a un paciente forcejeando con dos celadores vestidos con delantales blancos, y amordazado con un bozal. Uno de los celadores que lo sujetaban se veía extremadamente malvado. Dan estaba fascinado con la fotografía. ¿Quién la habría tomado? ¿Quién habría tomado cualquiera de aquellas fotos? ¿Y quién las habría colgado en la pared?



—Es difícil recordar que estaba aquí para recibir ayuda —dijo Jordan.

—Estaba enfermo —respondió Dan automáticamente.

—¿Y? ¿Esto te parece humanitario? Esos médicos no podrían reconocer el juramento hipocrático ni aunque los golpearan en la ingle.

—No tienes idea de lo que sucedía —replicó Dan. Entonces se detuvo. ¿Por qué sentía la necesidad de defender a los mismos médicos que probablemente le habían realizado una lobotomía a una niña? ¿O que se estaban preparando para torturar a un joven? Cuando se vio con los brazos cruzados, una ráfaga de miedo recorrió su cuerpo, y se apresuró a llenar el silencio incómodo.

—Creo que debemos estar agradecidos de que se hayan hecho tantos avances en este campo desde ese entonces.

—¿Por qué las dejarían aquí? —gimió Abby de pronto, señalando las fotografías, con el mentón tembloroso—. Son... horribles.

—Bueno, al menos son honestas —respondió Jordan, abrazándola con un solo brazo. Abby se sacudió para quitárselo de encima—. Detesto cuando la gente trata de eludir la verdad. Y no olvidemos que esta oficina *estaba cerrada*.

—No me importa si la cerraron —Abby no podía dejar de mirar la imagen de la pequeña. Dan sintió deseos de alejarla antes de que la niña vacía del marco pudiera atraparla y encerrarla en la foto. Pero eso era ridículo, por supuesto—. Ella no debería estar aquí. Debería llevarla a un lugar seguro.

Lentamente, Abby levantó ambas manos y retiró el marco de la pared. Un área más clara mostraba dónde había estado. Abby abrazó la fotografía contra su pecho, envolviéndola con sus brazos con actitud protectora.

—¿Qué haces? —dijo Dan, sin poder controlarse.

—Voy a llevarla a mi habitación. Estará a salvo allí.

—No puedes llevártela, Abby —dijo Dan, tratando de disimular su desesperación—. Se supone que *debe* estar aquí. Tienes que dejarla en paz.

Abby estaba a punto de decir algo más, cuando Jordan dio su opinión.

—Oigan, relájense los dos. No es como si la conocieras, Abs. Deberías volver a ponerla en la pared. Alguien podría notar su ausencia.

—¿Quién? —preguntó ella con tono burlón.

—Alguien —respondió Jordan irritado—. No lo sé... En algún lugar tal vez haya un registro de todas las porquerías que hay aquí.

Abby pareció no escuchar lo que había dicho Jordan. Permaneció en silencio, como una estatua, apretando la foto contra su pecho.

—Por favor, Abby, déjala donde estaba. Pertenece aquí con las demás —insistió Dan—. *Por favor* —no podía creer que estaba discutiendo con una de las chicas más *sexys* que había conocido.

Solo deja que se la lleve, Dan. Quieres caerle bien.

Pero su necesidad de decirlo era más fuerte.

La mirada de Abby parecía casi tan vacía como la de la niña de la fotografía. Entonces se estremeció y parpadeó. Con cuidado, casi con *cariño*, volvió a poner la fotografía en la pared. La acarició una última vez y dijo:

—Pobre pajarito. Me pregunto si habrá podido escapar de su jaula alguna vez.

Cuando la foto estuvo de nuevo en su lugar, Dan experimentó una sensación de alivio. No podía explicar exactamente por qué.

—Vamos —dijo Abby—. Regresemos. Ya fue suficiente.

Era todo lo que necesitaban. Salieron de la vieja oficina casi corriendo y Dan se sintió feliz de cerrar la puerta tras ellos.

—Oigan: el candado —dijo Jordan, cuando llegaron a las máquinas expendedoras.

—No te preocupes, ya me encargué de eso —dijo Dan, sin poder esperar para alejarse.

—¿Estás seguro?

Sin esperar respuesta, Jordan se volvió para asegurarse. El candado seguía colgado donde él lo había dejado.

—Ups, lo siento —dijo Dan, con una risa nerviosa. Realmente podría haber jurado que lo había cerrado. Pero la verdad era que su memoria solía jugarle malas pasadas.



CAPÍTULO

No. 5

Para cuando llegó a su habitación, Dan estaba sucio y exhausto. Abrió la puerta con cuidado para no despertar a Félix, pero en cuanto dio un paso hacia el interior, el frío lo paralizó.

Esta no es mi habitación.

Dan parpadeó, desorientado. Parecía una especie de celda, con pisos y paredes de piedra gris. En medio del lugar había una mesa de operaciones cubierta con una delgada sábana blanca. En la esquina más cercana había un desagüe; Dan solo podía adivinar su función. Había una pequeña ventana cubierta con barrotes de metal entrecruzados, en la parte superior de la pared que estaba al otro extremo del cuarto. Pero lo más inquietante era el par de grilletes empotrados en la pared de la izquierda. Al principio, Dan creyó que estaban oxidados, pero mirándolos mejor, vio que las manchas oscuras de color rojo estaban demasiado húmedas como para ser óxido.

¿Por qué conozco esta habitación?

Dan cerró rápidamente la puerta y comenzó a frotarse los brazos para entrar en calor.

Intentó buscar una explicación racional para lo que acababa de suceder.

¿Habría abierto la puerta equivocada por error? Eso lo explicaría. Estaba sumamente cansado; debió tomar el camino equivocado y terminó en otro lugar. Una habitación salida de una pesadilla, que no había sido utilizada en décadas.

Sí, claro.

Verificó el número que estaba en la puerta. 3808.

Ese era su número. ¿Qué estaba sucediendo?

Se frotó los ojos con manos temblorosas y abrió la puerta una vez más. Allí estaba su habitación: dos escritorios, dos sillas y dos camas, y Félix dormido en la más cercana.

Dan entró y cerró la puerta. Se apoyó contra ella y trató de recuperar el aliento, tosiendo a causa del polvo que todavía estaba alojado en su garganta y su nariz. Había dejado volar su imaginación, eso era todo. Había volado lejos, pero ya estaba de vuelta.



Como era de esperar, Dan no podía dormir. Daba vueltas en la cama, y cuando lograba desterrar de su mente las fotografías, lo abrumaba el recuerdo de la extraña alucinación que había tenido. Los ronquidos intermitentes de Félix tampoco ayudaban. Alrededor de las dos y media, finalmente desistió de sus intentos de dormir, tomó su laptop del escritorio y volvió a la cama con ella. Tal vez podría averiguar algo más sobre Brookline, algo que explicara esas horribles fotografías.

Tipeó «Brookline + Historia», y el resultado fue una lista de diferentes ciudades llamadas Brookline. Agregó «New Hampshire» y apareció un resumen vago acerca de la historia del manicomio que no contenía nada que no supiera ya: que había sido un hospital

para enfermos mentales, tanto hombres como mujeres, y que la Universidad lo había comprado cuando cerró. Decidió intentar una búsqueda de imágenes. Inmediatamente, apareció una página de resultados con fotografías antiguas del exterior de Brookline. En blanco y negro, el edificio resultaba aún más amenazador.

Para limitar más los parámetros de la búsqueda, Dan tipeó «Brookline + Historia + Manicomio». Y, finalmente, encontró un link que parecía prometedor. A juzgar por el fondo púrpura estridente y la abundancia de animaciones gif, se trataba de un sitio web «casero», para decirlo amablemente. Aunque fue el título lo que atrajo su atención: «Brookline: ¿curando enfermos mentales o creándolos?».

Bastante sensacionalista, pensó Dan. Pero el resto era aún más exagerado. El sitio web era extenso y daba la impresión de haber sido creado por alguien bastante paranoico que creía en teorías conspirativas. Sal Weathers, investigador, aficionado, y (*oh, Dios*) caza fantasmas, había recopilado exhaustivamente en un gran bloque de texto lo que parecían ser todas las noticias acerca de Brookline que hubieran aparecido en periódicos locales o nacionales. Estadísticas acerca de cuántos pacientes había hospedado el manicomio en su mejor momento, artículos sobre el cierre, en 1972, y cómo los pacientes habían sido trasladados a otros hospitales o dados de alta... En reiteradas ocasiones, Dan encontró menciones acerca de las dificultades que Brookline había tenido para conservar a sus directores. La rotación sonaba peor que la de McDonald's.

Finalmente, cuando ya había leído tres cuartas partes del confuso informe de Sal, Dan encontró algo, una frase, descartada quizá, pero la leyó para sí varias veces:



No fue sino hasta 1960 que Brookline encontró al hombre que redefiniría y reenfocharía su propósito por completo.

¿Y cuál era su nombre? ¿Cuál era el nuevo propósito? El artículo no lo decía.

—Existe algo llamado eje narrativo, Sal. Investígalo —dijo Dan, en voz alta. Entonces recordó que tenía un compañero de habitación. Por suerte, parecía que Félix tenía el sueño pesado.

Dan ojeó el resto del sitio. Rápidamente entendió la razón detrás del Trastorno por Déficit de Atención que Sal parecía padecer. ¿Para qué obsesionarse con tonterías como la tasa de empleo de directores, cuando podía hablar sobre *asesinos en serie*?

El paciente más polémico de Brookline fue, sin duda, el asesino en serie Dennis Heimeline, más conocido como El Escultor. Entre 1960 y 1965 aterrorizó a una pequeña comunidad rural de Vermont. La policía estima que asesinó a más de una docena de personas, y obtuvo su apodo por la forma macabra en que dejaba a sus víctimas en poses, como si fueran estatuas. Un informe describía la «belleza fría y terrible» de una joven que fue encontrada «bailando» en las tierras inexploradas de las Montañas Blancas, con sus brazos mutilados atados a ramas de árboles elevadas. El crimen más espeluznante que cometió tuvo lugar en un bar local. Las víctimas fueron encontradas posando en diferentes sitios del local, algunas de pie, otras sentadas, y algunas más en una especie de festejo en la pista de baile. Todas sostenidas por cuerdas y alambres.

Quizá más perturbador que el propio Escultor, fue el hecho de que cuando Brookline cerró, no se halló ningún rastro de él...

Dan estaba completamente fascinado con la historia. Un asesino en serie había sido un paciente allí, en ese edificio. ¿Dónde lo habrían alojado? ¿Qué clase de tratamiento habría recibido? ¿Y a dónde había ido?

Dan cerró su laptop y volvió a acostarse. Justo cuando estaba por quedarse dormido, recordó la fotografía del paciente que forcejeaba y se preguntó si podría haber sido Dennis Heimeline. Tal vez sus padres habían tenido razón en preocuparse por que viniera. Tener un pasado oscuro era una cosa, pero ¿un asesino en serie? ¿Fotografías de tratamientos? Bueno, no iba a compartir esos descubrimientos con Paul y Sandy, eso era seguro.

CAPÍTULO

No. 6

— **N**o te ofendas, Dan, pero te ves horrible. ¿Tuviste problemas para dormir o algo?

La voz de Abby sonaba como si viniera del fondo de una piscina. Dan se dio cuenta de que se estaba quedando dormido y despertó lo suficiente como para levantar la cabeza y meter un bocado de cereal en su boca. Se preguntó si el halo de luz borrosa que se veía tan bien alrededor de la cabeza de Abby sería consecuencia del sol que entraba por el tragaluz o de su casi total falta de sueño.

Decidió no contarle sobre lo que había averiguado en Internet, porque temía que sonara demasiado extraño o que lo hiciera parecer demasiado extraño. Estaba comenzando a conocerla; no quería arruinarlo en las primeras veinticuatro horas.

—Félix ronca. Como si se hubiera tragado un sapo. O un león.

—¿Tanto?

—Sí, y además se levantó al alba para hacer ejercicio, imagínate. No hace falta decir que no creo que pueda dormir mucho este verano.

—¿Estás seguro de que no estás agotado por nuestra experiencia de anoche? —Abby no se andaba con rodeos. A Dan le gustaba eso.

—Supongo que fue bastante intenso —dijo Dan.

Realmente había parecido que Abby se había enamorado de aquella fotografía. Casi habían tenido una pelea a causa de eso. Dan frunció el ceño; ni siquiera podía recordar por qué había insistido tanto en que la dejara allí.

Un fuerte dolor de cabeza lo hizo cerrar los ojos. Estaba molesto.

—Maldición. No quería sentirme así durante el primer día completo.

Abby empujó una taza de café hacia él.

—Prueba esto. Está tan fuerte que haría funcionar un *jet*.

Giró la taza con cuidado para esquivar la pequeña mancha rosada que Abby había dejado en el borde. Bebió un sorbo y sintió un sabor que era una mezcla entre líquido para encendedor y jarabe de arce. Se apuró a tragar para no escupir la bebida dulzona.

—¡Guau! ¿Cómo puedes *beber* eso?

—En realidad, detesto el sabor del café, pero el azúcar ayuda a disimularlo —admitió—. Y no puedes ser artista y no beber café. Simplemente... no se hace. En todos los lugares a los que he asistido había café o vino, así que hay que aguantárselo y aceptarlo.

Dan rio. Abby no parecía la clase de persona a la que le importaba ser aceptada; aunque todos hacemos algunas concesiones de vez en cuando. El año pasado, Dan había cedido y se había comprado un *blazer* de pana color café claro para una conferencia en una universidad acerca de los últimos años de Jung. Se había sentado entre un mar de sacos de color azul o café claro, preguntándose qué diría su psicoanalista favorito acerca de que tantas personas intentarían tan desesperadamente no sobresalir.

—Oye —dijo Dan, obligándose a sonreír y sentándose más erguido. Recordó algo que Abby había dicho el día anterior—, ¿así que tomaste un autobús para venir? —Dan había volado desde Pittsburg y luego había tomado un taxi desde el pequeño aeropuerto, que parecía tener solo una pista de aterrizaje.

—Un par de autobuses, en realidad. Papá no podía faltar al trabajo, pero no hay problema. Autobús, tren, metro... todo es parte de la rutina cuando eres de Nueva York.

—¿Y Jordan también es de ahí?

—No, Jordan venía de Virginia; solo compartimos el último tramo del viaje.

—Es un viaje muy largo, ¿por qué no vino en avión?

—Ehhh... sus padres le compraron boletos de avión —dijo Abby—. Pero eran para ir a California, no a New Hampshire.

Dan arqueó las cejas.

—Aparentemente, sus padres creen que en este momento está en un campamento del tipo «reza hasta que se te pase lo gay», o algo así. Su tío le está pagando este curso y usó el dinero que ganó en un empleo de medio tiempo para comprar los boletos de autobús.

Abby terminó lo que quedaba del café y su plato de avena.

—Pero ¿y si sus padres se enteran? ¿Qué pasaría entonces?

Abby frunció el ceño.

—Ni idea. ¿La Tercera Guerra Mundial?

Con razón Jordan tenía tanto miedo de que lo expulsaran...

Dan se sintió agradecido por tener unos padres tan abiertos y relajados, aunque a veces fueran estrictos. Siempre sintió que había sido bendecido con Paul y Sandy, incluso antes de que lo adoptaran oficialmente. Muchos chicos no eran tan afortunados.

—Tiene suerte de haberte encontrado para conversar —dijo Dan. Era muy fácil estar con Abby. No era de sorprenderse que Jordan confiara en ella.

—Nos entendemos. Estamos conectados —Abby recogió sus cosas. El rumor de voces se había ido apagando a medida que los estudiantes iban saliendo para ir a inscribirse en las clases—. Fue un viaje largo; no había mucho que hacer, excepto jugar al ahorcado y hablar. Estoy segura de que se hubiera sincerado contigo también.

—Quizá —dijo Dan, aunque lo dudaba mucho—. En cualquier caso, será mejor que no falte a la inscripción o terminará sincerándose con Félix en Bioética Avanzada.

—Sé amable —dijo Abby, pero estaba sonriendo.

Salieron en fila detrás de los demás estudiantes y tomaron sus mochilas de unos compartimentos ubicados justo en la entrada del comedor. Al parecer no estaba permitido ingresar con bolsos porque los estudiantes universitarios tenían la costumbre de llevarse

comida como para una semana.

—No, pero en serio —dijo Dan—. Esta mañana Félix me preguntó si quería que intercambiáramos nuestros horarios, por seguridad o algo así. Cuando finalmente accedí y le mostré las clases a las que quería asistir, me di cuenta de que sentía pena por mí. Supongo que no elegí suficientes ciencias exactas.

Abby rio.

—Sí, gracias. Ríete de mi desgracia.

Dan estornudó cuando salieron.

—Salud.

—Gracias. Oye, estaba pensando que quizá podríamos tomar alguna clase juntos. Los tres. Sé que estás aquí para estudiar Arte, pero tal vez podría convencerte de asistir a una clase de Historia.

Las residencias se extendían hacia ambos lados de donde se encontraban, formando un círculo casi perfecto alrededor del jardín. Había sillas esparcidas en la sombra bajo el árbol más grande y, aunque los bancos ubicados al borde del camino se encontraban vacíos, imaginó que más tarde estarían todos ocupados. En el comedor había escuchado a algunos chicos que hablaban de organizar un torneo de bochas después de la inscripción.

—Claro, ¿por qué no? Pero antes debo asegurarme de conseguir un lugar en la clase de Dibujo con Modelo Vivo. ¿Quieres que te inscriba?

—¿A mí? Ah, claro, nunca me has visto dibujar. Mis dibujos son peores que las figuras de palitos. ¿Existe algo peor? Como sea, ese es mi nivel de talento —Dan sacudió la cabeza, imaginando la expresión del profesor cuando entregara sus garabatos.

—Habrás chicas desnudaaass —dijo Abby, alargando la última palabra de manera burlona.

—Y chicos desnudos.

—Buen punto. ¡Oh! Tal vez Jordan quiera inscribirse conmigo...

Cruzaron el jardín y el camino se bifurcó: un lado llevaba al edificio administrativo, donde debían inscribirse para las clases, y el otro hacia el centro deportivo.

Dan vio a Félix aproximándose desde el gimnasio, pálido y erguido, yendo solo a inscribirse. Pensó en llamarlo, y realmente sintió que debía hacerlo. Pero, para ser totalmente honesto, la estaba pasando muy bien a solas con Abby.

—¡Oigan, perdedores! ¡Esperen!

Hasta ahí había llegado su tiempo a solas. Jordan corrió a su encuentro; traía un elegante bolso de cuero colgado en bandolera sobre su pecho, y en el cierre del bolso tenía un llavero con un dado de veinte caras. Se veía como si acabara de levantarse y se hubiera puesto lo primero que había encontrado; sin embargo, lograba hacer que Dan se sintiera

desaliñado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Abby, entrelazando su brazo con el de Jordan—. Te extrañamos en el desayuno.

—Me quedé dormido. ¿Qué tal estaba la comida? Asquerosa probablemente —Jordan caminaba rápido y tenían que trotar un poco para seguirle el paso.

—No estuvo mal, en realidad —respondió Dan, aunque no estaba seguro de que le importara la respuesta. Jordan era un chico difícil de entender. Un momento estaba de buen humor y al siguiente se comportaba de manera sarcástica. Y también estaba la faceta de su personalidad que temía que lo expulsaran y lo enviaran a casa—. Aunque el café de Abby era la peor pesadilla de un diabético.

—Dan está de mal humor porque su compañero de habitación lo avergonzó por su elección de materias esta mañana.

—¿Lo avergonzó? ¡Qué demonios! ¡No es de su incumbencia! —rio Jordan—. Sí que perdiste en la lotería de compañeros, Danny. En cambio yo, me saqué el premio mayor. Y es genial. Esta mañana tocó el violonchelo solo para mí —Jordan saludó con la mano a un chico alto y despeinado que estaba preparando su violonchelo sobre la hierba—. Está reuniendo un conjunto de músicos de cámara para dar un concierto en el jardín. ¿Pueden imaginárselo? No puedo esperar a estar realmente en la Universidad. Quiero conciertos de violonchelo todas las mañanas. Quiero esto —extendió sus manos frente a él—. Sin duda, es mucho mejor que vivir con los talibanes. Estoy definitivamente listo para la universidad.

—No deberías desperdiciar tu vida soñando con otra diferente —dijo Abby, con aire petulante—. Solo tienes una.

—A menos que seas budista. O un fantasma. Pero tienes razón, ¿quién quiere crecer y hacerse viejo? Yo no. Seré apuesto, desde luego, distinguido, pero aun así... ¿Arrugas? ¿Dolor de espalda? No, gracias. Al menos tú serás hermosa por siempre —dijo, pellizcando la nariz de Abby.

Dan estaba de acuerdo.

—En cambio, Dan ya parece de mediana edad —continuó Jordan, riendo nuevamente—. ¡En el buen sentido! ¡No me golpees: en el buen sentido! Mírate: callado y serio, y todo eso. Sabio para tu edad, como un Buda delgado y sexy.

—Eh... ¿gracias? —Dan bajó la mirada, sintiendo que se ruborizaba. No quería que nadie, especialmente Abby, pensara en Buda al mirarlo.

—¿Se está sonrojando? Creo que se está sonrojando —dijo Jordan con una carcajada y apuró el paso, arrastrando a Abby por el camino, obligando a Dan a apresurarse para alcanzarlos.

—Déjalo en paz, Jordan —Abby se volvió hacia Dan con una sonrisa de disculpa—. No te preocupes: no pareces de mediana edad. Solo está tratando de irritarte.

—Por lo que parece, está funcionando —dijo Jordan.

—Estás muy animado esta mañana —dijo Abby—. ¿No tuviste pesadillas después de lo de anoche?

—¿Yo? No; dormí el sueño de los inocentes. Seguramente fue por estar lejos de casa. —Respondió Jordan sacudiendo sus rizos.

Dan pensó en su noche y en que definitivamente no pudo dormir. Parecía que era el único a quien el sótano había afectado. También era el único que había indagado más acerca de la historia del manicomio. No quería que Abby y Jordan pensarán que se había obsesionado, y se alegró de no haber comentado nada durante el desayuno. Sería mejor que cambiara de tema antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Jordan, Abby y yo estábamos hablando sobre las clases que queremos tomar.

—¿Sí...?

—Bueno, estábamos pensando en algunas que podríamos tomar juntos. ¿Te interesa?

—Claro —dijo Jordan; sin embargo, sacó su celular y comenzó a escribir mensajes de texto a la velocidad de la luz solo con el pulgar, girando ligeramente su cuerpo para ocultar la pantalla. Dan no le dio importancia; no era de su incumbencia a quién le mandaba mensajes.

Siguieron hablando de las clases hasta que llegaron al lugar donde se estaban llevando a cabo las inscripciones. El ánimo de Dan mejoraba con cada paso. Él y Abby coincidieron en dos clases, pero mientras ella y Jordan estuvieran en la clase de Dibujo con Modelo Vivo, Dan estaría en Historia de la Psiquiatría. Probablemente ya sabía bastante sobre el tema, pero en el CPNH las clases estaban pensadas para estimular incluso a los chicos más inteligentes.

En una columna de madera a un lado del edificio administrativo había folletos que anunciaban un concierto de arpa, una exhibición de un juego de rol en vivo y un torneo informal de bochas. La neblina matutina todavía no se había disipado y hacía que los estudiantes que deambulaban por el jardín se vieran casi como fantasmas en un sueño. Un buen sueño.

—¿Puedes imaginarte haciendo esto todos los días? —preguntó Dan.

—¿Elegir clases? No, es agotador —Abby guardó su lista de materias en su bolso, hecho de retazos de tela.

—No, me refiero a *esto*: caminar por el campus en un día soleado con chicos que realmente quieren estar aquí, ir a clases a las que realmente quieres asistir.

—Amén —dijo Jordan.

—Amén también —dijo Abby, y entrelazó sus brazos con los de Jordan y Dan.

Por una vez, Dan estaba contento consigo mismo. Tenía dos nuevos amigos y clases a

las que le entusiasmaba la idea de asistir. Solo había pasado un día y el verano ya resultaba prometedor.



Después de la inscripción, los estudiantes fueron separados en grupos más reducidos y manejables, y ubicados en salones que se encontraban en la misma planta que el salón Wilfurd. El director del programa estaba ahí para guiar a los estudiantes, saludando y bromeando con algunos de los profesores en los pasillos. En el salón que les correspondía, una profesora y un joven pelirrojo que estaba entregando información de los diferentes servicios disponibles para los estudiantes, números de emergencia y mapas del campus, recibieron a los tres chicos. El joven pareció reconocer a Jordan y lo saludó con un «¿Qué tal?» amigable, antes de pasar al siguiente chico de la fila.

—¿No hemos escuchado esto un millón de veces ya? —se quejó Jordan mientras se sentaban. Había aproximadamente una docena de hileras de asientos frente a una pantalla desplegable. Se ubicaron en un extremo de la tercera fila y colocaron sus bolsos debajo de las sillas—. Quiero decir, sé que ya leí esto en algún lugar. En los folletos, en el sitio web...

—Algunos de estos chicos nunca han estado lejos de casa —respondió Dan. Abby estaba sentada entre los dos, leyendo detenidamente un folleto de color verde fluorescente.

—¿Y tú? —preguntó Abby. Era una pregunta amable, para seguir la conversación, pero Dan se quedó helado y no supo cómo responder. No le gustaba hablar acerca de los hogares en los que había estado antes de tener la buena suerte de que Paul y Sandy lo adoptaran.

Se alegró cuando la profesora indicó a todos que debían guardar silencio, esperando junto al proyector a que los estudiantes dejaran de hablar.

—Ese es Joe —dijo Jordan, señalando con la cabeza al joven fornido y pelirrojo—. Es perfecto en mi piso.

—Es lindo.

—¿Un perfecto? De ninguna manera, Abs; es la *fruta* prohibida. Ja, ja, fruta, ¿lo entendieron?

—Desafortunadamente, sí —dijo Abby entre dientes, alzando la mirada.

—Ayyy, qué risa —agregó Jordan, secándose una lágrima invisible.

—Eres el único que ríe.

La chica de cabello oscuro que estaba sentada frente a ellos giró y les lanzó una mirada asesina que hizo callar a Abby y Jordan. Cuando volvió a mirar al frente, Jordan le sacó la lengua y la profesora finalmente comenzó a hablar.

—Este es Joe McMullan y yo soy la profesora Reyes. Me imagino que ya están cansados de toda la información introductoria, pero les prometo que esto será rápido e

indoloro.

Su nombre le resultaba familiar. Dan sacó su horario del bolsillo y, revisando la lista de materias, descubrió que era su profesora de Historia de la Psiquiatría. Volvió a guardar el horario y fijó su atención en el frente del salón nuevamente. Era más baja que Joe, al menos una cabeza, y parecía bastante accesible, con mejillas sonrosadas y un espacio entre los dientes. Todo su atuendo era negro, acentuado por un grueso collar de turquesas.

—Primero, unas palabras acerca de su seguridad en la residencia...

Dan dejó que su mirada vagara por el salón. A unos pocos asientos de distancia, vio a Félix sentado muy rígido. Suspiró, pensando que realmente debía incluir más a su compañero y ver si quizás una hora o dos de distención con un grupo de gente podían hacer que saliera de su caparazón. Pero realmente le gustaba la relación que tenía con Abby y Jordan, y si Félix hacía que se volviera extraña, culparían a Dan por incluirlo en el grupo a la fuerza.

—Brookline tiene un pasado rico y complejo —estaba diciendo la profesora Reyes—, así que si tienen preguntas, ¡pueden hacérmelas cuando quieran! La historia no es nada de temer.



CAPÍTULO

No. 7

Estaba mal, todo mal. Dan se encontraba en el lugar equivocado. Debía haber un error. No merecía estar ahí. No estaba loco, de ninguna manera. Entonces, ¿por qué estaba encadenado a la pared? Forcejeó hasta que las muñecas le sangraron ahí donde los grilletes lo aprisionaban.

—¡Ayúdenme! —gritó, pero su voz era un susurro.

La habitación cambió. Ahora, Dan estaba acostado sobre una mesa, vestido con una bata. Oyó el sonido de una llave en la puerta y un camarero con lentes y uniforme blanco entró empujando un carrito de servicio con una bandeja. La bandeja estaba cubierta por una campana plateada y Dan podía oír que algo debajo de ella tintineaba y repiqueteaba, como cubiertos metálicos.

—Su cena, señor —dijo el camarero, y quitó la campana. Debajo había instrumental quirúrgico: un bisturí, pinzas y una aguja hipodérmica.

Dan levantó la mirada y el rostro del camarero había cambiado. Ahora vestía una bata blanca de médico y llevaba una mascarilla. Lo peor de todo era que donde habían estado sus ojos solo había cavidades negras, como si se los hubieran tachado.

Al inclinarse para tomar los instrumentos, el médico dijo con tono amable:

—No te preocupes, Daniel Crawford. Estoy aquí para ocuparme de ti.

Dan despertó sobresaltado. El sudor le corría por el rostro y había sujetado las sábanas con tanta fuerza que sus dedos estaban acalambrados. Todavía murmuraba:

—¡No, no, no me lastime!

Con el corazón latiéndole muy rápido, se incorporó. Sus ojos se acostumbraron lentamente a la oscuridad. Estaba en su habitación. No había ningún camarero ni ningún médico. Solo estaba Félix, de pie, inmóvil, junto a su cama, observándolo.

—¡Ah! —Dan volvió a hundirse en su almohada y se cubrió con la sábana hasta el mentón—. ¿Qué... qué estás haciendo?

—Estabas hablando dormido, Daniel —respondió Félix con calma. Se alejó un paso diminuto de la cama—. ¿Te sientes bien? El ruido era... Bueno, me despertó, como puedes ver...

—L-lo siento —murmuró Dan—. Solo fue una pesadilla. Estoy... estoy bien, de verdad.

Pero estaría mejor si te alejaras de una vez.

—Necesito un poco de aire —agregó, saliendo de la cama. Las sábanas estaban empapadas de sudor.

—Eso te ayudará —dijo Félix con una sonrisa triste—. El aire fresco siempre me ayuda a calmarme. Espero que tenga el mismo efecto en ti.

Dan tomó su abrigo y salió corriendo, preguntándose si estaba escapando de su compañero, de su habitación o de ambos. Trató de calmar su respiración. *Fue solo un sueño, es todo.* Secó el sudor que le corría por la nariz con uno de sus nudillos. Evidentemente, las fotografías lo habían afectado más de lo que había creído. Por segunda noche consecutiva, dormir iba a ser imposible. El pasillo estaba en penumbra y silencioso. No había nadie allí, pero Dan se estremeció. ¿Qué tenía ese lugar que lo hacía sentir como si lo estuvieran observando?

Se sintió mejor al bajar. Pero cuando llegó al vestíbulo, la puerta principal ya estaba abierta. Alguien había salido antes que él y ahora se encontraba en los escalones de afuera.

—Qué curioso encontrarte aquí —dijo Dan.

Abby gritó, sorprendida. Él apenas logró esquivar la piedrita que ella arrojó en su dirección.

—¡Dan! *Uf.* Casi me matas del susto.

Seguramente no ayudaba que su pesadilla y su abrupto despertar lo hubieran dejado con la voz ronca.

—Lo siento —dijo, sentándose a su lado—. No quise asustarte.

Abby estaba sentada con las rodillas dobladas contra el pecho y tenía su celular en una mano. El pantalón de su pijama tenía pequeñas nubes sonrientes y regordetas.

—¿Qué haces despierto tan tarde? —preguntó. Su voz también sonaba cansada.

—No podía dormir, ¿y tú?

Abby lo miró, como evaluando qué responder. Finalmente dijo:

—Recibí un mensaje de texto de mi hermana. Bueno, varios mensajes. La situación en casa está... Podría estar mejor —hizo una pausa. Dan no era un genio de las relaciones sociales, pero sabía que hacer preguntas no era correcto en ese momento. Así que esperó a que Abby continuara—. Mis padres no se ponen de acuerdo en muchas cosas. Mi papá se dedica a escribir jingles publicitarios para empresas y lo detesta, pero la paga es buena. Mamá cree que debería volver a escribir música de verdad. *Su* música. Pero eso no da dinero.

—No hay soluciones fáciles.

—Se la pasan dando vueltas sobre el asunto y me preocupo cada vez que pienso que quizá se van a... Como sea, Jessy cree que ahora va en serio. Piensa que realmente van a hacerlo —Abby suspiró.

—¿Qué? ¿Divorciarse?

Qué sensible Dan, bien hecho.

—Sí —Abby suspiró nuevamente, y esta vez, Dan oyó un pequeño sollozo. No tenía idea de qué hacer si comenzaba a llorar, y realmente esperaba que no llegara a ese punto,

porque no sabría cómo manejarlo—. Destruiría a mi hermana. A veces, pienso que también a mí.

—Qué mala onda. Lo siento —lo estaba echando a perder, y de qué forma. Aunque en realidad no era el momento apropiado para actuar seductor y genial, seguramente la situación requería un poco más de profundidad.

—Desearía que pudieran tratar de llevarse bien por un par de años más, hasta que Jessy y yo estemos en la universidad.

Dan se quedó en silencio, esperando dar la impresión de estar siendo comprensivo.



—¿Y tú? —preguntó Abby, inclinando la cabeza.

—¿Yo?

—¿Por qué no podías dormir?

—Ah —Dan sintió que lo invadía el instinto familiar de cerrarse. Y no quería empeorar el ambiente narrando con detalle su sueño. Pero Abby había compartido algo privado con él, y sus ojos se veían tan grandes y tristes... Un intercambio equitativo parecía lo justo—. Tuve una pesadilla.

—¿Cómo las de estar cayendo o ahogándose?

—Algo así —*no, en realidad no*. Pero finalmente decidió que no iba a contarle el sueño. No ese sueño, y tampoco los que normalmente tenía. Pensaría que era demasiado extraño, y su opinión le importaba mucho. Así que lo único que dijo fue—: Era de la clase en que te sientes tan... tan...

—¿Indefenso?

—Sí.

—Conozco la sensación. Es lo que me pasa con mis padres. No hay nada que pueda hacer y eso *apesta* —respiró hondo y dijo—: ¿Sabes? Por extraño que suene, me siento mejor ahora. No suelo hablar de estos temas.

—¿Y con Jordan? Creí que eran muy unidos.

—No. Quiero decir, sí. Bueno, yo soy más *su* confidente. Su situación es tan complicada... No quiero agobiarlo con mis problemas. No me parece justo cargarlo con más de lo que ya tiene.

Permanecieron sentados en un silencio agradable. La hierba bajo los árboles estaba crecida y la niebla se arremolinaba en las puntas antes de propagarse por el resto del jardín. La oscuridad se estaba disipando lentamente a medida que se acercaba el amanecer.

—Eres bueno para escuchar, Dan. Tienes un aire de sabiduría.

—Gracias. Un momento: no te refieres a lo de Buda otra vez, ¿o sí? Porque, de verdad, no me pareció un cumplido.

Abby rio y, Dan sintió que realmente la había ayudado.

—Jordan podría haberlo expresado mejor, sin duda, pero creo que tenía la idea correcta —sonriendo, se acercó más a él. El cabello le caía libremente sobre uno de los hombros, y ya no traía plumas. Por un instante, Dan creyó que lo iba a besar, y en ese momento supo que la invitaría a salir.

—Entonces —dijo ella—. ¿Quieres saber cuál es mi truco para dormir?

—Claro.

—Bien: cierro mis ojos, ¿sí? Digo, eso es obvio. Pero los cierro y me relajo, y hago

como que soy un árbol...

Dan soltó una carcajada y se encogió cuando Abby lo golpeó en el hombro.

—¿Un árbol?

—¡Cállate! ¡Funciona!

—Ajá. *Seguro* que sí...

—Muy bien, sabelotodo; entonces no te voy a contar mi secreto —Abby se cruzó de brazos y resopló.

—No, por favor, continúa. Vamos, quiero saber más acerca... acerca... de ser un árbol —la risa se le escapaba entre las palabras, sin importar cuánto intentara reprimirla.

—Ahora no te lo voy a decir.

—Abby, por favor...

—Ok, pero solo porque me agradas.

Dan se perdió parte de lo que Abby dijo a continuación, porque había dicho que le agradaba.

– ...imaginas cada una de tus raíces, imaginas cómo se mueven en la tierra, enterrándose cada vez más hondo, enfocándote en cada una tras otra, tras otra, yendo cada vez más profundo, más profundo, frescas, a salvo y rodeadas...

Solo escuchar lo que describía era relajante. Entonces ella se acercó y presionó sus pulgares suavemente sobre las sienes de Dan.

—Cada raíz moviéndose en la tierra, hundiéndose en ella, fortaleciéndose...

Dan se estiró disfrutando de la sensación de que podía quedarse dormido.

—¡Ja! ¿Viste? Te dije que funcionaba.

—No está mal, *Ramitas*.

—Seguramente deberíamos entrar —dijo ella, poniéndose lentamente de pie y estirándose—. Y no me llames *Ramitas*.

—¿Bellota?

—No es gracioso.

—Lo que tú digas, *Ramitas* —se tapó la boca con la mano para cubrir un bostezo.

—Lo digo en serio —lo miró con furia—. Si me llamas *Ramitas*, te llamaré *Buda*.

—Bueno, bueno. Tregua —Dan la siguió al interior y cerró la puerta tras ellos. Esta se atrancó automáticamente. Fueron al piso de Abby.

—Bien, buenas noches —dijo Dan, balanceándose sobre sus talones.

—Buenas noches. Y recuerda... —Abby cerró los ojos y adoptó una pose— sé el

árbol.

—Lo intentaré —dijo Dan, viéndola dirigirse a su habitación.

De regreso en su cuarto, Dan lo intentó. Pero cuando cerró los ojos, el árbol se convirtió en una enredadera y la enredadera en grilletes, y de pronto estaba otra vez en la misma pesadilla.

CAPÍTULO

No. 8

A la mañana siguiente, Dan casi no habló con sus amigos. No tenían clase juntos hasta la tarde, y al haber pasado la mayor parte de la noche en vela, había pulsado muchas veces la función «repetición» de la alarma de su reloj, al despertar su desayuno había consistido en engullir un plato de cereal y un jugo de naranja demasiado rápido y en ver a Abby colocándose cucharas frías sobre los párpados. Insistía en que la ayudarían a despabilarse y a librarse de la hinchazón por la falta de sueño.

No tenía tiempo para desmentir ese mito. En lugar de eso, Dan corrió con su lista de materias en la mano a su primera clase, pensando que Historia de la Psiquiatría sería un buen comienzo. Cuando llegó, vio al compañero de habitación de Jordan, Yi, y se alegró de encontrar un rostro conocido en un salón lleno de extraños. Ignorando la voz familiar que le decía que sería más fácil sentarse solo, Dan se acercó adonde estaba Yi y se presentó.

—¿Qué tal? —dijo mientras se sentaba.

—Bah —Yi se encogió de hombros—. Jordan no deja de mandar mensajes de texto cuando se supone que deberíamos estar durmiendo. Tuve que escuchar el clic-clac de sus dedos tipeando hasta las cuatro de la mañana.

—Realmente ama ese teléfono.

—Excepto por eso, me alegra tener la oportunidad de hacer algo además de tocar el maldito violonchelo. Me encanta la música y todo, pero estoy abierto a descubrir otra vocación. Quizá la encuentre en esta clase. En el peor de los casos, habré aprendido algo nuevo, ¿no? Y tal vez nos enteremos de algo genial acerca de nuestra residencia-manicomio.

La profesora Reyes llegó puntualmente y comenzó a repartir los planes de estudio. Nuevamente, su atuendo era todo negro, esta vez con un collar de cuarzo. Su aspecto le recordaba al de las videntes de los infomerciales de medianoche.

Esta docente le agradó de inmediato, especialmente después de que un estudiante levantara la mano y ella le respondiera con un amable:

—No, no vamos a hablar sobre el hospital psiquiátrico Brookline, pero gracias por preguntar. Si quieren hacer un estudio del tema por su cuenta para subir sus calificaciones, adelante.

El estudiante bajó automáticamente la mano.

Las dos horas pasaron volando, y las pocas veces que Dan se distrajo fueron pensando en lo que Abby y Jordan estarían haciendo en su clase de dibujo. Esperaba que ella hubiera mantenido en secreto la conversación que habían tenido la noche anterior. No le importaba que Jordan se enterara de sus pesadillas o de los problemas entre los padres de Abby; solo le gustaba la idea de que esa conversación fuera algo que nada más ellos compartían.

El final de la clase no fue anunciado por un timbre estridente. En lugar de eso, las

campanas de la capilla de la Universidad repicaron una vez cuando faltaba un cuarto de hora; esa era la señal para que los profesores fueran concluyendo. Era un cambio agradable. Dan guardó sus carpetas. No era obligatorio comprar los libros para las clases, y la mayor parte del material venía en paquetes de datos impresos, presentaciones de diapositivas y documentales. Salió apresuradamente, pisándole los talones a Yi, hasta que recordó que esto no era la escuela secundaria y que no se metería en problemas si llegaba tarde al almuerzo.

La Universidad había entregado un mapa a todos los estudiantes, pero consultarlo lo hacía sentir como un turista. Afuera, el clima había cambiado de la ligera humedad del rocío matutino al calor intenso de una tarde de verano.

La profesora Reyes ya estaba en el jardín, tomándose un descanso para fumar. Dan recordó lo que había dicho acerca del proyecto para conseguir una calificación más alta y se le acercó.

La profesora le sonrió, terminando su cigarrillo y arrojándolo a un bote metálico para colillas que estaba cerca.

—Darren, ¿no? —preguntó.

—Dan —la corrigió él, metiendo las manos en los bolsillos—. Daniel Crawford.

La profesora se quedó observándolo por un largo rato y luego dijo:

—Ah. Listo. No lo olvidaré.

—Me estaba preguntando acerca del proyecto para obtener una mejor calificación.

—Oh, Dan, estaba bromeando. Sabes que aquí no hay calificaciones, ¿verdad? —la profesora rio suavemente—. Entonces, ¿estás buscando una recomendación, o solo adulándome?

—Bueno, yo... —Dan no sabía qué decir, se sentía avergonzado de que ya pensara mal de él—. Es solo que es mi interés principal... La Psiquiatría y la Historia, quiero decir. Así que una buena calificación sonaba genial. Estaba pensando en hacer algunas entrevistas en la ciudad, para escuchar la perspectiva local.

—Buena suerte con eso —la profesora Reyes acomodó el maletín que llevaba colgado del hombro.

—¿Disculpe?

—La gente de la ciudad es, digamos, supersticiosa. Por no decir algo peor... Durante años han solicitado que se derrumbe Brookline, pero no se puede. En primer lugar, porque es un edificio histórico y merece permanecer en pie. Y, en segundo lugar, porque no hay razón para demolerlo. Es cierto que los cimientos no están en el mejor estado, pero la Universidad va a invertir para renovarlos muy pronto —revolvió en su maletín hasta que encontró los cigarrillos. Encendió uno, gesticulando con él—. Así que es probable que encuentres algo de resistencia. Te hablarán sobre Brookline, seguro, hablarán hasta el

cansancio, pero solo acerca de cuánto desean que desaparezca.

—Qué lástima —dijo Dan, sinceramente—. Creí que podría ser un buen trabajo.

—Lo sería y deberías intentarlo —la profesora Reyes se inclinó hacia él con una sonrisa conspiratoria—. De hecho, he obtenido un permiso para hacer un seminario con estudiantes de último año en el antiguo sector cerrado de la residencia. Vamos a archivar algunas de las cosas que están allí y al mismo tiempo ayudaremos a la Universidad a librarse de ellas. ¿Hay alguna posibilidad de que vengas el año entrante?

—Eso querría. Solo estoy comenzando mi último año de secundaria —la verdad era que Dan no había considerado asistir a esa universidad. Pero, si le gustaban todas sus clases ese verano, ¿por qué no?—. Tal vez si mis entrevistas son exitosas, podría usar mi trabajo en su seminario.

—Seguro —dijo ella—. Ya veremos.

Dan se alejó, saludándola con la mano. No estaba seguro de si la idea de investigar más acerca de la historia de Brookline lo entusiasmaba o le daba miedo, pero hacerlo como una especie de tarea para una clase, incluso una no oficial, para obtener una calificación falsa le daba, al menos, cierta validez. Ahora podía contarles a Abby y a Jordan acerca de lo que había descubierto sin sonar como un psicópata.

Y hablando de Abby y Jordan, probablemente lo estaban esperando para almorzar. Recordó el momento de la noche anterior en que creyó que la chica iba a besarlo. ¿Ella lo recordaría igual? ¿Estaría pensando en él, como él estaba pensando en ella?



Le tomó cuatro días atreverse a invitarla a salir.

A decir verdad, fueron cuatro días increíbles en los que Dan, Abby y Jordan se volvieron inseparables. Comían juntos, se sentaban juntos en clase y pasaban juntos su tiempo libre. Naturalmente, eso hacía que a Dan lo pusiera más nervioso la idea de invitar a salir a Abby. Su mente daba vueltas y vueltas. ¿*Debía* invitarla a salir? ¿Y si decía que no? ¿Podrían seguir siendo amigos? ¿Cómo se sentiría Jordan al respecto? ¿Cómo afectaría al trío? ¿Y si decía que sí? ¿Y si...? Estaba tan pensativo que hasta Félix notó que algo le sucedía.

—Pareces preocupado, Daniel —dijo Félix un día, después del almuerzo, cuando Dan entró en la habitación, se dejó caer sobre la cama y suspiró ruidosamente—. ¿Quieres hablar al respecto?

Dan se preguntó qué tan sensato sería pedirle consejos sobre citas a Félix, aunque él también parecía estar relajándose a medida que avanzaban los días. Todavía estudiaba solo en su habitación todo el tiempo, hablaba como un profesor de ciencia y necesitaba cantidades ridículamente escasas de sueño. Pero sus revistas de manga habían desaparecido y parecía disfrutar de hacer las cosas a su manera.

—Bueno —dijo Dan—. Estoy pensando en invitar a Abby a salir. ¿Qué oportunidades crees que tengo?

—Ah, sí. Entiendo por qué estás tan nervioso...

—¿Ah, sí? —Dan esperó, aunque no estaba seguro de querer que Félix continuara.

—Tienes un rostro simétrico, pero sufres de orejas ligeramente protuberantes. No eres exactamente alto y tu falta de tono muscular, bueno... Abby, en cambio, es...

—Sí —dijo Dan, interrumpiéndolo—. Es súper linda.

Félix hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Diría que, en lenguaje popular, está fuera de tu alcance.

—Eso pensé —dijo Dan entre dientes. No debería sentirse mal, considerando la fuente de esa opinión, sin embargo... dolía.

—Pero solo por un margen muy estrecho —Félix sonrió desde la silla junto a su escritorio—. ¿Eso responde a tu pregunta?

—Sí —dijo—. Has sido de gran ayuda. Gracias —Dan recogió sus cuadernos para la tarde y salió de la habitación.

Esa frase, *fuera de tu alcance*, lo fastidió todo el camino hasta el otro lado del campus. De alguna manera, Félix tenía razón. Nunca antes había conocido a nadie como Abby, alguien que iluminara un poco todo su mundo cada vez que estaban juntos.

Escuchó la primera campanada de la capilla, que anunciaba que era la una cuarenta y cinco y su siguiente clase estaba comenzando. *Tarde*. ¿Cómo había sucedido eso? Solo habían pasado unos minutos desde la una, cuando salió de la residencia. Dan corrió lo más rápido que pudo el resto del camino y llegó al edificio de ciencias sociales sudado y jadeando. En la última campanada, entró dando tumbos en el corredor. Jordan y Abby lo esperaban junto a la puerta del salón.

—¡Ahí estás! —exclamó Abby—. Creímos que no vendrías.

—Solo estoy retrasado. Asuntos con mi compañero.

—Seguro; todos sabemos que querías hacer una entrada dramática —bromeó Jordan, dándole un empujoncito. Dan entró detrás de sus amigos y arrastró los pies hasta un asiento bajo la mirada severa del profesor, un hombre alto, de mediana edad, con una barba de candado corta y cabello entrecano.

—Vaya, pero si es la Hydra —dijo el profesor Douglas, bajando sus lentes hasta la mitad de la nariz—. Que no se les haga hábito.

Hydra. Ingenioso, pensó Dan y sonrió.

—¡Lo sentimos! —dijo Abby, sacando rápidamente su carpeta—. No volverá a suceder.

El profesor Douglas asintió y se volvió hacia la pizarra.

Después de clase, los tres caminaron hacia el jardín. Un chico alto, de rostro alargado, se les acercó corriendo, se detuvo frente a Abby y colocó una mano en su brazo, como si la conociera.

—¡Hola, Abby! Jordan —el chico sonrió y mostró unos dientes muy blancos y brillantes—. ¿Quieren ir por un café o algo?

Por supuesto, tenía un acento sureño encantador. ¿Por qué no lo tendría?

—Soy Dan —estiró la mano, obligando al chico a soltar el brazo de Abby.

—Yo soy Ash —dijo él, apretando la mano de Dan como una tenaza—. Encantado de conocerte. ¿Entonces...? —Ash inclinó la cabeza en dirección al comedor.

—Seguro, cuenta conmigo —dijo Abby entusiasmada—. ¿Chicos?

—Suena bien —dijo Jordan.

Dan simplemente se encogió de hombros e intentó sonreír de una forma que dijera, *seguro, pero no sería mi primera opción*. En silencio, con las manos en los bolsillos, se quedó unos pasos atrás. Jordan se acercó y le lanzó una mirada deliberada, como un láser, haciéndolo sentir incómodo. No iba a decir nada. Si Abby quería pasar tiempo con Ash, no era de su incumbencia.

—Va a la escuela de Abby —susurró con tono cómplice Jordan, mientras jugaba con un lápiz—. Nos presentó en la clase de Dibujo. Creo que se encargan juntos del club de arte allá.

—Ah —respondió Dan—. Supongo que parece agradable...

—¿Pero?

—Pero nada —pateó una rama fuera del camino, que rodó hasta la hierba—. Es agradable. Pero quizás eso sea todo lo que es. En cualquier caso, ¿a quién le importa ser agradable? La mayoría de la gente es agradable —pensó en su escuela. Los chicos «agradables» abundaban, pero ninguno llamaba su atención. No era que le importara. Él era el mejor de su clase y en un año se iría a la universidad, lejos de todos ellos.

Jordan arqueó una ceja.

—¿No crees que estás siendo un poco duro con él? Lo conociste hace diez segundos. Es solo uno de esos chicos, ¿sabes? Se lleva bien con todo el mundo. A los demás les gusta pasar tiempo con él.

Dan pateó el suelo.

—No lo entiendo. ¿Cómo haces eso? Llevarte bien con todos, quiero decir.

—Puedes intentar ser menos celoso, por ejemplo —dijo Jordan.

Lo dijo sin mala intención, pero él se lo tomó a pecho. ¿Estaba siendo tan obvio? Tal

vez debía dejar de darse tanta importancia y aceptar que, por supuesto, Abby y Jordan tendrían otros amigos. Por su parte, él no necesitaba a nadie más.

Picoteó un pastelillo mientras Abby y Jordan conversaban con Ash. A nadie parecía importarle que no dijera ni una palabra. Intentó no verse deprimido, pero no estaba seguro de haberlo logrado.

Más tarde, Ash se marchó para unirse a un juego de *frisbee* y Jordan dijo algo acerca de reunirse con algunas personas para un proyecto grupal.

De repente, Dan y Abby estaban solos. Ella lo miró con una sonrisa.

—Anímate —dijo—. Te ves tan serio.

—Yo... —comenzó, pero algo lo invadió y supo que debía decírselo en ese momento o nunca lo haría—. ¿Quieres salir a algún lado esta noche? Solo nosotros dos...

—Sí —dijo ella sonriendo, y Dan celebró internamente la enorme diferencia que había entre «sí» y «seguro».

Dile que es una cita, que estás hablando de una cita.

—No tiene que ser una cita ni nada por el estilo —agregó tímidamente.

Es una cita, es una cita, la estás invitando a una cita.

—Ah —respondió Abby, bajando la mirada—. No, claro, por supuesto...

—¿O podría ser una cita?

—Ok... —rio—. ¿Qué tenías pensado?

—¿Ehh?

—¿Qué quieres hacer? ¿Ir a cenar o...?

—¡Ah! Cenar, sí. Oí, ehh, oí que ese lugar en la ciudad es agradable. Yi estaba hablando de él. ¿Brewster's? Sirven sándwiches y otras cosas —esto no era tan difícil.

—Entonces será Brewster's —dijo Abby animadamente—. ¿Qué tal a las *siete*?

—A las siete, perfecto.

—¡Genial entonces! A las siete en punto. Te veré aquí abajo a las siete —Abby sacudió la cabeza y rio—. Por Dios, ¿podría decir siete unas veces más?

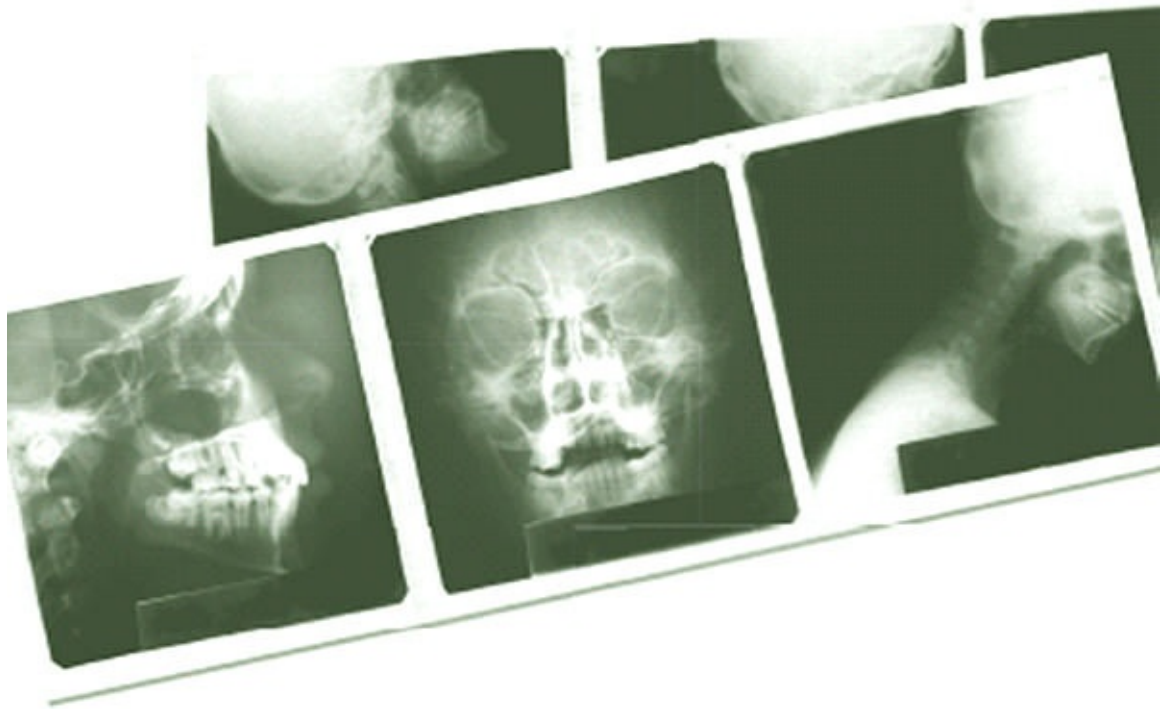
—Probablemente.

Después de eso, ella dijo algo vago acerca de querer ir al centro deportivo y Dan, necesitaba estudiar un poco, así que se separaron en el jardín, sonriendo y despidiéndose con las manos como dos tontos. Él la siguió con la mirada hasta que desapareció entre la multitud de estudiantes. Luego caminó lentamente hacia la residencia.

Su calzado deportivo aplastaba piñas que crujían a medida que entraba y salía de los caminos. Sobre la hierba, cerca de donde estaba, vio a un grupo de personas reunidas

alrededor de una parrilla; parecía que algunos de los prefectos estaban preparando carnes asadas para la cena. Podía oler el humo que ascendía y desaparecía en la suave brisa. Podía oír el fuego chispeando.

Se sentía bien.



CAPÍTULO

No. 9

El hecho de que la salida de esa noche quizá fuera una cita le generaba varios dilemas. Como por ejemplo: ¿debía afeitarse? ¿O comunicaría un grado de seriedad excesivo? ¿Debía mantenerse informal, como para que no pareciera que estaba dando nada por sentado? Sin embargo, realmente esperaba que fuera una cita. Pensó en los ojos de Abby, grandes, intensos, como si hubiera todo un mundo en su interior que él apenas había vislumbrado.

—Idiota —dijo. Había estado tan perdido en sus pensamientos que se le debía haber hecho tarde. Se puso una camisa azul claro; se veía informal sin ser desarreglada. La metió dentro del pantalón y la sacó, e incluso probó meter solo la mitad, en una forma despreocupada que solo se veía bien en modelos de catálogos. Decidió que era mejor llevar *jeans* que pantalones de vestir y definitivamente sin corbata, era demasiado formal.

Miró su reloj.

El tiempo parecía funcionar de forma extraña en aquel lugar. Lo que le habían parecido horas debatiendo su vestuario, resultaron ser no más de veinte minutos. De hecho, todavía tenía algo de tiempo libre. Se sentó frente a su escritorio y abrió su computadora para revisar su correo electrónico. Había uno largo de sus padres que básicamente decía que esperaban que se estuviera divirtiendo con sus nuevos amigos. Algo de correo no deseado. Un video de Jordan, de un gato que corría a toda velocidad hasta estrellarse contra una pequeña caja de zapatos, y el link de una nueva banda que pensaba que debía escuchar. Por un segundo, Dan se preguntó qué pensaría Jordan acerca de su cena con Abby. ¿Ella le habría contado? Ya veía venir las inevitables bromas que haría una vez que se enterara.

De pronto, un mensaje no leído en la carpeta de correos enviados le llamó la atención. Eso era... extraño. ¿Cómo podía siquiera *tener* un mensaje no leído en la carpeta de correos enviados? El hecho de haber redactado y enviado el mensaje, ¿no significaba también que lo había leído?

Dan hizo clic en la carpeta, y alcanzó a ver que el asunto decía «En respuesta a su consulta acerca del paciente 361», pero entonces se minimizó la ventana, apareció un mensaje de error en medio de la pantalla y el cursor se transformó en la ruedita giratoria de la tristeza.

—¿Qué? ¡Oye! —Dan golpeó un lado de la computadora—. ¡Sí! —gritó—. Sí, quisiera reiniciar el navegador, pedazo de... ¡y *muchísimas* gracias por elegir este preciso momento para fallar!

Finalmente, el navegador se cerró y se volvió a abrir un segundo después, pero el mensaje misterioso había desaparecido.

Dan sintió que su pulso se aceleraba. *Estoy en un antiguo hospital psiquiátrico, teniendo alucinaciones acerca de correos electrónicos sobre pacientes. Sí. Nada importante. ¿Listo para tu cita, campeón?*

—Tengo que salir de aquí —dijo a la habitación vacía.

Se arremangó y tomó las llaves y su billetera. Apagó todas las luces excepto la lámpara de su escritorio. Nunca más quería volver a una habitación en total oscuridad por miedo a encontrar... bueno, lo que fuera que su imaginación le había hecho ver la primera noche. Salió y cerró la puerta con llave.

Se apresuró a recorrer el pasillo, dobló la esquina y bajó la escalera dando pasos largos. La extraña sensación de estar siendo observado siempre era peor en los pasillos. Lo atribuyó a las pequeñas ventanas que dejaban entrar haces anémicos de luz. No podía dar ni cinco pasos sin que se le erizaran los vellos de la nuca. Quizá se debía al hecho de saber que esas fotografías estaban abajo, esperando en la oficina del terror. Siempre parecía poder olvidarlas cuando estaba afuera, lejos de Brookline, pero ahí volvían a su mente.

Llegó al vestíbulo y allí estaba Abby, vestida con una blusa escotada con tirantes finos y una falda. Un atuendo muy diferente de las camisas anchas y los chalecos anticuados que usaba normalmente. Maldición, se estaba comportando como un típico chico, Abby se iba a dar cuenta e iba a cancelar todo...

—¿Estás bien? —preguntó ella cuando comenzaron a caminar hacia Camford, la pequeña ciudad que se encontraba a un kilómetro y medio del campus. Todavía había algo de luz y el verano prolongaba el calor agradable del crepúsculo—. Te ves algo pálido.

¿Pálido? Rayos. ¿Sería por el mensaje fantasma en su carpeta de correos enviados o por la blusa que llevaba Abby? Era difícil decirlo. Lo que sí sabía era que ella se veía increíble y Paul le había enseñado que ese era el tipo de cosas que un chico debía decirle a una chica.

—No, estoy bien —dijo—. Te ves genial —Abby lo miró con una sonrisa insegura. En algún lugar, a su padre le estaba dando un ataque al corazón—. Quiero decir bien. Te ves bien. Increíble. Te ves increíble.

Ese estúpido correo fantasma lo había inquietado más de lo que había pensado.

Comenzó a jugar nerviosamente con un botón de su manga. Un leve vapor de bruma se aferraba al suelo. Dan había oído a la profesora Reyes referirse a esto como «el humo de Brookline», esa niebla que aparecía siempre al caer el sol. Aparentemente, durante los meses de otoño todo se volvía prácticamente opaco.

La caminata hasta Brewster's fue tranquila. No aburrida, simplemente... relajada. Le gustaba eso de Abby: nada era demasiado dramático, ni siquiera muy misterioso. Los juegos, las mentiras, las reglas: nada de eso parecía aplicarse a ella. Decía lo que pensaba. En ese preciso momento, contó que estaba obsesionada con unos gatos que brillan en la oscuridad que alguien estaba diseñando en Japón (quería uno, por lo bello, pero más por lo nerd), y siguió diciendo lo que le pasaba por la mente.

—Estoy divagando —dijo ella.

—No —respondió él—. Haces que resulte interesante —esperaba no haber sonado

demasiado patético. Pero ella solo le sonrió y eso le levantó el ánimo.

Mientras esperaban en el restaurante para ordenar, Dan notó la fascinante mezcla de aromas que flotaba en el aire: café, pesto y una encantadora fragancia floral que provenía de Abby. Debía haberse puesto perfume. Se inclinó sobre el mostrador, balanceándose de los talones a las puntas del pie mientras trataba de decidir qué comer. Un chico que debía ser un año o dos mayor que ellos tomó el pedido, garabateando todo sin mirar ni una vez el papel porque tenía la mirada fija en Abby. Dan se iba a sorprender mucho si su sándwich se parecía remotamente a lo que había pedido.

Se sentaron con sus bebidas en un box contra una esquina.

Abby bebía a sorbos su *Coca Diet* y observaba la calle con la mirada perdida. Las lámparas acababan de encenderse, haciendo que las aceras brillaran. Curiosamente, la ciudad parecía ser inmune a la niebla que asolaba el campus.

Di algo, Crawford. Cualquier cosa.

—¿Sabes algo de computadoras? —preguntó sin pensar. No había planeado hablar sobre el correo, pero quizá necesitaba que alguien más le confirmara que no estaba exagerando, que era normal sentirse un poco alarmado por lo que había sucedido.

—Un poco —respondió cuando llegaron sus sándwiches, junto con un expreso doble para ella (cortesía de la casa) que el camarero había hecho por accidente (sí, claro) para un pedido equivocado (léase: para Abby). Naturalmente, la mostaza que Dan había pedido aparte no se veía por ningún lado—. ¿Qué quieres saber?

—Va a sonar estúpido.

—Prometo no reírme —respondió Abby—. No mucho, en todo caso.

—Qué amable de tu parte —Dan se despeinó la parte de atrás de la cabeza, algo que siempre hacía cuando tenía que elegir cuidadosamente lo que iba a decir—. ¿Es posible que... no sé, que el correo de otra persona aparezca al azar en tu cuenta?

Abby parpadeó desde el otro lado de la mesa.

—Humm... ¿no es esa la idea de los correos electrónicos?

—¡Oh! No. Maldición, ¿ves? Por eso no debí haberlo mencionado —Sacudió la cabeza—. Lo que quiero decir es: ¿podrían cruzarse las señales o algo así? ¿Puede un mensaje enviado por otra persona terminar pareciendo como que *tú* lo enviaste?

Estaba metiendo la pata hasta el fondo.

Abby dio ligeros toques a sus labios con la servilleta e inclinó la cabeza hacia un lado, considerando la pregunta. Un mechón de cabello se soltó de la cinta que lo ataba y le acarició la mejilla. Dan reprimió el deseo de acomodárselo detrás de la oreja.

—No lo creo —respondió finalmente—. No, a menos que alguien hackeara tu cuenta y robara tu contraseña. ¿Por qué? ¿Crees que un fantasma está usando tu correo sin

permiso? —alzó sus manos y comenzó a mover los dedos diciendo «*buuuUUUuuu*» exageradamente—. Oh, oh, Dan: residencia embrujada, siniestra y espeluznante...

Dan golpeó su mano suavemente. Pero lo que decía tenía sentido. Él sonaba ridículo.

—Olvídalo. No importa.

—No, no. ¿Qué decía el mensaje? —Abby tomó su sándwich otra vez. Una rebanada de jitomate escapó y cayó sobre el plato. No se veía nada apetitosa; parecía un pedazo de carne cruda.

—Ese es el problema. Apenas pude ver el asunto. Entonces mi navegador enloqueció y cuando volví a abrir la carpeta de correos enviados, el mensaje ya no estaba. Había desaparecido. Es como si lo hubiera imaginado.

—¿Desapareció? —por un momento, Abby pareció preocupada. Al menos ya no estaba riendo.

El camarero los interrumpió; esta vez traía una galleta «por error».

—¿Podrías no hacer eso? —espetó Dan, echándole una mirada de desprecio—. Estamos tratando de tener una conversación.

—Como sea. Está bien.

Abby se cubrió la boca para esconder una sonrisa y observó al chico escabulléndose hacia la caja registradora.

—Ay, solo está intentando ser amable —dijo ella, jugando con la galleta que estaba sobre un pequeño plato.

—Si tú lo dices —Dan se cruzó de brazos y se echó hacia atrás. No quería seguir hablando acerca del correo electrónico; sabía que no debía haberlo mencionado.

Pero Abby no había terminado con el tema.

—Estábamos hablando de tu escritor fantasma —dijo en tono alentador—. ¿Se trataba de un mensaje de amor?

—No —respondió un poco irritado, malhumorado—. Era...

Estaba grabado en su mente: «En respuesta a su consulta acerca del paciente 361».

—Vamos. Esta vez estoy lista. No me burlaré. Lo prometo.

Dan estaba indeciso acerca de cuánto revelar. Si le contaba sobre El Escultor, entonces definitivamente dejaría de reírse. Pero ya estaba arrepentido de haber dicho tanto.

—Era algo médico. Un informe de un doctor o algo así —dijo finalmente. Sacó su celular para mirar la carpeta de correos enviados, en caso de que el mensaje hubiera reaparecido milagrosamente, pero seguía desaparecido.

Cuando volvió a mirar a Abby, vio nuevamente un rastro fugaz de miedo en su rostro.

—Dan —dijo, y su labio inferior estaba temblando, algo que en cualquier otra circunstancia le hubiera parecido increíblemente *sexy*—. ¿Y si... y si...? —Abby bajó la voz hasta convertirla en un susurro, y abrió mucho los ojos. Dan sintió que su pulso se aceleraba. ¿Ella también lo sentiría?, ¿que esto no era un accidente ni una alucinación, sino parte de algo mucho más siniestro?

—¿Y si...? —casi no podía oírla; el temor se iba apoderando de su voz. Se estaba inclinando hacia adelante, acercándose a él, y él sintió que hacía lo mismo inconscientemente. Dijo la siguiente frase de prisa. *¿Y si estás en un capítulo de Scooby-Doo?*

—Oh, vete al diablo —Dan alzó la mirada, exasperado, volviendo a recostarse sobre el respaldo. Debió haber seguido su primer instinto y no hablar del tema. La reacción de Abby realmente lo había lastimado, especialmente después de que le había prometido no burlarse, pero no quería demostrarlo. Así que también rio y le preguntó acerca de sus talleres.

A medida que la conversación pasó de las clases a sus películas favoritas y cómo era ser una adolescente en Nueva York, Dan comenzó a sentirse menos y menos preocupado acerca del mensaje, las visiones y las fotografías del sótano. Esta era la razón por la que había venido al CPNH. Por este preciso momento.

Entonces su celular vibró sobre la mesa. Había olvidado que lo había dejado ahí. Lo levantó, dispuesto a apagarlo, pero notó que había un correo electrónico sin leer en su bandeja de entrada. Sintió un escalofrío. Presionó su pulgar sobre el ícono de correo nuevo. El fondo blanco brilló, y la línea del asunto, decía «Respuesta: Paciente 361: pregunta acerca de la sesión del jueves» apareció por un segundo hasta que fue reemplazada por el zumbido de un mensaje de texto.

Dan se sobresaltó y casi dejó caer su teléfono. Pero solo se trataba de un mensaje de Félix.

Hola, Dan. Espero que tu cena con Abby esté yendo bien. Tengo planes en la ciudad y estaré fuera hasta tarde, por si deseas usar nuestra habitación. Regresaré cerca de las diez.

¡Qué poco oportuno! Cuando Dan volvió a su bandeja de entrada, el mensaje había desaparecido, igual que el anterior. Incluso antes de revisar la papelera, sabía que no lo encontraría allí. Tenía razón.

—¿Hola? ¿Dan? ¿Tierra llamando a Daniel? —Abby agitó su mano frente a su rostro—. ¿Es de Jordan?

—¿Eh? Hola, sí, lo siento —guardó el teléfono—. Quiero decir, no, no es de Jordan. Es solo Félix —Dan trató de no darle importancia, pero sentía la piel tensa. En cualquier momento comenzaría a sudar su camisa. Pero no podía decírselo a Abby. Se veía tan feliz; esta «especie de cita» estaba yendo bien, de hecho. No quería arruinar el ambiente. Sobre todo, no quería que volviera a reírse de él.

—Entonces —dijo esbozando una sonrisa—. ¿Te gustaría compartir esta galleta mal habida?

CAPÍTULO

No. 10

En términos generales, con Abby a su lado bebiendo su expreso para llevar y las estrellas que comenzaban a brillar en el cielo, Dan se sentía bastante bien. Caminaron de vuelta al campus a un ritmo relajado, mientras Abby le contaba las últimas noticias de su familia: sus papás habían arreglado sus diferencias por el momento; su padre había aceptado trabajar en un proyecto personal más creativo, y hasta le había pedido a ella que creara piezas de arte para vender en Internet y recaudar fondos para cubrir el costo de las grabaciones.

—Son buenas noticias —dijo Dan, acompañándola por el camino que conducía a Brookline. Comenzó a preguntarse si debía besarla al despedirse.

No, no, despacio, ¿recuerdas? Si lo echas a perder, la perderás también como amiga.

Claro que si ella lo ofrecía, todo era posible. Pasaron sin prisa por el vestíbulo hasta llegar a la escalera principal.

—Deberías pasarme el link del sitio para recaudar fondos cuando esté *on line*. Me encantaría colaborar.

—Sí, claro —Abby le dio un empujoncito con la cadera—. Ni siquiera sabes cómo suena su música.

—¿Y? Me encantaría comprar algo que tú hayas creado. Y es obvio que significa mucho para ti —Abby se detuvo al llegar a su piso y se volvió para mirarlo a los ojos. Tenía que inclinar la cabeza hacia atrás debido a la diferencia de altura entre ambos.

—Eso es realmente... realmente... Gracias, Dan.

—No hay problema.

Doblaron la esquina y encontraron el pasillo vacío, excepto por Jordan.

—Oh, *maldición* —susurró Abby.

—¿Qué? —Dan alternó la mirada entre ambos.

—Generalmente me encuentro con Jordan después de cenar para estudiar. Lo olvidé completamente —Abby apretó el vaso de café tan fuerte que crujió—. Va a estar furioso.

Dan sabía que pasaban mucho tiempo juntos, pero no tenía idea de que las sesiones de estudio eran un ritual obligatorio. Disminuyeron la velocidad a medida que se aproximaban a Jordan, que esperaba frente a la puerta de la habitación de Abby.

—Ah, hola. ¿Vives aquí? —preguntó.

—Jordan, lo siento tanto —abriendo los brazos, Abby se acercó para darle un abrazo, pero Jordan la esquivó con agilidad.

—No, no, estoy bien. De verdad. Cambia tus planes sin avisarme, no hay problema —tenía un vaso desechable como el de Abby en su mano derecha. Cuando bebió de él, ella arrugó la nariz.

—Jordan, ¿eso tiene licor?

—No.

—Jordan.

—¡Bueno! ¡Sí! —acercó el vaso contra la nariz de Abby—. Me estás impulsando a beber.

Ella intentó quitarle el vaso, pero Jordan retrocedió y se bebió lo que quedaba.

Los ojos de Abby se encendieron, y luego de una pausa, se serenó.

—Dije que lo sentía, Jordan. ¿Qué más quieres que diga? —Dan sostuvo el vaso de café mientras ella sacaba sus llaves y abría la puerta. Abby le sonrió aliviada. Dan estaba feliz de ser su aliado—. Como sea, ¿por qué no me llamaste en lugar de merodear fuera de mi habitación?

Jordan se encogió de hombros, repentinamente absorto en escarbarse las uñas.

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes. Escúpelo —dijo Abby, abriendo la puerta. Dan esperaba que Jordan entrara en la habitación y comenzara a decirles todo lo que pensaba, pero en lugar de eso, dudó, observando la puerta con desconfianza, como si creyera que Abby estaba esperando el momento oportuno para cerrársela en la cara.

—¿Qué eres, un vampiro? —preguntó ella—. ¿Tengo que *invitarte* para que puedas cruzar el umbral?

—No estaba seguro de ser bienvenido.

—No seas ridículo, Jordan. Entren, los dos.

Dan entró y admiró lo genial que se veía la habitación, con mucho del arte de Abby decorando las paredes. La mayoría eran pinturas coloridas, fascinantes y alegres, así que no estaba preparado para el único retrato que resaltaba como una rosa muerta en un ramo: la niña con la mirada vacía. Estaba pegado en la pared sobre la cama; la había dibujado exactamente como en la fotografía. Dan se quedó mirando los ojos vacíos y la cicatriz en la frente de la niñita, preguntándose por qué Abby podría querer que algo tan espeluznante vigilara su sueño. Era difícil verla pero también dejar de mirarla.

—Disculpen el desorden —estaba diciendo ella, que parecía no notar lo que realmente le incomodaba. Quitó algo de ropa de la cama y les indicó a Dan y a Jordan que se sentaran. Acercó la silla de su escritorio hasta que estuvo cerca de ellos.

—Ahora cuéntanos, Jordan. ¿Qué te sucede?

Jordan miró nada más a Abby.

—Es solo que... que me dejaran... Bueno, me trajo malos recuerdos —dijo lentamente—. Tenía un amigo. Blake —a Jordan le costó pronunciar el nombre, como si solo decirlo fuera doloroso—. Hacíamos casi todo juntos, hasta hace un par de meses, cuando

finalmente le dije que era gay. Aunque, vamos, ¿cómo podría alguien pasar cinco minutos conmigo y no darse cuenta? —agregó amargamente—. Como sea, no volví a verlo. No hubo una gran pelea ni nada por el estilo. Simplemente... desapareció. Un día estábamos bien, éramos amigos... y al siguiente no me respondía los mensajes, me ignoraba en la escuela... Nos cruzábamos en los pasillos y hacía como si yo no existiera, como si fuera una especie de fantasma.

Un largo silencio siguió a la confesión de Jordan. Abby miró de reojo a Dan.

—Eso no es justo —susurró ella finalmente—. Nosotros no *desaparecimos*. No te estamos ignorando. Y lo siento, Jordan, los dos lo sentimos, pero, honestamente... estábamos en una especie de cita.

—¿Lo estaban?

—¿Lo estábamos? —Dan y Jordan preguntaron al mismo tiempo. Dan se aclaró la garganta—. Quiero decir: lo estábamos.

—Ah, los felicito... —Jordan se mordió el interior de la mejilla. No sonaba sincero.

—Pero la próxima vez te llamaremos —dijo Abby, y agregó rápidamente—: si hemos hecho planes contigo o algo así, ¿está bien?

—Está bien —sonaba como un niño pequeño, que inesperadamente se había salido con la suya pero que no quería dejar de hacerse el ofendido, al borde del llanto.

—Abby... —Dan no podía contener la pregunta por más tiempo—. ¿Por qué hiciste ese dibujo? —ella siguió sus ojos hasta el retrato de la niña, como si no supiera inmediatamente a cuál se refería.

—No lo sé, ¿por qué no? —dijo—. Parecía tan triste y quería que sintiera que estaba en un lugar seguro. Obviamente se sentía sola allá abajo con la oscuridad y el polvo. Se me ocurrió ponerla en un ámbito más alegre por un tiempo —observó el retrato—. Guau... creo que no pensé en lo espeluznante que es —hizo una pausa—. ¿Es extraño?

—Sí —Jordan fue el primero en responder.

—¿De verdad? ¿Y tú también lo crees, Dan?

Piensa muy bien tus próximas palabras...

—Yo solo... ¿No te asusta ni un poco? Es muy... *inusual*, eso es todo.

Detrás de Abby, Jordan levantó ambos pulgares diciendo «Bien hecho» silenciosamente.

Ella hizo otra pausa.

—Es como si me hablara. Como si me necesitara.

—No te ofendas, Abby, pero eso suena un poco loco —observó Jordan.

—Probablemente —respondió ella, riendo—. Supongo que *estoy* un poco loca. Pero

bueno, esto es aburrido. Deberíamos hacer algo, ¿saben? Salir de aquí... ¡Ir a alguna parte! ¿Qué opinas, Jordan? Déjanos compensarte —el rostro de Abby se iluminó cuando agregó—: ¿Qué les parece si vamos otra vez a esa escalofriante oficina?

—No lo sé... —Jordan miró a Dan buscando ayuda—. La última vez se puso un poco... extraño... —su voz se fue apagando.

Dan quería estar de acuerdo con Abby. Quería estar de su lado y mostrarle que podía contar con él. Pero entre el retrato de la pared y los extraños correos electrónicos sobre el paciente 361, sentía que había tenido suficientes sustos por una noche. Cuanto más lo pensaba, sin embargo, más sentía que algo de la oficina lo llamaba. Y acababa de tener su primera cita con Abby; ese no era un buen momento para empezar a decirle que no.

—¿Por qué no? —dijo Dan con cautela—. Probablemente no haya nada allí abajo, pero...

—Exacto —Abby tomó la mano de Jordan—. Son solo fotografías viejas. No hay nada que temer.

—No es eso —respondió Jordan—. Estoy tratando de que no nos expulsen. ¡De que no me expulsen! Ni siquiera debería estar aquí. Sería un absoluto desastre si mis padres se enteraran.

—Cálmense chicos. Estoy seguro de que podemos ponernos de acuerdo en otra cosa que hacer —Dan intentó sonar neutral para bajar la tensión en la habitación. Además, siempre podía explorar por su cuenta más tarde.

—Pero somos dos contra uno: Dan y yo queremos ir, ¿no es cierto, Dan? —dijo Abby.

—Sí, pero...

—Podría haber una pista allá abajo acerca de los correos que recibiste y sobre tu escritor fantasma misterioso...

—¿Tu qué? —Jordan se animó, volviéndose hacia Dan para fulminarlo con la mirada—. ¿Qué correos?

—Ehhh... no había decidido si quería divulgar esa información todavía.

—Oh-oh, ¿primera pelea entre amantes? ¿Y a causa de un «escritor fantasma»? ¿Qué me perdí exactamente? —Jordan volvió a sentarse en la cama y dio unas palmadas en el espacio junto a él. Dan y Abby permanecieron de pie.

—Dan recibió un correo electrónico extraño, pero cuando quiso leerlo, desapareció. Algo médico, un informe sobre un paciente o algo así.

Dan se resintió.

—Puede que sea un *fantasma informático* —dijo Jordan.

—¿Qué es un *fantasma informático*? —preguntó Dan.

—Es un fragmento de consciencia humana que queda atrapado en un dispositivo

tecnológico incluso después de que la persona muere... una fracción del alma que intenta contactarse antes de desaparecer para siempre. Puede comunicarse, pero solo durante un período corto antes de comenzar a fallar y a degradarse.

A Dan, eso le sonó siniestramente acertado. Tal vez no estaba loco después de todo... Aunque la idea de un escritor fantasma real no era exactamente reconfortante.

—¿Se trata de algo real? ¿Cómo es posible que no haya escuchado antes de esto?

—Oh, no, no es real —rio Jordan, desestimando la idea con un movimiento de su mano—. Al menos, no creo que lo sea. Lo vi en un episodio de la serie *Doctor Who*. Pero suena similar, ¿no?

—Sí —estuvo de acuerdo Abby—, pero creo que Dan estaba buscando algo que fuera menos ciencia ficción. Y si lo que quiere es algo *real*, entonces seguramente lo encontrará en el sótano, ¿no creen?

Jordan caminó de un lado al otro, sacando un dado de su bolsillo y pasándolo de una mano a la otra. Abby lo interceptó y lo escondió en su mano.

—Dijiste que se trataba de algo médico, ¿verdad, Dan? Tal vez haya algo allí abajo que esté intentando comunicarse desde el más allá o, no lo sé, emitiendo ondas cerebrales paranormales para asustarte.

Hubo una pausa mientras todos consideraban la idea.

Finalmente, Jordan dijo:

—Dan, si algo *inexplicable* está sucediendo, ¿por qué querrías meter tu nariz en ese asunto? Quiero decir, no es que crea que sea real pero ¿no deberías dejarlo en paz? ¿Qué esperas encontrar?

Dan se encogió de hombros. Por el cambio en la voz de Jordan, supo que habían ganado. En contra de su buen juicio, el chico iba a acompañarlos al sótano.

—Tengo la sensación de que lo sabré cuando lo vea.

CAPÍTULO

No 11

A Jordan no le llevó mucho tiempo forzar la cerradura esta vez.

—¿Una vez más en la brecha^[1]? —dijo Dan, intentando sonar gracioso. Nadie respondió. *Idiota*.

El lugar seguía tan polvoriento y oscuro como Dan lo recordaba. Sintió un escalofrío, no sabía si por la temperatura o por los nervios. Probablemente un poco de ambos.

A pesar de haber estado ahí solo una vez, se movieron rápidamente por el área de recepción, volviendo sobre el camino que habían hecho antes hasta la oficina del director.

Dan mantuvo la puerta abierta hasta que los tres estuvieron adentro.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —preguntó Jordan, en un susurro nervioso.

—Tengo la impresión de que hay más de la sección antigua que esto —dijo Dan—. Lo que significa que debería haber otra puerta por aquí, en alguna parte.

Sinceramente esperaba que hubiera algo más. Resultaba un poco exagerado que la gente de la ciudad quisiera tirar abajo todo el edificio a causa de una recepción polvorienta y una oficina desordenada. Pero tenía la sensación de que el manicomio era más profundo.

—Busquen puertas escondidas, cerrojos, lo que sea —dijo, pasando entre sus amigos. El haz de luz de la linterna que había llevado esta vez iluminaba el suelo y las paredes, mientras revisaba ficheros y bibliotecas. Abby se dirigió a la pared que estaba junto al escritorio; inmediatamente, encontró la fotografía de la niña otra vez. Jordan estaba inmóvil, como si ya hubiera visto suficiente. Dan los ignoró y siguió adelante.

Fue de un librero a otro, apuntando la linterna hacia los espacios que había entre cada uno. El polvo cubría todo y flotaba en el aire ante la más leve alteración. Yendo en el sentido de las agujas del reloj, Dan terminó finalmente frente a un grupo de ficheros que estaban contra la pared, detrás del escritorio del director. El tercer fichero se veía extrañamente inclinado, como si alguien lo hubiera separado de la pared y lo hubiera vuelto a empujar hacia atrás, pero no del todo. Eso era lo que estaba buscando, lo sabía. Como para confirmar sus sospechas, había un par de lentes colgados de un gancho al otro lado del fichero. Se acercó para tocarlos, pero se detuvo. Había manchas de huellas en la pared, detrás de los lentes, como si alguien los hubiera colgado con las manos ensangrentadas.

—Chicos, creo que encontré algo —dijo, inclinándose para tomar el extremo posterior del fichero. Tiró y el mueble se tambaleó hacia delante, con el metal rechinando contra el suelo.

—¿Qué haces? —siseó Jordan—. No rompas nada.

—Déjame ayudarte —Abby apareció a su lado, sujetó el extremo delantero del fichero y contó—. Uno, dos, tres.

Tiraron con fuerza y el mueble se movió unos treinta centímetros, permitiéndoles ver una abertura que estaba detrás.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Abby—. ¿Un pasadizo secreto? ¿En serio? ¿Cómo se te ocurrió buscar aquí?

—Por los lentes —dijo Dan, señalando el gancho y las gafas.

Abby vio las marcas, se estremeció, y luego pareció recomponerse.

—Solo un poco más y creo que ya podríamos pasar —dijo ella, con la mayor naturalidad.

—No, no, gracias. *No* voy a entrar ahí —Jordan retrocedió unos pasos arrastrando los pies y levantando las manos como si se estuviera rindiendo.

—Como quieras. Yo quiero ver adónde lleva —hizo señas a Dan para que la ayudara y, tras un último instante de duda, él tomó el extremo posterior del fichero y tiró. Después de dos rápidos esfuerzos, el camino estaba despejado.

—Usa tu linterna, Dan. No puedo ver nada.

Él pasó primero, con el corazón latiéndole tan fuerte que lo sentía en los oídos.

—Esto debe haber sido una puerta real alguna vez, pero parece que alguien trató de taponarla con ladrillos —dijo Dan, mientras él y Abby se inclinaban para pasar a la habitación contigua.

—Entonces, ¿quién volvió a abrirla?

Pequeños trozos de ladrillo y pared se dispersaban a los pies de ambos.

—La profesora Reyes mencionó algo acerca de un seminario para estudiantes de último año que iban a archivar lo que está aquí. Supongo que necesitaban hacer un agujero en la pared para entrar.

El techo y las paredes se expandieron y, con un movimiento rápido de la linterna, Dan determinó que se encontraban en una segunda oficina, más pequeña, con solo dos ficheros y una escalera descendente a la derecha.

—¿Qué hay ahí dentro? —gritó Jordan desde el otro lado, sobresaltándolos.

—No mucho —respondió Dan, acercándose a los ficheros. Sujetos a cada cajón, había pequeños letreros que decían A-D, E-I, y así sucesivamente hasta completar el alfabeto—. Solo registros de pacientes, creo. Puedes entrar si quieres.

Jordan apareció por la estrecha abertura, con los ojos muy abiertos, y asustado. Notó la oscura escalera y retrocedió.



—Por favor, dime que no estás pensando en bajar, Abs.

—Todavía no hemos encontrado nada —respondió ella, iluminando la escalera con su teléfono—. Se siente frío. Apuesto a que conduce a todo un nivel inferior.

—Que es exactamente por lo que no deberías ir. ¿Acaso nunca has visto una película de terror? ¡Dios mío!

—Solo quiero ver a dónde va —dijo ella—. Y las escaleras no se ven tan mal —puso con cuidado un pie sobre el primer escalón y apoyó su peso en él—. ¿Ves? Suficientemente fuerte.

—Iré contigo —ofreció Dan.

—Genial. Estupendo. Ustedes dos métanse al abismo, entonces. Yo me quedaré aquí y no seré asesinado con un hacha.

Juntos, Dan y Abby bajaron cuidadosamente, probando cada escalón antes de poner todo su peso sobre él. Dan quería pensar que era romántico, que se estaban cuidando mutuamente, pero era una exageración, incluso descartando el frío y el olor a moho, que se intensificaban a cada paso. Las escaleras terminaron repentinamente, girando hacia un pasillo angosto. Paso a paso, avanzaron. El corredor era opresivo y hacía que Dan sintiera que no podía respirar. Pensó en la claustrofobia que debieron haber sentido quienes habían trabajado ahí abajo, especialmente si tenían que empujar una silla de ruedas o una camilla por ese angosto corredor.

Comenzaron a ver puertas a su derecha y a su izquierda, separadas por algunos metros. Abby se detuvo frente a una de ellas e iluminó el interior de la habitación a través de una pequeña ranura.

—Dios —murmuró—. Todavía hay cosas tiradas ahí adentro.

—¿Qué tipo de cosas? Vamos a ver —Dan abrió la puerta y entró lentamente, temeroso de lo que podrían encontrar. Alumbró la oscuridad con su linterna.

Al instante se le revolvió el estómago. Era el cuarto de su visión, con todos los detalles: desde la mesa de operaciones hasta los grilletes ensangrentados en la pared. ¿Cómo podía haber visto una habitación en la que nunca había estado? Comenzó a temblar y se sintió débil. Se recostó contra la puerta mientras Abby recorría el lugar con la pequeña luz de su celular.

—¿Qué hay sobre la mesa? —preguntó, apuntando a una mancha color óxido en la sábana blanca.

—Sangre —dijo Dan.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

No tengo idea.

—Es tan triste —Abby observó la única ventana de la habitación con los barrotes que

la atravesaban, como si alguien realmente pudiera escapar por una hendidura tan pequeña y ubicada tan arriba. Considerando cuán abajo estaban, la ventana debía estar apenas sobre la superficie de la tierra, si es que siquiera daba al exterior—. ¿Realmente vivían así?

—Este lugar volvería loco a cualquiera —dijo Dan, con un violento escalofrío—. Salgamos de aquí.

Había querido decir que volvieran arriba, pero cuando Abby siguió avanzando por el corredor, no la detuvo. Finalmente, el angosto pasillo se convirtió en una especie de pequeña sala circular que tenía dos puertas cerradas en el extremo opuesto.

Abby se acercó a la de la izquierda, iluminándola con su teléfono.

—¿Más oficinas? —preguntó.

—No lo sé... Creí que todas las oficinas estaban arriba...

Dan abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, y dio un paso hacia el interior. Era un desorden. El contenido de seis, no, siete ficheros estaba desparramado por todo el suelo. Había carpetas, papeles y notas escritas a mano amontonados en pilas que les llegaban a la cintura. Como si alguien hubiera estado buscando algo frenéticamente y no hubiera tenido tiempo de ordenar.

Dan se abrió camino por el desorden, en dirección a una puerta que estaba en el extremo opuesto de la habitación. No pudo evitar sonreír cuando iluminó la oficina contigua: lotería.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Abby—. ¿Un depósito, tal vez? Es decir, hay cosas tiradas por todas partes...

—No, ven a ver —Dan entró, con Abby pisándole los talones. Su linterna iluminó un escritorio y, detrás de él, una silla con respaldo alto. Esta habitación estaba tan ordenada, como la anterior era un terrible caos. De hecho, estaba tan milagrosamente, escalofriantemente intacta que hasta había una carta sin terminar abandonada sobre el escritorio. Una pluma había derramado su contenido sobre el papel hacía tiempo. Dan se inclinó sobre la pequeña silla para visitantes para verla mejor, pero lo que hubiera estado escrito sobre el papel ahora estaba cubierto por la tinta derramada. *Maldición*. Se sintió un tonto por la profundidad de su desilusión. ¿Qué había esperado encontrar? ¿Algo que tuviera un asunto como los correos fantasmas?

También sobre el escritorio había una pequeña carpeta de cuero. Dan la levantó, y estaba por revisarla, cuando Abby dijo:

—Mira esto, Dan.

Se metió la carpeta en el bolsillo de su abrigo y caminó alrededor del escritorio. Había algunas fotografías en marcos de pie, alineadas junto a una lámpara de banquero de vidrio verde. Abby sostenía una de ellas y se la pasó.

Varias enfermeras con delantales limpios y mascarillas posaban de pie, esmeradamente

formadas y, frente a ellas se encontraba sentado el director, con su bata blanca y sus lentes.

Cada una de las mujeres tenía la mirada fija hacia el frente, excepto la que se encontraba en el extremo derecho; su cabeza estaba inclinada extrañamente a un lado, como si le hubieran quebrado el cuello justo antes de que la foto fuera tomada.

Dando un paso hacia atrás, Dan imaginó al infame director de Brookline sentado frente a su escritorio, acomodándose los lentes y leyendo investigaciones atentamente o escribiendo una carta, quizás incluso esa carta, la que estaba manchada con la tinta negra derramada. Sobre el escritorio, cerca de las fotografías, había un segundo par de lentes, menos oxidados.

Sin darse cuenta, Dan los tomó. Se sentían frágiles y estaban helados, pero no los soltó y los giró hasta que la luz los hizo brillar tras la capa de polvo que los cubría. *Pruébatelos, Dan.* Y lo hizo. Le quedaban perfectos. Volvió a mirar la fotografía del director y las enfermeras, la fotografía en la que nadie estaba sonriendo. El vidrio del marco reflejó su rostro por encima de la foto. Con un sobresalto, se dio cuenta de que se veía como el director.

Se arrancó los lentes como si le quemaran.

Entonces descubrió algo. Había visto a este hombre, al director, antes. *Dos veces.*

—Sí que se ven felices de estar aquí —comentó Abby, pero Dan apenas la oyó.

—¡Ey! ¡Chicos! ¿Chicos? Encontré algo aquí arriba —era Jordan; su voz resonaba desde la planta superior y les llegaba débil a través del corredor. Dan volvió a poner la fotografía donde Abby la había encontrado y llegó incluso a reubicar el marco sobre las huellas que había dejado sobre el polvo. Sentía que lo último que debía hacer era *alterar* un lugar como ese.

Volvieron deprisa por el pasillo y las escaleras, más confiados ahora que habían recorrido el camino una vez. Jordan estaba revisando los ficheros alfabetizados. Con el celular entre su mejilla y su hombro, hojeaba el contenido del primer cajón. Estaba lleno de fichas amarillentas.

—Hay montones de informes aquí —dijo—. Debe estar cada uno de los pacientes. Y escuchen esto: todos están clasificados como delincuentes psicóticos.

Tanto Dan como Abby se inclinaron sobre su hombro para ver a qué se refería.

Jordan sacó una de las fichas y se acercaron para examinarla. Era de un paciente llamado Bittle, Frank. Tenía su nombre, fecha de nacimiento y ciudad de origen. Había una casilla que decía «FDI: 13/3/1964». Debía referirse a la fecha de ingreso. Debajo había otra casilla que a Dan le dio escalofríos: Homicida. Había casillas más pequeñas para marcar *S* o *N*. En esta ficha en particular, estaba marcada la que decía *S*. SÍ. Frank Bittle había sido un asesino. Bajo la casilla que decía Recuperado había una *N*, de NO. No se había recuperado.

Abby volvió a colocar la ficha en su lugar y hojeó algunas más. Todas tenían la *S* marcada en la casilla que decía Homicida. Todas tenían la *N* marcada en la casilla que decía Recuperado.

—Miren... este tipo prendió fuego a su casa con su familia dentro —dijo Abby.

—Definitivamente no mencionaban esto en el material con la información de ingreso —Jordan tomó otra de las fichas y la examinó con detenimiento—. Este tipo asesinó a tres esposas antes de que lo atraparan y lo enviaran aquí.

El cerebro de Dan trabajaba a toda velocidad. Mientras Jordan y Abby sacaban más fichas, se agachó y abrió el cajón del medio. Tal vez podría encontrar la ficha de Dennis Heimline. Algo que dijera qué había sucedido finalmente con él. Pasó rápidamente las fichas. Gabler, Gentile, Gold. *Ajá, aquí estaba la H.* Hall, Harte, Heimline. Se inclinó para sacarla...

... y una mano lo agarró del hombro.

—¡Te tengo! —dijo una voz.

SANTIARTUM



CAPÍTULO

No. 12

Dan gritó, sorprendido. Con el resplandor de una nueva linterna, no podía ver quién lo había agarrado. Creyó que su corazón iba a estallar.

—¡Ey! ¡Relájate! Alguien podría lastimarse aquí.

Era Joe, el prefecto pelirrojo de charla introductoria. *Rayos*. Dan sintió una gota de sudor bajando por su sien.

—¿Un cartel y un gran candado en la puerta no fueron suficientes? ¿Cómo entraron, de todos modos? Salgan, aquí no es seguro. Hay daños causados por la humedad en todas partes. Por no hablar de las ratas.

Dan tragó con dificultad.

—No había... Nosotros no...

—¿No qué? ¿No pensaron? Ahora vamos, salgamos de aquí —Joe se volvió y, en un abrir y cerrar de ojos, Dan sacó la ficha de Dennis Heimline y la guardó en su bolsillo.

—Rayos —se quejó Jordan—. Estoy frito.

—Yo me encargo —susurró Abby—. Solo síganme la corriente, ¿ok?

¿Cómo podía estar tan calmada? Las manos de Dan temblaban y estaba sudando a mares. Él *no* era así. No se metía en líos. Él leía, estudiaba y seguía las reglas. ¿Quién era esta persona que entraba en lugares que no debía y robaba cosas?

Joe esperó a que todos pasaran por la abertura en la pared, apuntando la linterna directamente a sus pies. Cuando Dan se irguió del otro lado, Abby parecía estar frotándose con fuerza los ojos, cubriendo su rostro de polvo.

—¿Está bien? —le preguntó Dan a Jordan en voz baja.

Jordan se encogió de hombros.

El prefecto les indicó que pasaran al área de recepción. Mientras los arreaba de vuelta al pasillo de la planta baja, Dan trató frenéticamente de pensar alguna forma de simular que todo esto era parte del trabajo que iba a hacer para la clase de la profesora Reyes. Todas las excusas sonaban inverosímiles. Joe se detuvo en la puerta para volver a colocar el candado y dijo:

—Bueno, esto es lo que va a suceder. Voy a...

De pronto, Abby se echó a llorar.

Inmediatamente, Jordan la abrazó y ella se dejó caer sobre él.

—L-lo s-sentimos tanto, Joe —gimió, limpiándose las lágrimas, que habían dejado surcos en su rostro cubierto de polvo. N-no quisimos r-romper ninguna regla. Solo t-teníamos tanta curiosidad... Por favor... ¡Lo siento t-tanto!

A Dan le pareció demasiado melodramático y, por la expresión de Joe, a él también. Pero entonces, Abby inhaló profundamente y dejó escapar el llanto más crudo y

desgarrador que jamás había escuchado. Joe pareció conmocionarse y Dan pudo ver cómo su autoridad se iba desmoronando. Estaba pensando en la clase de monstruo que sería si la delataba.

—Todo estará bien —dijo Dan suavemente, acariciando el hombro de Abby—. Todo estará bien...

—Por el amor de... Solo no lo vuelvan a hacer, ¿está bien? Lo digo en serio. No lo hagan —Joe apuntó la linterna hacia sus rostros, uno por uno. Abby asintió con vehemencia cuando la luz la alumbró—. Vuelvan a sus habitaciones. *Ahora*.

Y se marchó, murmurando entre dientes.

—¡Qué Natalie Portman ni qué nada! *Eso fue increíble* —susurró Jordan cuando ya no veían a Joe. Entonces se volvió y tomó a Abby en sus brazos, haciéndola girar en el aire—. Un momento digno de los *Oscars*, sin duda.

—Gracias —dijo ella, limpiándose las últimas lágrimas con el dorso de la mano. Sin más, se dirigió a las escaleras—. Eso estuvo demasiado cerca.

—¿Cerca? Estuvo más que cerca. Nos *atraparon* —dijo Dan. Se sentía como si estuviera saliendo a la superficie desde las oscuras profundidades de un pantano. Y pensar que había estado en una cita con ella solo algunas horas antes. Una agradable cita *normal*...

Llegaron a la puerta de la habitación de Abby.

—Por Dios, necesito una ducha —dijo ella. No sonaba ni un poco alterada.

A Dan la ducha le pareció una idea genial. El polvo y la suciedad que se habían depositado sobre su piel le daban comezón y, cuanto más lo pensaba, más le picaba. Pronto estaría frotándose con agua y jabón, pero quería hablar con Abby una última vez antes de volver a su cuarto. Miró a Jordan, tratando de hacerle entender con los ojos que quería despedirse de ella a solas.

—Bueno, después de esto —dijo Jordan sin aliento— necesito ir a rezar. Mucho. Rezaré a todos los dioses que existan para agradecerles que no me hayan expulsado.

Se marchó trotando escaleras arriba, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo su confiable dado. Dan lo escuchó silbar una cancioncilla mientras subía; la melodía iba flotando cada vez más arriba, hasta que dejaron de oírla.

Cuando estuvo seguro de que estaban solos, Dan dijo:

—La pasé muy bien esta noche. Antes de que nos atraparan, obviamente.

—Sí —respondió Abby. Pero estaba distraída. Su mirada se dirigió primero a uno de los hombros de Dan, luego al suelo y, finalmente, a sus ojos—. Yo también me divertí.

—Lamento que nos hayan descubierto y que tuvieras que llorar... Pero estuviste increíble, en serio. Hubiéramos estado en grandes problemas sin ti.

—No fue nada —se encogió de hombros. Y bruscamente dijo—: Te veré en la mañana, Dan, ¿sí?

Asintió demasiado rápido, arruinando sus intenciones de proyectar una actitud relajada.

—Sí, claro. Que duermas bien, Abby. Sé un árbol.

Ambos rieron nerviosamente y miraron sus pies. Lo que hubiera habido entre ellos más temprano esa noche (si es que había habido algo), ya no estaba ahí. Claro que, considerando los hechos, ¿cómo podría estarlo?

—Ok, buenas noches.

Abby se despidió con un gesto de la mano y entró en su habitación. Tenía una pelusa en el cabello. Debería habérsela quitado.

CAPÍTULO

No. 13

Dan estaba agotado. Cuando comenzó a subir las escaleras no podía creer que solo fueran pasadas las diez. Pero su deseo más apremiante no era dormir. Con cada paso, sentía que su energía aumentaba. ¡Tenía una ficha acerca de El Escultor! ¡Y la pequeña carpeta de cuero para revisar! Cuanto más se acercaba a su habitación, más crecía su ansiedad.

Se sintió aliviado de que Félix no hubiera vuelto. Quería examinar en privado las cosas que traía. Sacó la ficha y la carpeta y las puso sobre el escritorio. El contacto con ellas era repulsivo. La pestilencia del sótano y la comezón lo hacían sentir sucio. Pero no podía detenerse. Primero echó un vistazo a la ficha.

Heimline, Dennis. Alias: El Escultor

Nacimiento: 1935

FDI: 15/5/1965

Motivo de ingreso: Asesino en serie

Homicida: S

Recuperado: S

¿S?

Dan se sorprendió con la última línea. Un asesino en serie... ¿recuperado? ¿Cómo? ¿Cómo podrían siquiera saberlo?

Entonces, otra cosa le llamó la atención. En el extremo inferior derecho de la ficha había tres números escritos a mano: 361. Y de pronto, Dan estaba arañándose los hombros, intentando quitarse la comezón. La ficha estaba sobre el escritorio, igual que antes, pero el 361 parecía brillar. *Tranquilízate, Dan.* Realmente necesitaba calmarse. Darse una ducha. Pero antes, tomó la ficha y la carpeta y las escondió en el cajón. *Con el director.*

Permaneció bajo la ducha por un largo tiempo. Jung tenía un modo de referirse a las coincidencias que a Dan siempre le había gustado. Básicamente decía que cuando las personas encontraban una conexión significativa entre dos momentos (una coincidencia), el vínculo no se debía a que un hecho condujera al siguiente, sino a que el cerebro de las personas siempre está estableciendo relaciones.

El Escultor *era* el paciente 361. Su descubrimiento no podía tratarse de una coincidencia. Era una conexión.

En su apuro por volver a la habitación, Dan se secó y se vistió con torpeza.

Tomó la carpeta y hojeó los papeles que estaban en su interior. Facturas... evaluaciones de empleados... Dan le dio un vistazo rápido a todo, pero no se detuvo en nada, hasta que llegó a un trozo de papel doblado. La hoja estaba rota, como si la hubieran arrancado de un cuaderno o un diario. La página estaba cubierta con notas escritas a mano,

con letra cursiva, densa.

Se sentó en la cama y comenzó a leer.

propia naturaleza de su enfermedad continúa desconcertándome y desconcertándonos a todos. ¿Cuál es el origen de esta anomalía? En todas partes observamos plantas, animales, sistemas con un núcleo. Cada flor tiene su semilla. Cada animal, su corazón. Cada obra maestra, su inspiración. Sin embargo, no puedo encontrar las respuestas que busco. Existe una raíz, en algún lugar de su cerebro, una raíz retorcida que germina locura y malicia. La encontraré. Sin importar el precio, sin importar la dificultad, la encontraré. Viviré una vida verdaderamente extraordinaria. Mis colegas sin duda me condenarán, metafóricamente, pero yo les digo: adelante. Dejando de lado la legalidad, la moralidad y la compasión, voy a extraer la locura desde su oscura raíz y dejaré un legado que ningún hombre, por más puritano que sea, pueda criticar.

Una vida verdaderamente extraordinaria. Esto es lo que la humanidad se merece. No una vida corriente, ni siquiera una vida normal; una vida en la que la genialidad no sea una anomalía sino una expectativa.

Pero para lograrlo

propia naturaleza de su enfermedad continúa desconoci-
desconcentrándonos a todos. Cuál es el origen de esta aña
En todas partes observamos plantas, animales, sistemas
un núcleo. Cada flor tiene su semilla.
Cada animal, su corazón. Cada obra maestra, su inspiración.
Sin embargo, no puedo encontrar las respuestas que busco.
Existe una raíz, en algún lugar de su cerebro, una raíz
retorcida que permea la mente y malicia. La encontraré.
Sin importar el precio, sin importar la dificultad, la en-
contraré. Viviré una vida verdaderamente extraordinaria.
Mis colegas sin duda me condenarán, metafóricamente,
pero yo les digo: adelante. Dejando de lado la legalidad, la
moralidad y la compasión, voy a extraer la locura desde su
oscura raíz y dejaré un legado que ningún hombre, por más
pusitano que sea, pueda criticar.
Una vida verdaderamente extraordinaria. Esto es lo que la
humanidad se merece. No una vida corriente, ni siquiera una
vida normal, una vida en la que la genialidad no sea una an-
malia sino una expectativa.
Pero para lograrlo

Y ahí terminaba la página. Dan le dio la vuelta, sabiendo perfectamente que el otro lado estaba en blanco, pero queriendo saber más, mucho más. Fuera de contexto, sin una firma, el papel no era suficiente.

La persona que lo había escrito sin duda estaba hablando de curar a alguien que estaba demente. Y mencionaba algo diferente, algún tratamiento nuevo que solo él podría descubrir. La cabeza de Dan comenzó a trabajar a toda velocidad. No se trataba de las cavilaciones de un médico cualquiera de Brookline; tenían que ser las ideas del director. Y no de cualquier director. Si se dejaba guiar por el entusiasta de las conspiraciones Sal Weathers, se trataba de «el director», el que había cambiado la historia de Brookline y había rehabilitado a un asesino en serie.

Releyendo la página del diario, Dan admiró la gran visión del director. Este hombre estaba dispuesto a intentar algo revolucionario para curar la demencia. Se atrevía a ser diferente, a desafiar el *statu quo*. Incluso si lo marginaban a causa de eso. ¿No era Dan un poco así? ¿No despreciaba la opinión popular y aspiraba a más?

Pero la nota no se trataba solo de promover la inteligencia, pensó, sino de algo un poco más siniestro. *La genialidad es una expectativa*. La genialidad estaba muy bien y todo eso, pero no era algo a lo que se podía *forzar* a la gente, ¿o sí? Además, ¿qué clase de tratamiento podría lograr algo así? ¿Qué podría poner una S junto a Recuperado?

Se recostó sobre su almohada y trató de llegar a alguna conclusión. La horrible fotografía del paciente que forcejeaba. Este papel escrito por el director acerca de un loco. Los correos electrónicos sobre el paciente 361. El Escultor. Todo parecía llevar a algo, pero ¿a qué?

Dan tomó su computadora. Cuando volvió a visitar el sitio web de Sal Weathers e hizo clic donde decía «Contacto», solamente estaba buscando una dirección de correo electrónico. Pero el bueno de Sal había puesto toda su información y a Dan le sorprendió encontrar una dirección que no solo estaba en New Hampshire, sino en *Camford*.

—Apuesto a que es uno de los solicitantes que mencionó la profesora Reyes — murmuró Dan. Ahora tenía sentido que Sal Weathers estuviera tan comprometido con la catalogación y publicación de la sórdida historia de Brookline: probablemente esperaba lograr que tiraran abajo el lugar.

Parte de Dan deseaba que Sal viviera al otro lado del país o en Camboya, para que la tentación de visitarlo no fuera tan fuerte. Pero todo conducía a una reunión con este hombre y Dan no iba a ignorar un mensaje del universo.

—Entonces, es oficial —le dijo a la computadora—. Estoy obsesionado.

Estaba de pie en una celda, esperando. Finalmente, entró un grupo de médicos; todos llevaban mascarillas y batas. Dan esperaba que lo lastimaran, pero no parecían estar enterados de que estaba allí. Permanecieron de pie, hablando y haciendo anotaciones en sus cuadernos.

Entonces, Dan oyó que alguien gritaba. Dos celadores entraron en la habitación, arrastrando a una niña entre ambos. Apenas debía tener diez años y su rostro le resultaba familiar; estaba pálida, asustada y tenía los ojos muy abiertos.

—Muy bien, señores; comencemos nuestro trabajo con ella.

Ante el sonido de su propia voz, Dan se despertó con un sobresalto. Ni siquiera en sus sueños podía escapar.

CAPÍTULO

No 14

Por lo general Abby llegaba antes que él al comedor pero, a pesar de que se había acostado tarde y había dormido mal, Dan no vio señales de ella ni de Jordan mientras se ubicaba en la fila para el desayuno.

Apiló papas, huevos y unas tiras de tocino sobre su plato y tomó un tazón con cereales del final del bufet antes de dirigirse a su ubicación habitual, una mesa circular junto a las ventanas más alejadas. Mientras terminaba de comerse los huevos y el tocino, observó a otros estudiantes que iban entrando, pero Abby y Jordan no aparecieron. Comenzó a comer el cereal, tomándose su tiempo.

A medida que los minutos transcurrían y seguía sin haber señales de sus amigos, fue tomando cada vez más consciencia de que era el único estudiante que se encontraba comiendo solo. Estaba acostumbrado a eso en su escuela, pero aquí parecía que llamaba la atención; se sentía desnudo sin sus amigos.

Finalmente divisó a Jordan, quien se veía peor de lo que Dan se sentía, si eso era posible.

—Hola —dijo el chico, sentándose con un ruido sordo. Tenía grandes ojeras detrás de sus lentes.

—¿Te encuentras bien? Te ves algo cansado...

—Estoy bien —respondió bruscamente.

Dan volvió a mirar las puertas. Abby sabría cómo arreglar esta situación.

—Aparecerá cuando aparezca —dijo Jordan—. ¿No puedes esperar siquiera un segundo para verla? —mordió un panecillo como si este lo hubiera insultado.

¿Qué demonios?

—¿Estás bien, Jordan? —se arriesgó a preguntar Dan, sabiendo que podía atacarlo nuevamente.

—Estoy *bien*; Dios mío, ¿qué es esto?, ¿la Inquisición? ¿Ahora trabajas para mi padre, o qué? —el panecillo estaba agonizando, dolorosamente ahogado por la mano de Jordan. Un trozo se desprendió y cayó en su plato de cereales. Él lo pescó con sus uñas carcomidas.

Cayeron en un juego incómodo de mirar hacia cualquier parte excepto el uno al otro. Dadas sus opciones, que Jordan lo atacara nuevamente o comer su cereal, Dan optó por el cereal. ¿Seguiría enojado por lo de la noche anterior?

Faltando cinco minutos para que el comedor cerrara, Abby finalmente hizo su aparición. Corrió a la fila para la fruta y el cereal y tomó un plátano y un yogurt. Su carácter alegre había desaparecido. Tenía los ojos cansados, como si le pesaran los párpados, y su bella tez olivácea estaba cenicienta.

Se sentó con un «Hola» rápido y comenzó a comer sin decir otra palabra.

—Hola —dijo Jordan—. ¿Estás enferma o algo? Te ves terrible.

—¿De qué hablas? —respondió Abby, lanzándole una mirada asesina.

—Nada, solo decía que te ves *radiante*. ¿Estás usando maquillaje nuevo?

—Sí, porque sarcasmo es exactamente lo que necesito en este momento.

Dan intentó suavizar el ambiente.

—Bueno, bueno... parece que alguien se levantó de la camilla con el pie izquierdo.

Al instante deseó haber mantenido la boca cerrada. Abby lo miró con ojos brillantes de furia. Dejó caer la cuchara en el plato, salpicando yogurt por toda la bandeja.

—En realidad, Dan, *había* algo importante de lo que quería hablarles. Pero supongo que tendrá que esperar.

Acto seguido, tomó su bandeja y se retiró.

—Felicitaciones —dijo Jordan—. Debe haber sido la relación más corta de la historia del universo —terminó su panecillo destrozado—. De hecho, como todavía ni siquiera eran técnicamente una pareja, seguramente será uno de esos encantadores casos de «muerte silenciosa». *Quel dommage*.

—¿Qué...? ¿Qué demonios les hice para que se enfadaran tanto?

Pero Jordan ya se estaba yendo y Dan terminó hablándole a su espalda.

Su humor empeoró en clase, cuando la profesora puso un documental que él ya había visto, por lo que estuvo dos horas sentado en la oscuridad, distraído, sin que su cerebro captara una sola palabra de la película, mientras recordaba los eventos del desayuno. Quizá no era justo esperar que Abby fuera alegría y margaritas todo el tiempo. Todo el mundo tenía derecho a tener un mal día de vez en cuando. Era posible que hubiera recibido otro mensaje desalentador de su hermana. Cualquiera que fuera la razón, decidió que no debía darle tanta importancia. Abby le contaría lo que le sucedía cuando estuviera lista, y él estaría allí para escucharla. No iba a dejar que un mal desayuno arruinara su relación.

Con un plan razonable en mente, Dan sintió que su ánimo mejoraba mientras volvía a Brookline. Ni Jordan ni Abby habían mencionado nada acerca del almuerzo, así que pensó que lo mejor sería estudiar un poco. O bien, se le ocurrió, podía cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo de visitar a Sal Weathers, y se llenó de ansiedad. Tendría tiempo más que suficiente si se apuraba.

Félix estaba en la habitación cuando Dan llegó. Se encontraba, como siempre, frente a su computadora. Parecía que estaba visitando un foro acerca de fisicoculturismo (quién lo hubiera dicho), y Dan notó que su compañero estaba bebiendo algo llamado Fuerza Muscular. A juzgar por el tipo fornido y aceitado de la botella, debía ser alguna variedad de batido de proteínas envasado. No era la dieta habitual de Félix pero, a decir verdad, hacía solo una semana que Dan conocía al chico. De todas maneras, le dio la impresión de

que se veía más musculoso que cuando habían llegado. Sus hombros parecían haberse ensanchado, de alguna manera. A lo mejor, después de todo, los batidos de proteínas sí funcionaban.

—Hola —dijo Dan, dirigiéndose a su propio escritorio.

—Hola —terminando la bebida, Félix aplastó la botella plástica con la mano y la arrojó por encima de su hombro. Dan observó azorado cómo caía directamente dentro del bote de la basura que estaba detrás de él.

—Buen tiro —dijo Dan, intentando disimular su sorpresa.

Un sobre blanco lo esperaba sobre el teclado de su computadora. Su corazón comenzó a latir más rápido. ¿Sería de Abby? ¿Una disculpa, o tal vez una invitación para ir a alguna parte a hablar?

—¿Viste quién trajo esto? —preguntó Dan, abriendo el sobre.

—No, estaba aquí cuando llegué. Supuse que tú lo habrías puesto ahí antes de irte a desayunar.

—Rayos. Debo haber olvidado ponerle llave a la puerta esta mañana —dijo Dan. Era difícil acostumbrarse a eso. De todas maneras, podría jurar que había cerrado bien.

—Eso es alarmante —respondió Félix, sin quitar la mirada de la pantalla de su computadora—. Por favor, no dejes que suceda nuevamente.

—Lo siento, no volverá a pasar.

Dentro del sobre, Dan encontró una tarjeta simple de papel grueso. Sobre ella había una sola línea, escrita a mano con caligrafía enmarañada, una única pregunta...

P: ¿Cómo matas a una Hidra?

¿Cómo matas a una hidra?

Eso era... inquietante. Dan dio vuelta la tarjeta.

R: Con un golpe directo al corazón.

CAPÍTULO

No. 15

¿Qué clase de broma de mal gusto era esa?

Miró a Félix, que no se había dado vuelta ni había movido un solo músculo.

—¿Estás seguro de que no viste quién dejó esto?

—Estoy seguro. ¿No está firmado?

—No, no está firmado —Dan le mostró la tarjeta a Félix, pero no le dio tiempo de leerla.

—Humm. Qué extraño. ¿Reconoces la letra? —Félix continuó explorando el sitio en el que estaba, haciendo girar la ruedita del mouse, que sonaba suavemente.

—No, parece caligrafía o algo así. Nadie escribe así ahora...

—Los calígrafos escriben así.

—¿Conoces a alguno? —preguntó Dan, irritado.

Finalmente, Félix se volvió. Pensó por unos instantes y luego dijo con calma:

—No en este curso, no. Pero sí tengo un amigo en la escuela que es muy bueno en Caligrafía.

—Eso no me ayuda —suspirando, Dan se dejó caer sobre la silla y la hizo girar—. Lo siento; mal día.

—Entiendo, y espero que encuentres a tu misterioso amigo por correspondencia. Hundiéndose más en la silla, Dan le dio vuelta a la tarjeta una y otra vez, estudiando la letra, tratando de encontrar alguna pista en las palabras. *Hidra*. Había por lo menos cincuenta alumnos en la clase del profesor Douglas que podrían haber escuchado el ingenioso apodo que les había puesto el día anterior. Dan no tenía forma de determinar la identidad del autor de la tarjeta.

¿Y si Joe, el prefecto que los había descubierto en la sección antigua, había dejado el sobre en su escritorio? De hecho, tenía sentido de una manera extraña. Joe querría evitar que anduvieran husmeando a altas horas de la noche otra vez y la nota era suficientemente espeluznante y amenazadora como para hacer que Dan lo pensara dos veces antes de repetir lo que habían hecho la noche anterior. Además, como preceptor, Joe debía tener una llave maestra de las habitaciones, lo cual explicaba todo, porque Dan estaba *seguro* de que había cerrado con llave aquella mañana.

El nudo que tenía en el estómago se aflojó un poco. Pensar que Joe era el autor de la nota hacía que todo fuera más explicable, al menos, y tal vez hasta un poco gracioso. *Ja, ja, Joe, me rindo*.

Pero no estaba completamente convencido. Decidió llevar la tarjeta a la cena. Si Jordan y Abby también habían recibido notas, quizá podrían descubrir juntos lo que sucedía.

Dan sabía que no podría estudiar en el tiempo que quedaba hasta la hora de cenar. Y,

en todo caso, la nota había reforzado su decisión de conocer a Sal Weathers. No tenía suficiente tiempo para ir hasta la ciudad y volver antes de su próxima clase, así que decidió saltársela. Volvió a ponerse la sudadera, buscó la dirección de Sal en su celular, tomó su mochila y salió deprisa.

Se sentía bien alejarse de la residencia. Ahí siempre tenía una sensación de opresión.

El clima parecía estar en su misma longitud de onda, nublado y frío, a pesar de que era verano. Parecía que iba a llover. Dan caminó rápidamente, manteniendo la cabeza baja y siguiendo la senda que llevaba de la residencia hacia el sector académico y más allá. El camino pavimentado comenzó a descender, trazando una curva amplia al bajar una colina. En contraste con el ajetreo del campus, Camford siempre parecía pequeña y silenciosa. Aquel día las calles estaban prácticamente vacías; una camioneta solitaria pasó a gran velocidad mientras Dan llegaba al pie de la colina.

Tres cuadras, una tienda de donas y un taller mecánico después, Dan había llegado a su destino. Se encogió más en la sudadera, observando el camino de entrada que llevaba a una casa de ladrillo con buhardilla, algo retirada de la calle. Hizo una pausa y miró por encima de su hombro, tratando de ver por arriba de los árboles. Desde ahí podía divisar la punta del campanario de la vieja iglesia y, más atrás, el salón Wilfurd y el techo de Brookline.

Sacó un cuaderno y un bolígrafo de su mochila y se preguntó cuál sería la mejor manera de presentarse.

Había una sencilla cruz de mimbre colgada en la ventana de la puerta de entrada. Tocó y de repente se sintió ronco por los nervios. Comenzó a pensar que había sido un error ir allí. Claro, Sal parecía locuaz en su sitio web pero ¿sería igual de efusivo en persona? Dan tendría que expresar su propio interés de alguna forma que lo ayudara a obtener la información que necesitaba.

Volvió a tocar, esta vez con más convicción. Finalmente, oyó sonidos que venían del interior.

Un rostro manchado y arrugado apareció en la ventana tras la cruz, y un segundo después la puerta se abrió. Un aroma a velas de canela salió a su encuentro.

—¿Qué vendes?

—¿Vender? ¡Oh! No, nada... Vengo de la Universidad —explicó Dan. Indicó torpemente por encima de su hombro hacia la colina—. Iba a enviarle un correo electrónico, pero... lo siento, sé que esto es extraño, pero encontré su sitio web. El que habla de Brookline. Estoy haciendo un proyecto acerca del lugar y usted parecía el experto local, así que...

Sal se quedó mirándolo, evidentemente tratando de decidir si Dan estaba loco, si bromeaba o ambas cosas.

—Pasa —murmuró finalmente y desapareció en el oscuro vestíbulo. Se encendió una

luz y Dan pudo ver una zapatera llena casi exclusivamente de botas de trabajo y calzado de mujer—. ¿Así que encontraste mi pequeño informe en Internet, eh? Bien. Eso es bueno. Más gente debería estar enterada. Pero debo decirte que no me gusta mucho hablar del tema. A ninguno de nosotros nos gusta. Dije lo que pensaba en ese sitio y ahora para lo único que quiero hablar de ello es para lograr que derrumben ese maldito lugar. Claro que hay una perra de la Universidad que no lo admite, ¡dice que es *histórico*!

—Creo que se refiere a la profesora Reyes —dijo Dan, deliberadamente—. De hecho, está planeando un seminario en la residencia y después...

—¿Una *residencia*? ¿Así que ahora están alojando a estudiantes ahí? Eso sí que es *gracioso* —se dirigió a la cocina arrastrando los pies y Dan lo siguió. Tenía el presentimiento de que se marcharía con el cuaderno vacío—. Esta es mi esposa —dijo Sal—. No nos prestes atención, querida... Este joven viene de la Universidad, pero no va a quedarse mucho tiempo.

La cocina era pequeña y estaba amueblada con gabinetes laminados baratos y azulejos color malva. Dan agachó la cabeza tímidamente. Saludó con un «Hola» a la esposa de Sal. Era delgada y tenía los pómulos hundidos, pero Dan vio la sombra de una mujer hermosa que había envejecido y se había vuelto frágil. Su cabello abundante estaba atado en un rodete en su nuca, y un espeso flequillo le cubría la frente. Tenía la mirada perdida y las manos apoyadas suavemente sobre la barra que estaba en medio de la cocina.

Sal caminó alrededor de la barra hasta encontrar una taza de café. Revisó su contenido y tomó un gran sorbo. Cuando volvió a mirar hacia arriba y vio que Dan seguía ahí, una mirada de resignación cruzó por su rostro. Caminó arrastrando los pies en dirección a él, hasta que estuvieron frente a frente y, apenas susurrando, le dijo:

—Muy bien. Te dejaré hacer una pregunta. ¿Qué tienes tantas ganas de saber?

Dan casi no sabía por dónde empezar. Trató de reunir todos sus pensamientos en una única pregunta. Finalmente, y con la esperanza de que esa única pregunta llevara a muchas respuestas, dijo:

—Solo quería saber más acerca de Dennis Heimline —al instante, supo que algo estaba mal. Sal se encogió como si lo hubiera golpeado y, tras él, su esposa dejó de mirar fijamente lo que fuera que le pareciera tan interesante por encima del hombro de Dan y fijó la mirada en sus ojos. Dan continuó metiendo la pata—: Yo, eh, bien, tenía curiosidad acerca de la relación entre el último director y Dennis Heimline, El Escultor...

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —interrumpió Sal, apoyando con un golpe la taza sobre la isla.

—Yo n-no se lo había d-dicho —tartamudeó, retrocediendo—. Mi nombre es Dan. Dan Crawford.

Fue como si estallara una bomba. De repente, la mujer de Sal comenzó a gritar, se arrojó sobre la barra moviendo los brazos violentamente, haciendo que la taza y una pila

de platos cayeran al suelo. Dan saltó hacia atrás y Sal se le fue encima con el rostro arrugado enrojecido.

—¿Qué clase de broma perversa es esta? Mi esposa está enferma y tú vienes a molestarnos, malditos chicos de la Universidad, siempre tan listos, tan ingeniosos, ¿eh? Pues no eres tan listo hoy, ¡fuera! ¡Fuera!

Dan ni siquiera se volvió y retrocedió lo más rápido que pudo sin tropezar con la zapatera ni la puerta. Los gritos de la mujer lo siguieron hasta la entrada. Sal permaneció en la puerta, todavía gritando «¡Vete de aquí!», como si no fuera exactamente lo que Dan intentaba hacer.

Corrió. Corrió hasta llegar a la colina y al camino que conducía de vuelta a la Universidad. ¿Qué acababa de suceder? ¿Qué había dicho? ¿Cómo podía ser que Dennis Heimline fuera un tema tan delicado si el propio Sal había escrito sobre él?

Cuando llegó a su habitación, Félix se había ido. Había una nota en la pizarra que decía simplemente: «Partí hacia el gimnasio a las 16:00 hrs». Dan alzó la mirada pensando, *otra excentricidad de Félix*.

Se quitó la mochila y se lanzó sobre la cama. Abatido, se acostó boca arriba y apretó con fuerza la almohada contra su rostro. Había faltado a clases ¿para qué? No estaba más cerca de descubrir el vínculo que había entre el director, el Escultor, Brookline y él mismo de lo que había estado al comenzar el día. Y ahora tenía la imagen del rostro aterrorizado de la esposa de Sal para agregar a la lista de cosas que lo atormentaban. Y sus alaridos...

Dan gimió contra la almohada. Tenía que dejar de pensar en eso o se volvería loco por nada. Sal solo era un viejo chiflado que odiaba la Universidad y todo lo asociado con Brookline. Probablemente había crecido en Camford, resentido con los chicos que podían pagar una educación superior. ¿No había incluso unos términos referidos a eso? ¿Los lugareños y los «togas»? No era su culpa.

Afuera, había comenzado a llover. Eso haría que la caminata hasta el comedor fuera menos agradable. Pero después de la tarde que había pasado, estaba ansioso por un poco de compañía y ya eran las cinco menos cinco, así que pronto habría gente en el comedor. Agarró la nota sobre la Hidra y bajó. Cuando pasó cerca del pasillo que llevaba a la sección antigua, repentinamente sintió la tentación de ir hacia allá y esconderse, pero siguió adelante en dirección a la puerta principal, sacudiéndose para quitarse el miedo que le recorría la espalda.



Se puso la capucha de la sudadera y corrió bajo el aguacero hasta el comedor. Se secó cuando llegó a la entrada y se colocó en la fila de estudiantes formados.

Noche de macarrones con queso. Podría ser peor. Dan tomó una bandeja mientras buscaba a sus amigos con la mirada entre rostros medio familiares. Vio entrar a Yi, que saludó con la mano a unos chicos que estaban al otro lado del comedor antes de ubicarse tras él en la fila.

—¿Qué tal? —preguntó Yi, tamborileando con los dedos en su bandeja celeste.

—Ya sabes, lo de siempre. Estudio. Clases —*notas amenazadoras, psicópatas*—. ¿Tú?

—Increíble —Yi sacó un papel de un bolsillo de sus pantalones cargo y se lo entregó a Dan. *Oh Dios, ¿Yi también había recibido una nota extraña?* Pero cuando lo abrió, Dan vio que solo se trataba de la impresión de un perfil de citas en línea de alguien con el nombre de usuario Chloe_Chloe13, entre cuyos gustos estaban esquiar y *Amélie*.

—Tengo una beca para estudiar en el extranjero en otoño. En el Conservatorio de París... —Dan le devolvió el papel y vio que Yi sonreía con ensoñación mirándolo—. Solo unos meses más y estaré nadando en un mar de atractivas mujeres extranjeras.

Dan tosió.

—Síiiiiiiii, podría haberlo dicho de otra manera —Yi guardó el papel en su bolsillo. La fila avanzó—. ¿Cómo está todo con Abby?

—¿Ehh? —se acercaron al bufet. Dan puso macarrones sobre su plato tibio—. ¿Cómo sabías...?

—Jordan mencionó algo acerca de una cita o algo así. ¿Cómo te fue?

Sorprendentemente, Yi evitó los macarrones con queso y se dirigió hacia el plato vegetariano, algo con lentejas y trozos de materia vegetal imposibles de identificar.

—¡Mi relación con Abby está bien! —logró decir Dan, con la voz ronca. Honestamente no sabía qué pensar, teniendo en cuenta cómo se había comportado aquella mañana—. Supongo que fue una cita. Solo cenamos en Brewster's, hablamos... La pasamos bien —Dan volvió a meter el cucharón de metal en los macarrones para servirse otra porción.

—¡Tonterías! ¿Hubo acción?

Dan dejó caer la cuchara, que rebotó ruidosamente contra el borde de la bandeja del bufet. Logró atraparla, pero no sin antes salpicarse con la salsa de queso.

—¡Maldición, está caliente! —empujó la cuchara con el codo hacia adentro de la bandeja e intentó quitarse el queso naranja fluorescente del antebrazo.

Yi rio por lo bajo y se alejó de la fila.

—Tomaré eso como un no.

Dan maldijo, tomó un pan de los que había ahí y se dirigió a su mesa habitual. Se dejó caer en la silla más cercana a la ventana y se quedó meditando melancólicamente frente al plato de comida caliente. Su velada con Abby era algo privado, no abierto a discusiones informales en la fila para la cena. O quizás el problema era que no sabía en qué situación estaban y no quería atraer la mala suerte presumiendo al respecto. Se frotó las marcas rojas del brazo; todavía le dolían.

—Hola.

Era Abby; su cabello era una maraña mojada y tenía los ojos rojos. Apoyó su bandeja en la mesa y se sentó lentamente, como si se estuviera moviendo dentro del agua.

—Hola —dijo Dan, olvidando sus quemaduras.

—¿Me puedo sentar? Es decir, ya *estoy* sentada pero... —suspiró, con la mirada fija en su sopa—. ¿Te molesta?

—No, faltaba más —dijo Dan—. Esperaba que vinieras.

—¿Sí? —sonriendo, Abby puso los codos sobre la mesa—. Gracias. Fui... fui bastante desagradable en el desayuno. Pero tengo una buena excusa, te lo aseguro. Yo no... no me comportaría así porque sí.

—No hay problema —respondió él—. Todos podemos tener un mal día —señaló con la cabeza la ventana que estaba detrás de ellos; la lluvia caía ruidosamente contra el vidrio—. ¿Ves? El clima también se siente horrible.

—No, me gusta la lluvia. Es relajante. Refreshante —se quedó mirando por la ventana. Había charcos en las partes bajas del jardín y en los caminos, y la neblina se arremolinaba de tal manera que era imposible separarla de la lluvia—. Necesitaba un poco de lluvia.

Dan sonrió. Ya estaba haciéndolo sentir mejor. Decidió que iba a esperar a que Jordan llegara para mencionar la nota, así que él y Abby cenaron en un cómodo silencio hasta que Jordan entró trastabillando al comedor. Tras una pasada rápida por el bufet, se sentó con una taza de café humeante y una rebanada de pastel de crema. Ni siquiera los saludó. La lluvia y el vapor del café le habían empañado los lentes.

Pero Dan no podía esperar más.

—Recibí una nota —soltó bruscamente, sobresaltando a Abby y a Jordan.

Buscó en su bolsillo de atrás y sacó la tarjeta, dejándola caer sobre la mesa en medio de ambos. Jordan la levantó.

—¿Cómo matas a una Hidra? ¿Qué demonios...?

—Voltéala.

Jordan leyó la parte de atrás; su rostro expresaba una mezcla de confusión y desagrado.

—¿Qué es esto? ¿De dónde salió? —Jordan empujó la tarjeta haciendo una mueca y

Abby la tomó.

—Estaba en mi escritorio cuando regresé de clase. Félix no vio quién la dejó, pero alguien logró entrar en la habitación a pesar de que estoy seguro de que cerré la puerta con llave. ¿Ustedes no recibieron nada parecido?

Ambos negaron con la cabeza. Dan estaba consternado. No se había percatado de cuánto contaba con que hubiera sido una broma pesada. Frotándose las sienes dijo:

—Creo que podría ser de Joe. No sé quién más podría dejarme algo así o siquiera entrar en mi habitación. Pero estaba seguro de que les habría dejado notas a ustedes también —Dan formó una pequeña colina con sus macarrones—. No me gusta sentirme diferenciado del resto.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Abby, devolviéndole la tarjeta.

Dan se encogió de hombros. Sabía que sería imposible explicar por qué le molestaba tanto. Él mismo no estaba seguro de entenderlo muy bien.

—Solo ignóralo —dijo Jordan—. Joe está tratando de alterarte, es todo. Es lo que hacen los bravucones. Confía en mí, sé de eso. Es preferible que no dejes que te afecte.

Se quedaron en silencio por un momento. Entonces Abby dijo:

—Hay algo más. Tu nota... es importante y todo, pero yo quería contarles algo también. Es lo que les iba a decir en el desayuno, antes de... bueno, de enfadarme tanto —hizo una pausa—. No sé muy bien cómo decir esto —dijo, retorciéndose las manos—. Así que lo haré simple, probablemente sea lo mejor, si es que hay algo acerca de esto que sea simple.

Mientras hablaba, Dan notó que toda su actitud cambiaba. Encorvó los hombros y la luz de sus ojos se apagó.

Abby inhaló profundamente, y se atrevió a soltarlo por fin.

—Mi tía. La hermana de mi padre. Estuvo internada aquí.

Se hizo un silencio. Dan y Jordan se miraron el uno al otro.

—Ehh... ¿Cómo lo sabes? —preguntó Dan.

—Miren lo que encontré anoche —Abby sacó una ficha de su impermeable. Era de las que estaban en la oficina del director y se veía igual a la de Dennis Heimline. ¡Entonces Abby también se había llevado algo!

Con manos temblorosas, Abby dio vuelta a la ficha para que Dan y Jordan pudieran leerla. Tenía solo cuatro líneas, escritas a máquina.

Valdez, Lucy Abigail.

Nacimiento: 15/7/1960

FDI: 12/2/1968

Recuperada: N

CAPÍTULO
No. 16

Por un momento, Dan no entendió. Las palabras no tenían sentido. Entonces, lentamente, fueron volviéndose claras.

Lucy. Abigail. Valdez.

Abby Valdez.

—Es un apellido bastante común —dijo Dan, finalmente, tartamudeando un poco—. ¿No? —observó los grandes ojos de Abby—. ¿No?

Ella sacudió la cabeza, apretando los labios.

—Es mi tía. La tía Lucy. Yo llevo su nombre.

—Vamos, Abby —dijo Jordan—. No es tu tía, eso simplemente no es posible.

Dan se recostó en la silla, en silencio, esperando una explicación razonable. Si es que existía una.

—Me temo que *es* posible —una ráfaga de viento sacudió las aberturas e hizo temblar los vidrios mientras la lluvia los golpeaba como si fuera granizo. Abby miró por la ventana y luego adentro otra vez. Era claro que estaba tratando de no llorar—. Mis abuelos fueron muy estrictos con mi papá cuando era pequeño. Desde que era una niña, su hermana Lucy nunca se llevó bien con ellos. Nunca los escuchaba, era insolente, gritaba, rompía cosas, ese tipo de actitudes. Un día hubo una gran pelea. Mi papá no sabe de qué se trató; solo tenía cinco años, pero recuerda que Lucy salió corriendo y dio un portazo. Aquella noche se despertó de una pesadilla y Lucy no estaba en su cama. Ella tenía siete años y se había marchado. Simplemente, se había... *ido*. Mis abuelos se comportaron como si todo fuera normal, y cuando mi papá preguntaba, se enfadaban mucho y le decían que no tenía permitido decir el nombre de su hermana.

Dan estaba desconcertado. La historia cuadraba pero ¿qué probabilidades había?

—Quizás el nombre es solo una coincidencia —dijo, sin creerlo del todo. Quería desesperadamente tener razón.

—Una coincidencia sería que tú y yo escogiéramos pastel de postre —dijo Jordan. Indicó la ficha con su taza—. Lo que *Abby* sugiere es simplemente extraño.

—¿Qué, no me crees? —dijo Abby. Al principio parecía que estaba bromeando, esperando a que Jordan la contradijera. Pero no lo hizo—. Es eso, ¿verdad? No me crees.

—¿Puedes culparme? Quiero decir, ¿cuáles son las probabilidades de que aleatoriamente termines pasando el verano aquí, en el lugar donde tu tía fue paciente de un hospital *psiquiátrico*? —Jordan se recostó en el respaldo de la silla con los brazos cruzados—. Creo que hay algo que no nos estás contando. O simplemente no nos estás diciendo la verdad.

Dan notó que los hombros de Abby comenzaban a temblar mientras intentaba sin éxito controlar su respiración. Era demasiado tarde para intervenir y, de todas formas, no se le

ocurría nada que decir. Jordan tenía razón acerca de la imposibilidad de la coincidencia, pero Abby no era la clase de persona que les haría semejante broma porque sí. ¿*O lo era?*, preguntó una vocecita en su mente. ¿Qué tan bien la conocía, después de todo? Su conducta en las últimas veinticuatro horas había sido definitivamente impredecible. Se detuvo. Ella no bromearía con algo así. Simplemente no lo haría.

—Bueno —dijo Abby, recobrando la compostura—. No iba a decir nada, pero supongo que ya hemos cruzado un límite.

Dan y Jordan se miraron, nerviosos. Abby tomó su cuchara y la arrastró suavemente por su plato mientras hablaba.

—Cuando era pequeña solía revisar la ropa de mi madre en busca de sombreros, faldas, pañuelos y otras cosas para jugar a disfrazarme. Ella y mi padre compartían la cómoda y un día encontré... una caja —inhaló profundamente y continuó—. No sabía qué era, pero cuando la abrí, vi muchos papeles y comencé a leerlos. Eran cartas. De mi abuelo. Ya había muerto para ese entonces y mi papá nunca hablaba de él, excepto para decir que había sido un hombre muy malo... Pero esas cartas... Mi abuelo no hacía más que pedir disculpas. Decía que sentía mucho haber enviado lejos a su pequeña Lucy. Lejos, a *ese lugar*.

—Déjame adivinar: ese lugar era Brookline —dijo Jordan con frialdad. Evidentemente seguía sin estar convencido.

—Tenía que ser —respondió Abby rápidamente—. Hablaba de que era peligrosa y que la había enviado lejos por su propio bien. Y había más... Mi abuelo hablaba mucho de «hacer un viaje a New Hampshire». Nunca mencionó Brookline por su nombre, pero...

—Pero entiendo cómo llegaste a esa conclusión —terminó Dan, tratando de demostrar al menos un poco de apoyo.

Ella asintió.

—Todo tiene sentido. Es decir: yo tampoco creí que fuera posible. Parte de mí siempre pensó que lo estaba imaginando o que había entendido mal lo que había leído. Después de esa vez, papá se enteró de que había leído las cartas y las puso en otro lugar. Pero nunca las olvidé. Y cuando recibí la información acerca de este curso... bueno, pensé que el hecho de que estuviera en New Hampshire era una señal.

—Una señal de lo *ridícula* que es esta historia —protestó Jordan y se hundió más en su asiento—. ¿Qué, pensaste que vendrías a mejorar tus habilidades artísticas y a encontrar a tu tía perdida al mismo tiempo? ¿Matar dos pájaros de un tiro?

Abby estaba horrorizada.

—Jordan... —dijo Dan, en tono de advertencia.

Pero Jordan continuó con más ímpetu, gesticulando primero hacia Dan y después hacia Abby.

—Déjenme adivinar: inventaron esto entre los dos; pensaron en hacerme una broma inofensiva y reírse a costa mía. Bien: ja, ja. Muy gracioso. No está funcionando, ¿ok? No soy tan crédulo.

—Jordan, ¿por qué inventaría algo así? Es demasiado horrible...

—¿Quién sabe? ¿Para llamar la atención? ¿Para divertirte? Elige el motivo que quieras.

—¡Por Dios, eres tan cretino a veces! —Abby apretó la mandíbula y miró a Jordan como si nunca antes lo hubiera visto realmente.

—Calmémonos y pensemos un minuto —dijo Dan, detestando ver el odio que había ahora entre ellos—. Primero que nada, Jordan, debo preguntarte: ¿realmente crees que me escribí esta nota a mí mismo? ¿Para llamar la atención?

Jordan suspiró.

—No lo sé, amigo. Tú. Abby. No entiendo qué está pasando. Siento que están tratando de hacerme ver estúpido. Como si se estuvieran aliando en mi contra.

—Abby, ¿crees que hay *alguna* posibilidad de que se trate de una Lucy Valdez diferente? —preguntó Dan.

—No —respondió con firmeza—. Sé que es ella y apuesto a que en algún lugar de la sección antigua hay más pruebas acerca de lo que le hicieron.

Jordan resopló.

De pronto, Abby golpeó la mesa con el puño. Ambos chicos se sobresaltaron. El plato de Dan se sacudió y la colina de macarrones se derrumbó.

—¿Qué tengo que hacer para que confíen en mí?

Jordan no respondió.

—Yo confío en ti —murmuró Dan, intentando calmar los ánimos.

—Ajá: *Peeta Mellark* te cree. Y en otras noticias, la lluvia es húmeda —dijo Jordan—. Qué sorpresa —recogió su café y su pastel y se marchó sin decir otra palabra. La lluvia y los sonidos del comedor llenaron el silencio que dejó su súbita partida.

—¿Estás bien? —preguntó Dan.

—¿Tú lo estarías?

—No. No, supongo que no.

—Bueno, ahí tienes tu respuesta —tomó una cucharada de su sopa—. Puaj. Está fría.

Dan trató de encontrar algo útil que decir. Todo lo que podía pensar era que si Abby podía guardar tan bien un secreto tan grande, podría haber un sinnúmero de cosas que no le había contado. Aunque él también tenía sus secretos.

—¿Sabes qué? Creo que Jordan todavía está molesto por lo de la cita. Probablemente le preocupa que no podamos ser un dúo y un trío al mismo tiempo.

—Humm, ¿qué? ¿Un dúo? —Abby frunció el ceño, con la mirada perdida—. Ah, claro. Sí, tal vez. Tal vez sea eso.

Dan no quería tomar la respuesta de Abby como algo personal, considerando la pelea que acababa de tener con Jordan, pero se había vuelto fría con la mención de la palabra *cita*. Todo parecía estar saliéndose de control. Sus nuevos mejores amigos se estaban alejando rápidamente, de él y entre ellos. Tenía que encontrar respuestas y mantener unido al grupo, o se convertirían en desconocidos otra vez. Y entonces, la Hydra realmente *estaría* muerta.

—No te preocupes, resolveremos todo este asunto —dijo.

—Sé que yo lo resolveré —dijo Abby con frialdad—. Volveré a esa oficina. Como sea.





CAPÍTULO

No. 17

A la mañana siguiente ya era el día de elegir nuevas clases, lo que significaba que Dan ya había estado en el curso durante una semana completa. En cierta forma, no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo pero, en general, sentía que había pasado mucho mucho más...

Dan había planeado esperar a Abby y a Jordan en el edificio administrativo para ver si había alguna clase que quisieran tomar juntos, pero cuando llegó ahí vio que Abby ya iba de una mesa a otra en el área del Departamento de Arte. Lo saludó con la mano desde lejos y continuó su camino. Dan sintió una punzada de rechazo, pero la reprimió.

—Tal vez me pasé de la raya anoche.

Era Jordan. Agarró a Dan y lo llevó a la mesa de Matemática Teórica.

—¿*Tal vez*? —preguntó Dan.

—Sí, sí, ya sé que estás de su lado —comenzó Jordan—, pero te juro que estaba cuidando las espaldas de ambos. Aquí entre nosotros, he visto a chicas como Abby atravesar por este tipo de crisis de identidad. Toda esta historia acerca de su «tía» se le pasará, ya verás.

—Eso no suena exactamente a una disculpa —dijo Dan. Y, en cualquier caso, ¿qué había querido decir Jordan con «chicas como Abby»?

—Está bien —Jordan avanzó lentamente hacia la mesa del profesor, donde lo esperaba la solicitud de inscripción—. Escucha: Abby es genial, la quiero y todo, y si este asunto de su tía resulta ser verdad, me sentiré avergonzado. Es solo que no puedo involucrarme en ese drama en este momento. Estoy aquí para estudiar matemáticas, no para una loca cacería imaginaria de fantasmas. Sin embargo, podría haberlo manejado mejor, eso está claro. Como sea, lo que estoy tratando de decir es que lamento haberme comportado como un idiota anoche. Y acerca de lo de la Hidra, probablemente sea como tú dijiste: simplemente Joe comportándose como imbécil.

—No pasó nada —respondió Dan, encogiendo los hombros.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Muy bien.

Ya habían llegado al principio de la fila y Jordan puso su nombre en la solicitud con un garabato minúsculo, digno de un auténtico matemático.

—Voy a inscribirme en Literatura Alemana del siglo xx —dijo Dan.

Jordan se puso un dedo en la boca e hizo un sonido como si se estuviera atragantando, luego sonrió y se alejó en dirección opuesta.

No fue sino hasta el final de la mañana, después de esperar en fila tras fila, que Dan aceptó la triste verdad: no habían elegido ni una sola clase donde estuvieran los tres

juntos. Se abrió paso entre los estudiantes que estaban afuera y, finalmente, encontró a Abby, que estaba terminando una conversación con algunas personas que él no conocía. Esperó a un lado hasta que ella lo vio, entonces se despidió de sus otros amigos con un gesto de la mano y se acercó a Dan, e inmediatamente comenzó a hablar acerca de todas las clases nuevas que estaba ansiosa por tomar. Retrato Avanzado, Impresionismo, Ilustración de Novelas Gráficas. Finalmente, Jordan los encontró y su lista de clases les resultó igual de extraña: Cálculo de Variables, Análisis Real y Complejo... Dan podía calcular el cero en una ecuación, pero eso iba mucho más allá de una comprensión básica de los números. Se quedó mirando su propia lista: Historia, Literatura, más Historia... No había ninguna coincidencia.

Mientras hablaban, Dan notó que por más amistosa que sonara la conversación para alguien de fuera, Abby no había mirado ni una vez a Jordan y Jordan dirigía constantemente sus bromas a Dan. Era difícil negarlo: en un lapso de unos pocos días, unas pocas *horas*, en realidad, toda su dinámica relajada había cambiado. ¿Es así como se sentía siempre tener relaciones cercanas con las personas?



Las nuevas clases significaban una rutina distinta, así que Dan iba de edificio en edificio, con el mapa en el bolsillo, reaprendiendo su ruta diaria. Casi no veía a Jordan ni a Abby. Ni siquiera tenían el mismo horario para almorzar. Es cierto que seguían encontrándose para cenar todas las noches, pero las conversaciones estaban llenas de chistes internos de sus diferentes clases y de historias que los otros dos «tenían que estar ahí» para entenderlas. Jordan había dicho que se había disculpado con Abby, y el hecho de que todavía pudieran sentarse a la misma mesa parecía probarlo. Pero ella lucía distante y evitaba claramente mencionar a su tía. Dan se preguntaba si todavía planeaba volver a la oficina del director. En lo personal, no tenía ningún deseo de regresar jamás.

El viernes por la noche, Dan llegó al comedor y encontró a Jordan esperando en su mesa habitual. Había tres blocs de notas tamaño oficio con hojas amarillas sobre la mesa junto a su bandeja, todos cubiertos con sus garabatos desordenados.

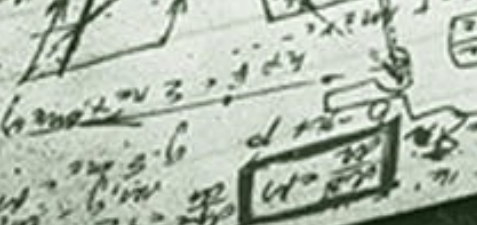
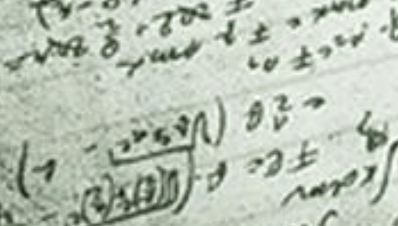
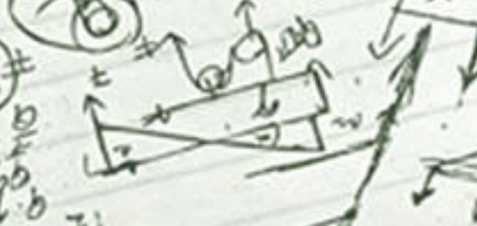
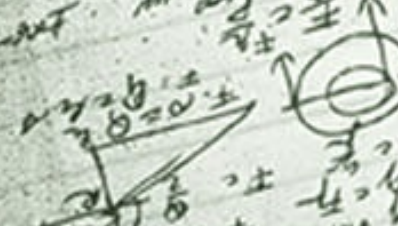
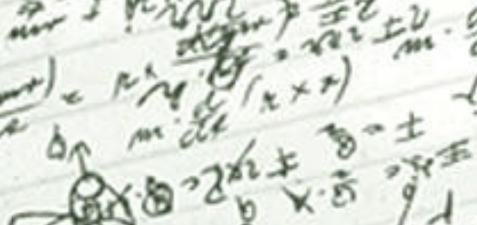
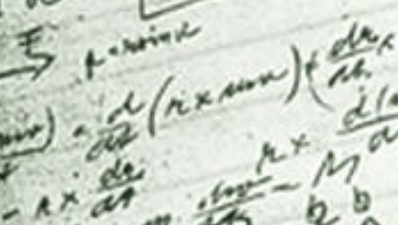


$\varphi = \varphi(t)$
 $\omega = \frac{d\varphi}{dt}$
 $a = \frac{d\omega}{dt}$
 $v = \frac{dx}{dt}$
 $\frac{d^2x}{dt^2} = a$
 $\frac{d^2x}{dt^2} = -\frac{g}{L}x$
 $\frac{d^2x}{dt^2} + \frac{g}{L}x = 0$
 $x = A \cos(\omega t + \phi)$
 $v = -A\omega \sin(\omega t + \phi)$
 $a = -A\omega^2 \cos(\omega t + \phi)$

$T = 2\pi \sqrt{\frac{L}{g}}$
 $f = \frac{1}{T}$
 $\omega = 2\pi f$
 $\omega = \sqrt{\frac{g}{L}}$



$k = \frac{F}{x}$
 $k = \frac{mg}{L}$
 $\frac{d^2x}{dt^2} = -\frac{g}{L}x$
 $\frac{d^2x}{dt^2} + \frac{g}{L}x = 0$



NO

$\frac{d^2x}{dt^2} = -\frac{g}{L}x$
 $\frac{d^2x}{dt^2} + \frac{g}{L}x = 0$
 $x = A \cos(\omega t + \phi)$
 $v = -A\omega \sin(\omega t + \phi)$
 $a = -A\omega^2 \cos(\omega t + \phi)$

Al acercarse, Dan pudo ver que los garabatos eran números y ecuaciones, la clase de ecuaciones que tenían tantas letras que parecían versos. Jordan no pareció notar a Dan y permaneció inclinado sobre uno de los blocs, moviendo su mano a la velocidad de la luz a través del papel.

—¿Tarea? —preguntó Dan, mientras se sentaba frente a él. No recordaba haber visto a Jordan trabajando fuera de clase, mucho menos un viernes por la noche.

—Podría decirse —Jordan se rascó la sien derecha con el extremo del bolígrafo—. Uno de mis profesores mencionó un problema que se supone que es imposible de resolver. Pero la cuestión es que aún no existen pruebas que *demuestren* que es irresoluble. Así que estoy buscando ya sea las pruebas o la solución, lo que suceda primero. Podríamos llamarlo un proyecto especial.

—Podríamos llamarlo TOC —Dan lo dijo como una broma, pero Jordan levantó la cabeza de golpe y su cabello rebelde rebotó en todas las direcciones.

—¿Disculpa?

—Nada —dijo Dan rápidamente.

El chico volvió a inclinarse muy concentrado sobre el papel. Más tarde, con la cena en pleno auge y Jordan que prefería la compañía de los números a la de Dan, llegó Abby. Fue hacia las ensaladas y luego buscó un jugo de naranja, pero en lugar de sentarse con ellos, fue hacia una mesa cercana, donde estaban los artistas. Internamente Dan los llamaba «los artistas», porque fumaban compulsivamente, se vestían como extras de Broadway y usaban lentes de abuela, aunque probablemente solo uno de cada cinco realmente los necesitara. Jordan también los había notado, aparentemente, a pesar de estar metido hasta las narices en las matemáticas.

—Se creen lo máximo —dijo.

—No sabía que Abby pasaba tiempo con ellos —dijo Dan con desagrado. Sonaba y se sentía como si estuviera en la escuela; era tan estúpido. «Nosotros» contra «Ellos». Los marginados contra los populares.

—Hola —dijo Abby, cuando finalmente se acercó. Se sentó y colocó un cuaderno de bocetos en el asiento junto a ella—. Solo estaba mostrándoles algunos de mis nuevos trabajos a Ash y Parches.

—¿Parches? —dijo Jordan, levantando la vista.

—Sí, Parches. ¿Algún problema?

Socorro.

—No —Jordan resopló, pero tan bajo que pareció que había tosido. Volvió a concentrarse en sus blocs—. Ningún problema.

Abby cambió de posición y se sentó con una pierna doblada bajo su cuerpo. A pesar de

su rostro ansioso y las flores de papel entrelazadas en su cabello, se veía afligida. A Dan se le hizo un nudo en el estómago cuando dijo:

—Estaba pensando que esta noche podría ser la noche. ¿Qué opinas? ¿Tienes ganas de husmear un poco?

—No lo sé. Ha sido una semana bastante larga —Dan deseaba que nunca hubieran ido a la sección antigua. De alguna forma, los estaba cambiando. Estaba cambiando a *Abby*—. Esperaba que pudiéramos ver una película o hacer algo tranquilo. Además, si nos atrapan otra vez...

—No nos atraparán —dijo Abby rotundamente, ignorando el resto de lo que él había dicho. Comenzó a comer su ensalada, tan rápido que Dan no creía que pudiera saborearla—. Entonces, ¿qué dices?, ¿nos vemos al pie de la escalera a las once? —dejó de atacar la comida para mirarlo, decidida.

—Ehhh... No estoy seguro... —respondió Dan, sin saber qué decir.

—Por Dios, Abs, déjalo en paz. Es obvio que no quiere ir —Jordan los miró con una sonrisita de satisfacción.

—*Muchísimas* gracias por unirme a la conversación, Jordan. Pensaba preguntarte si querías acompañarnos, pero estoy segura de que resolver ecuaciones es más divertido —Abby apuñaló un tomate cherry con el tenedor y arañó con él el plato, haciendo un ruido parecido al de uñas contra un pizarrón. Dan sintió un escalofrío.

—Sí, probablemente. Quizá puedas pedirles a tus súper geniales amigos artistas que te acompañen en mi lugar —replicó Jordan.

—Quizá lo haga. Al menos no se van a poner como el protagonista de *Una mente brillante*.

—No podrías siquiera *comenzar* a entender lo que sucede en mi mente —dijo Jordan—. Gracias a tu estúpida oficina he tenido sueños, *pesadillas*. Como si algo se hubiera metido en mi interior cuando fuimos ahí y estuviera tratando de salir a la fuerza. Pero ¿qué te importa? Estás demasiado ocupada pensando en ti misma como para preocuparte por otras personas.

Abby abrió la boca y la volvió a cerrar.

Dependía de Dan decir lo correcto.

—¿Qué clase de *pesadillas*? —preguntó cuidadosamente.

—No quiero hablar de eso —Jordan se pasó la mano por el cabello enredado y se manchó la frente con tinta. El pobre chico nunca se había visto tan infeliz. Se quitó los lentes y los limpió con su camisa. Dan sabía que no debía presionarlo.

Tras un momento, Jordan suspiró.

—Espera: sí quiero hablar de eso —miró alrededor nerviosamente, como tratando de

asegurarse de que nadie más lo estuviera escuchando—. Fue la noche en que ustedes bajaron al sótano, la noche en que Joe nos descubrió. He tenido el mismo sueño todas las noches desde entonces. *Exactamente igual*. Sueño que estoy en una... celda. Y hay unos doctores, vestidos de blanco, que me miran desde arriba, aunque no tienen rostro. Tienen voces y manos e instrumentos, pero sus rostros tienen huecos en lugar de ojos, narices y bocas. Entonces me ponen unas correas, me atan y... —los hombros de Jordan se encorvaron. Su postura hizo pensar a Dan en un animal herido—. Me muestran fotografías. Y me electrocutan. Me electrocutan una y otra vez. Siento un dolor incandescente y escucho a mis padres que hablan con alguien detrás de los médicos. Y dicen: «Ahora estará mejor. Tiene que ponerse mejor».



—Eso es horrible —susurró Abby—. Lo siento, Jordan.

Jordan asintió, con la mirada fija en sus ecuaciones.

Dan estaba paralizado. Sabía por las clases de la profesora Reyes que solía utilizarse electroterapia en pacientes homosexuales para «curarlos». ¿Jordan sabría eso también o lo habría soñado de la nada? ¿Y qué decir de que el sueño de Jordan fuera tan parecido al que él había tenido? ¿Se trataba de otra «no exactamente una coincidencia»? ¿Estarían conectándose con algún tipo de inconsciente colectivo jungiano? ¿Cuál era la relación?

Jordan juntó sus blocs y metió el bolígrafo en el bolsillo de sus *jeans*. Luego se levantó, sonrió a medias y tomó su bandeja. No había tocado su cena.

—Necesito una siesta. Nos vemos...

Se abrió paso entre las mesas, ignorando a un par de chicos que lo saludaron cuando pasaba.

—Supongo que eso significa que no va a volver a bajar con nosotros —dijo Abby, volviendo a su ensalada.

Dan estaba escandalizado.

—Eso es un poco frío, ¿no te parece?

—¡Pero es verdad! —suspirando, Abby dejó caer el tenedor en el plato y se recostó contra el respaldo de su asiento—. Y la única razón por la que estás molesto es porque tú tampoco quieres ir, así que ¿por qué no lo dices?

—No es que no quiera ir contigo... —Dan trató de encontrar las palabras correctas—. Solo creo que todo este asunto es más que demasiado extraño. Estás preocupada por tu tía, lo entiendo perfectamente. Quieres respuestas. También entiendo eso. Es solo que...

—No tienes que ayudarme, Dan. Puedo hacer esto yo sola —Abby agarró su cuaderno.

—Quiero ayudar —dijo él—. Quiero ayudar a Jordan y quiero ayudarte a ti también, yo...

Todavía quiero respuestas.

—¡Entonces, ayuda! —se le atoró el pie en el banco cuando se volvió para marcharse y tropezó. Se tomó de la mesa para no caer al suelo y soltó su cuaderno. Dan trató de alcanzarlo.

Demasiado tarde. El cuaderno golpeó el piso y se abrió, dejando ver hoja tras hoja de dibujos oscuros y retorcidos. Algunas hojas sueltas se desparramaron. Rojo, negro y trazos de azul y gris, con una figura central en medio de cada dibujo. El vestido blanco y la mirada vacía la delataban.

Era la niña de la fotografía. La niña que Abby había dibujado en su habitación. Pero había algo más acerca de estas ilustraciones. De pronto, Dan supo lo que Abby estaba pensando.

—*Lucy* —murmuró Dan—. Crees que la niña de la foto es Lucy Valdez...

—Solo he estado inspirada, eso es todo —Abby tomó el cuaderno y juntó las hojas desparramadas.

—Creo que deberías buscar inspiración en otro lado —maldición. Eso no había sonado como él quería.

—¿Qué podrías saber tú al respecto? No eres un artista, Dan. Eres... no sé lo que eres. Te guardas las cosas. Nunca compartes tus propias opiniones. ¿Realmente me crees acerca de mi tía? Ni siquiera lo sé. Recibes un correo electrónico extraño y una nota con una amenaza y dices que quieres respuestas, pero ni siquiera vas al sótano conmigo. ¿Qué eres, *Dan*? ¿De qué lado estás? —se volvió y se marchó pisando fuerte, sin darle la oportunidad de responder. Quería contestar, decir *algo*, pero ella ya estaba con sus amigos de la mesa de los artistas y lo último que quería era tener público mientras intentaba explicar su propio valor.

De todas maneras, ¿qué podría decir? Abby tenía razón, sí se guardaba las cosas. No le gustaba arriesgarse, era precavido. Era reservado. ¡Había tanto que no les había contado, ni a ella ni a Jordan! Pero Abby había visto algo en él antes. ¿Eso había desaparecido?

¿*Qué era él?*, le había preguntado. Era muchas cosas en ese momento. Y sentía que lo estaban arrastrando en miles de direcciones opuestas. Definitivamente quería estar con Abby y esa era la sensación más fuerte, la dirección más clara. Pero el temor de lo que les esperaba en la sección antigua invadía todo su cuerpo. Algo malo les había sucedido al bajar a ese lugar, y a su amistad también.

Dan limpió la mesa con el rostro ardiendo de vergüenza. Tomó su bandeja y salió del comedor sin mirar a Abby ni a su nuevo séquito.

Afuera, el aire frío era una bendición. Se detuvo y miró por encima de su hombro, por las ventanas, hacia el comedor. Abby estaba de espaldas a él, pero era claro, por el movimiento de sus hombros, que se estaba riendo.

Dan caminó lentamente de vuelta a Brookline, consternado y afligido.

Cuando llegó a su habitación, se puso la bata y se arrastró por el pasillo hasta el baño. En el cubículo detrás de él una de las duchas goteaba y el agua golpeaba el desagüe con un ritmo metálico irregular. Mientras se aseaba, recordó lo que el director había escrito acerca de las «raíces retorcidas». ¿Dónde se originaba la locura? ¿En la paranoia y la inseguridad como las de Jordan o en una fuerte obsesión como la de Abby? ¿Debía estar preocupado de que su conducta señalara los primeros indicios de algo más grave?

Estás en el límite entre la genialidad y la locura. Conoces bien ese límite.

Cuando se quitó las manos del rostro, Dan vio que se había frotado tan fuerte que tenía la piel irritada. Se secó con la toalla y se paró frente al espejo. Siempre elegía el mismo. Tenía unas marcas negras y profundas en el extremo superior derecho que parecían una palabra, y cada noche él decidía que decían algo diferente. Aquella noche parecía que

dijeran *AYUDA*.

CAPÍTULO

No. 18

— Quizá te sentirías mejor si fueras a correr. Yo tengo mucha más energía ahora que empecé a ejercitarme. ¿Te lo había comentado?

Dan levantó la vista de lo que estaba leyendo.

—Solo unas cinco veces —dijo entre dientes—. Hoy.

—El argumento sigue siendo válido —respondió Félix desde el suelo. Estaba en medio de su billonésima serie de lagartijas.

Durante los últimos días, Dan básicamente se había quedado en su habitación, viendo programas de televisión *on line* y, ocasionalmente, leyendo el material de las clases. No había sabido nada de Abby ni de Jordan desde la noche en que habían discutido. En la cena, Abby se sentaba con sus nuevos amigos artistas y Jordan aparentemente había dejado de ir al comedor. Así que Dan había comenzado a sentarse con Félix y tenía que escuchar a su compañero de habitación hablar de cuánto estaba disfrutando todas sus clases y cómo desearía que el curso durara más de cinco semanas. Al menos uno de ellos se sentía así.

—Setenta y cinco —contó Félix. Hizo una pausa, sin aliento, y cambió a una postura de rodillas. Tenía las palmas de las manos rojas por el piso—. Eres bienvenido a acompañarme en el gimnasio esta tarde. Te levantaría el ánimo, te ayudaría a pensar en otra cosa.

Dan admiraba su determinación. Los batidos de proteínas y las visitas diarias al gimnasio rápidamente estaban transformando el físico flacucho de Félix en un cuerpo digno de *El club de la pelea*. Seguía siendo delgado, pero Dan no quería buscar un altercado con él en un callejón oscuro.

—Gracias —dijo Dan—. No creo que el gimnasio sea lo mío.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas.

Félix se puso de pie y fue al ropero. Sacó una camiseta y una chaqueta liviana y luego puso calcetines limpios y una botella de agua en un bolso deportivo.

—Al menos sal de la habitación —dijo Félix, cuando llegó a la puerta—. Ve a caminar. Toma un poco de aire fresco. Puedes ver *Battlestar Galactica* en casa. No permitas que un contratiempo temporal arruine todo tu verano.

—Sí, claro —Dan vio a Félix salir y cerrar la puerta—. Gracias, Oprah.

Pero, por supuesto, tenía razón. Dan salió de la cama, cerró su computadora y se puso ropa limpia. Justo en el momento en que estaba por tomar su celular, este comenzó a vibrar tan violentamente que casi cayó del escritorio. Dan lo alcanzó a tiempo y se sintió aliviado al ver que decía *Mamá* en la pantalla.

—¿Hola?

—Hola cariño —la voz de su madre casi no se oía por el sonido de la televisión de

fondo.

—¿Altavoz? —preguntó riendo—. ¿En serio?

—Tu papá quiere saludarte también. ¿Cómo va todo? ¿Todavía adoras la universidad?

Su entusiasmo siempre era contagioso, y Dan sonrió a pesar de su malhumor.

—No es realmente la universidad, lo sabes.

—Lo sé, lo sé, pero igual...

—¿Es Dan? ¡Hola campeón!

—Hola papá —se apretó el tabique de la nariz y comenzó a caminar de un extremo al otro de la cama—. Sí, sí, todo anda bien. Todos son súper amables y las clases son geniales.

—¿Cómo está Abby? —preguntó su madre. Desde luego, fue lo primero en lo que pensó.

—Bien; es una artista increíble. Y resulta que Jordan es una especie de prodigio en matemáticas.

—¡Qué bueno! —más que feliz, Sandy sonaba aliviada—. Solo queríamos llamarte y avisarte que te enviamos una caja con algunas cosas deliciosas. Creo que ya debería haber llegado, pero no sé cómo es la situación del correo por ahí. Hay suficiente para que compartas con Abby y Jordan, si les gustan las galletas y los dulces tanto como a ti.

—Gracias, mamá.

—Espero que no estés estudiando todo el tiempo —dijo su padre—. Disfruta el verano, ¿está bien?

—Lo haré —respondió Dan, y lo dijo en serio. Buscó su abrigo con la mirada—. Oigan, debería ir a buscar esa caja, ya se está haciendo de noche.

—Bueno, Danny, avísame cuando la recibas. ¡Te extrañamos! Te extrañamos todos los días.

—Gracias. Yo también los extraño.

Colgó, se puso la chaqueta y salió de la habitación por primera vez en todo el día. La noche estaba agradablemente fresca. Caminó por el jardín, donde Yi y sus amigos de la orquesta estaban tocando música sobre la hierba. Se tomó un momento para escucharlos. Por primera vez en días, sintió que su ánimo mejoraba.

Cumplió la promesa que les había hecho a sus padres y se dirigió al sector académico. Sería agradable recibir algo de su hogar; además, tenía tanta hambre que podría comerse una caja entera de galletas.

En el jardín, frente al comedor, un consejero estudiantil guiaba a un grupo de estudiantes en una clase de yoga sobre el césped. Dan los rodeó y caminó hacia la entrada

lateral del edificio. En una tienda junto al comedor, que a la vez era un centro de estudiantes, había apartados postales para cada estudiante.

Dan encontró el suyo en el grupo central, el número 3808. Se agachó y miró por la pequeña ventana y se sorprendió de ver que estaba bastante lleno. Utilizó la pequeña llave que le habían dado el día que había llegado y abrió la puerta para sacar todo. Efectivamente, había un trozo de papel verde que decía que podía retirar su paquete en el mostrador de correos. También había algunos folletos de la universidad, la mayoría, con información para estudiantes que estuvieran interesados en solicitar inscripción. Había un dibujo hecho por Abby en la parte de atrás de un trabajo. Recordaba haberla visto haciéndolo en clase. Era de ellos tres, vestidos con armaduras, de pie sobre una montaña de libros con las palabras «¡TRIUNFO ESCOLÁSTICO, HURRA!» escritas con una letra llamativa en la parte superior de la hoja. Dan lo guardó con una sonrisa. No sabía cuándo lo había puesto en su apartado, pero quizás era una señal de que estaba lista para que fueran amigos otra vez. Decidió que la llamaría cuando volviera a su habitación.

Finalmente, había un sobre que decía simplemente «3808» en el frente, escrito con tinta negra espesa.

Oh no, no otra vez.

CAPÍTULO

No. 19

Dan estuvo a punto de arrojar el sobre a la basura. ¿Quién sabía qué clase de amenaza contenía? Pero, al fin y al cabo, necesitaba saber. Con aprensión, abrió el sobre.

La locura es relativa. Depende de quién tiene a quién encerrado en qué jaula.

La locura es relativa,
depende de quien tiene
a quien en qué jaula.

La caligrafía enmarañada era la misma que la de la nota acerca de la Hidra. Esta vez no fue miedo sino ira lo que invadió a Dan. Alguien estaba tratando de alterarlo, y lo estaba logrando.

Miró alrededor. No había nadie allí, pero no podía dejar de sentir que *alguien* lo estaba observando. Arrojó los folletos universitarios a la basura y guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta. Buscó el paquete de sus padres en el mostrador de correos con manos temblorosas y casi salió corriendo del lugar.

De vuelta en su habitación, sacó la nota de su bolsillo y se sentó en el escritorio. Buscó las frases en Google. Parecía una cita, no algo improvisado. Sus sospechas resultaron correctas. Los primeros resultados mostraban que la cita pertenecía a Ray Bradbury; era de un radioteatro que había escrito.

¿Y ahora qué? Creyó que encontrar el origen de la frase le ayudaría, pero no había sido así. Quien la hubiera puesto en su apartado postal ya le había dejado una nota amenazadora antes, *sobre su escritorio*. Había estado en su habitación...

Dan se volvió en su asiento. Naturalmente, no había nadie allí.

Piensa. ¡Piensa! Algo se te está escapando, algo que está justo frente a tu estúpido rostro.

Revolvió el cajón de su escritorio y desenterró la primera nota. La sostuvo junto a la otra. Observó la letra enmarañada, el papel, la tinta: todo coincidía perfectamente. Pero aparte de eso, no podía decir mucho más. Ni siquiera podía estar seguro de si las notas habían sido escritas por un hombre o por una mujer.

Entonces, para resumir todo lo que sabía: alguien, sin nombre ni género, a quien le gustaba Ray Bradbury, estaba acosándolo e intentando asustarlo.

Pensó en llamar a Abby o a Jordan, pero decidió no hacerlo. Las notas eran para él, no para ellos. Alguien estaba tratando de meterse con *él*.

Cenó palomitas de maíz para microondas de la caja de provisiones que le enviaron sus padres y se acurrucó bajo la manta. No podía dejar de tiritar. Su mente daba vueltas en pequeños círculos.

Sacó su celular y buscó entre sus contactos hasta llegar al número de la doctora Oberst. Si alguien podía escucharlo sin juzgarlo, sin duda era ella. Y le había dicho que la llamara *en cualquier momento* durante el verano si las cosas se ponían difíciles.

¿Pero qué le diría? Si le contaba que había imaginado habitaciones reales antes de verlas, probablemente le pediría una sesión de terapia, pero ¿y las notas? ¿Cómo podían ser su culpa?

Dan nunca había dudado tanto de sí mismo como en ese momento. ¿Y si él era la «raíz retorcida» en el corazón de todo lo que estaba saliendo mal?

Apartó la manta, saltó de la cama y tomó las dos notas del escritorio. Las rompió por

la mitad y las volvió a romper otra vez por la mitad. Se negaba a permitir que alguien lo manipulara de esa manera.

Se negaba a permitir que alguien lo mantuviera enjaulado en su habitación, en su mente.

Iba a seguir sus instintos. Y su instinto le decía que encontraría respuestas en el sótano.



CAPÍTULO

No. 20

Dan sabía que no era la mejor idea que había tenido, ir al sótano solo. Para empezar, la puerta estaría cerrada con el candado, y alguno de los prefectos podía estar haciendo guardia. Pero no lo iba a pensar demasiado. Pensar no le había ayudado en nada.

En el pasillo, las luces eran demasiado brillantes. Anhelaba la protección de la oscuridad. Al menos no había nadie cerca. Probablemente estaban cenando o haciendo sus cosas, como Félix.

De todas formas, no quería ser descuidado. Fue a hurtadillas hasta donde estaban las máquinas expendedoras, y estaba a punto de doblar la esquina cuando vio aparecer una silueta oscura al final del corredor. Pasos. Voces. Por un aterrador momento, la idea de que El Escultor u otro de los asesinos de Brookline había vuelto para acechar los pasillos hizo que todo su cuerpo se tensara. Se apoyó contra la pared, con la esperanza de confundirse entre las sombras.

—Deberían intercambiarlo y hacerle un favor a todo el mundo —dijo una voz masculina. Dan exhaló; no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. No era un fantasma, era Joe.

—Como sea.

Dan no reconoció la segunda voz. Probablemente se trataba de otro prefecto. ¿Estarían vigilando los corredores para asegurarse de que nadie fuera al sótano? Se quedó inmóvil por lo que le pareció una eternidad, hasta que finalmente, vio a Joe y a su amigo salir por la puerta principal. Esperó un minuto o dos, por si acaso, y se dirigió hacia la sección antigua. La suerte estaba de su lado: la pesada puerta no solo no estaba vigilada, sino que el candado no estaba cerrado. Dan se convenció a sí mismo de que Joe probablemente no lo había cerrado bien aquella noche. De todas formas, no podía dejar de sentir que la puerta lo estaba esperando.

Se escurrió hacia el interior y el aire rancio lo envolvió, como dándole la bienvenida. Había olvidado lo oscuro que era ese lugar. Encendió su linterna, pero sin nadie que rompiera el silencio, la oscuridad era exponencialmente más aterradora.

Cruzó la recepción y entró en la primera oficina, la que tenía las letras borradas en la puerta. Reconstruyó los pasos de la última vez que habían estado ahí, se detuvo para asegurarse de que las fotografías siguieran apiladas sobre el escritorio. Desde su marco en la pared, la foto del paciente que forcejeaba parecía burlarse de él. *El Escultor, paciente 361*. Dan se agachó detrás del fichero y pasó a través del pasadizo secreto. Sin dudar, apuntó su linterna hacia la escalera y bajó deprisa, consciente de que si esperaba podría acobardarse y regresar. El pasillo inferior seguía desordenado. Se abrió paso cuidadosamente entre las sillas y las camillas. Lo último que necesitaba era tropezar con un mueble y romperse el cuello. Transcurriría algún tiempo antes de que encontraran su cuerpo.

Pasó por delante de las celdas vacías. Sentía como si algo pudiera salir de golpe de cada una de ellas.

Se movía con rapidez, ansioso por llegar a la immaculada oficina interna. Con excepción de su respiración agitada y el ruido sordo de los latidos de su corazón, el corredor estaba siniestramente silencioso.

A solo pasos de la sala circular y la oficina, su pie chocó con algo pequeño pero pesado, que rodó ruidosamente en la oscuridad. Apuntó su linterna hacia el suelo y siguió el rastro que el objeto había dejado en el polvo hacia el interior de una de las celdas abiertas.

En el centro de la habitación, alzó la mano y se arriesgó a tirar de la vieja cuerda conectada a la lámpara del techo. Un foco desnudo se encendió con un clic, zumbando y titilando por un momento, antes de bañar la celda con una débil luz amarilla. Apenas era suficiente para ver, pero era mejor que la linterna.

Dan miró alrededor. Esta era una de las múltiples celdas que él y Abby no habían explorado. Había una mesa y una cama, pero nada más. Entrecerró los ojos y dio una vuelta completa. ¿Qué había pateado y a dónde había ido?

Entonces oyó un repiqueteo suave y agudo que provenía de debajo de la cama. Siguió el sonido. El objeto crujió suavemente y comenzó a cantar.

No, no a cantar: a tocar música... Dan se agachó, con la piel erizada, mientras la melodía entrecortada y desafinada de una cajita de música llenaba la habitación. No reconoció la canción. Sonaba tan antigua que no estaba seguro de que ninguna persona viva pudiera reconocerla. Tanteó debajo de la cama hasta que sus dedos tocaron la superficie metálica y acanalada de la cajita. La sacó con cuidado y la levantó para examinarla. Había dos resortes rotos que salían a cada lado. En la parte superior tenía una estatuilla de porcelana, una bailarina. Estaba en una pose de baile, con los brazos curvados elegantemente sobre su cabeza. Sus dedos terminaban en puntas peligrosamente afiladas y su rostro tenía una apariencia siniestramente petulante, como si se deleitara en saber un secreto.

Dan escuchó cómo la melodía se iba apagando, lenta y dolorosamente, y la canción mecánica agonizaba en una muerte prolongada. Finalmente se detuvo y la habitación quedó en silencio una vez más. Volteó la cajita y encontró una dedicatoria grabada en la parte inferior:



Para Lucy, en su cumpleaños, con amor.

Se quedó mirando esas palabras por un largo tiempo, con la esperanza de que si esperaba lo suficiente, tal vez, cambiarían o desaparecerían. No podía tratarse de la misma Lucy, ¿o sí? ¿La Lucy de Abby? Si la historia de Abby era cierta, los padres de Lucy no parecían ser el tipo de personas que le enviarían un regalo de cumpleaños. Quizás era un regalo del mismísimo director. En todo caso, ¿qué hacía allí abajo? ¿Significaba que Lucy había... muerto... o simplemente la había olvidado?

Dan no pudo evitar hacerse la misma pregunta una y otra vez. De algo estaba seguro: no compartiría su descubrimiento con Abby. Se volvería loca de preocupación por lo que pudiera significar.

Volvió a poner la cajita en el suelo y giró para salir de la celda. Pero, de pronto, la canción desarticulada comenzó a sonar nuevamente, cada vez más fuerte, más clara y más rápida. Pensó en destruir la cajita de música para detenerla, pero en lugar de eso decidió huir. Había significado algo para alguien, alguna vez.

Siguió su camino por el corredor y llegó a la sala circular donde él y Abby habían encontrado la oficina interna. Esta vez observó la sala con detenimiento, dirigiendo su linterna hacia las paredes, y encontró una pequeña puerta frente a la oficina. Tomó el picaporte y lo giró. No estaba cerrada con llave, pero no se movió. Se había hinchado debido a la humedad. Apoyó su peso contra ella y empujó con todas sus fuerzas. La puerta chilló en señal de protesta, pero se abrió y Dan apenas pudo recobrar el equilibrio a tiempo para evitar una horrible caída. Frente a él había otra escalera descendente.

CAPÍTULO

No 21

Dan se encontraba frente a un gran espacio vacío. ¿Qué tan profundo era este lugar?

El frío que provenía de abajo era estremecedor. Su sudadera no era suficiente ni mucho menos; debería haber llevado un abrigo. ¿Y no podrían haber hecho las escaleras un poco más anchas? Un inspector de seguridad hubiera tenido un ataque al corazón: eran angostas, empinadas, con caídas verticales a ambos lados y solo una delgada vara como pasamanos para sostenerse.

Tomándose de la vara con una mano y llevando la linterna en la otra, bajó el primer escalón. Tres escalones, cuatro, diez. Cuando había bajado quince, llegó a un pequeño descanso, pero aún no podía ver el suelo si apuntaba hacia abajo con la linterna. Más y más escalones, inclinados en un ángulo de pesadilla, que llevaban a las entrañas del sótano.

Otro descanso, doce escalones más y, finalmente, llegó al pie de las escaleras. Apuntó su linterna hacia arriba y alrededor, y vio que la exigua luz no lograba alcanzar la parte superior o los lados de... ¿qué era, una cueva? ¿Una bóveda? No podía estar seguro, pero resultaba claro que era algo enorme. Tosió y escuchó como el sonido rebotaba y hacía eco durante un minuto completo antes de perderse.

Caminó lentamente hacia el gigantesco espacio. Había pilares de madera que iban desde el suelo hasta el techo. Aparte de eso, el lugar en que se encontraba parecía estar completamente vacío. Llegó a un arco cuadrado que conducía a otro espacio. De pronto, Dan sintió deseos de reír: se había asustado por la inmensidad del piso donde estaban las celdas y la oficina secreta del director, pero esto era increíble, algo que apenas podía concebir a pesar de estar viéndolo. Parecía un palacio. ¿Para qué podrían haberlo utilizado?

Pero esta era la última sala, tenía que ser la última. Apuntando con su linterna alrededor, encontró una caja metálica oxidada atornillada a la pared que estaba junto él. Abrió con cuidado la tapa frontal; las viejas bisagras rechinaron y el eco del sonido reverberó por la sala interminablemente.

Guau. Había interruptores en la caja, muchos. Accionó el más grande y fue recompensado con un leve sonido que se convirtió en un zumbido y luego en un estallido silencioso al encenderse las luces. Solo algunos de los focos funcionaban; uno explotó en una lluvia de chispas y vidrios rotos. Dan se agachó instintivamente y entonces se quedó boquiabierto.

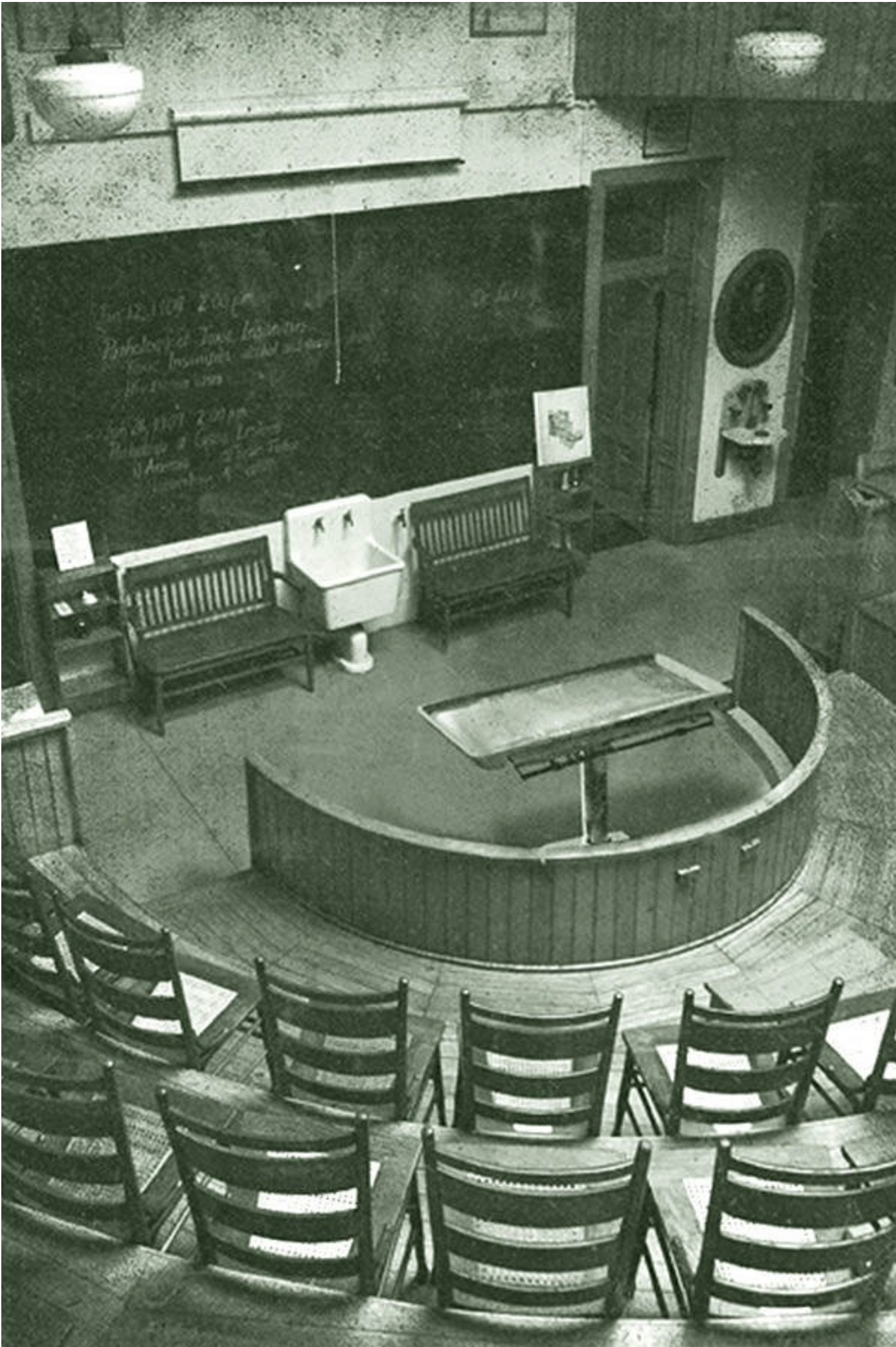
Estaba en la parte superior de un anfiteatro de operaciones.

En el centro mismo de la sala, había una plataforma de madera elevada y en medio de esta se situaba una mesa de operaciones. Estaba cubierta con una sábana que había sido blanca, pero ahora estaba gris debido al polvo. La mesa tenía la cabecera acolchada y unas correas de cuero con broches que la dividían en tres. Alrededor de ella había algunas mesas más pequeñas, con ruedas, que sostenían instrumental quirúrgico.

Circundando la plataforma, había sillas en hileras escalonadas, como en un estadio. *Las gradas*. Como si observar una operación fuera algún tipo de entretenimiento...

Con un escalofrío, Dan se dio cuenta de que ya había visto esa sala también, en otra pesadilla. Al principio del sueño, él estaba *sobre* esa mesa.

Bajó lentamente por las gradas, atraído por la plataforma. Dio una vuelta completa alrededor de ella, con la mirada fija en la mesa. ¿A cuántos asesinos habrían tratado aquí? ¿Habrían atado a la pequeña Lucy para operarla mientras otros *miraban*? Dan pensó en la cicatriz que la niña tenía en la frente, la cual sugería que le habían realizado una lobotomía. Si había sido así y había sobrevivido, la pobre Lucy no habría tenido una gran vida.



¿Por qué demonios construirían un anfiteatro de operaciones a esa profundidad? ¿Estarían intentando esconder algo?

Un pequeño escritorio y un fichero al fondo de la sala llamaron su atención. Los habían empujado hasta un rincón en las sombras, como para que pasaran inadvertidos. El corazón de Dan se aceleró. Si operaban pacientes en ese lugar, si a Lucy Valdez la habían operado aquí, seguramente habría registros de ello. Si tenía suerte, esos registros no se habrían perdido en el caos cuando Brookline cerró.

Pero, a medida que se acercaba al fichero, comenzó a sentirse atontado, como si tuviera la cabeza llena de algodón. Parpadeó una vez... dos veces... Ya no sentía que el suelo estuviera tan firme.

Estaba de pie frente a la mesa, listo, confiado. Este era su momento. Tenía público y no decepcionaría a sus espectadores. Esta era su oportunidad para demostrar que sus métodos, aunque fueran poco ortodoxos, funcionaban. Era el director, era el padre en quien la familia de Brookline confiaba, estricto pero, a fin de cuentas, justo. Daniel miró su bata blanca y el instrumental en sus manos, desinfectado y reluciente. Todo estaba listo.

Todos estiraban el cuello para ver mejor. Frente a él, amarrado a la mesa de operaciones, había un joven al que le gustaba incendiar cosas. Cuando Daniel parpadeó, había alguien más sobre la mesa, otra persona que necesitaba que la curaran: una viuda cruel que había envenenado a seis esposos, una joven bella, con el cabello de color rojo fuego. Parpadeó otra vez y encontró a la criatura más despreciable de todas. Observó el rostro ceroso del hombre, relajado por los sedantes. Este hombre estaba dañado, pero no lo estaría por mucho tiempo más. Sería curado, todos podían ser curados...

Dan, el director, se sobresaltó. Sonidos repentinos... Golpes como truenos... Pasos arriba... Su vista se nubló y todo comenzó a girar fuera de control. ¡No ahora! No podían venir a buscarlo ahora. Las autoridades nunca entenderían lo que intentaba hacer.

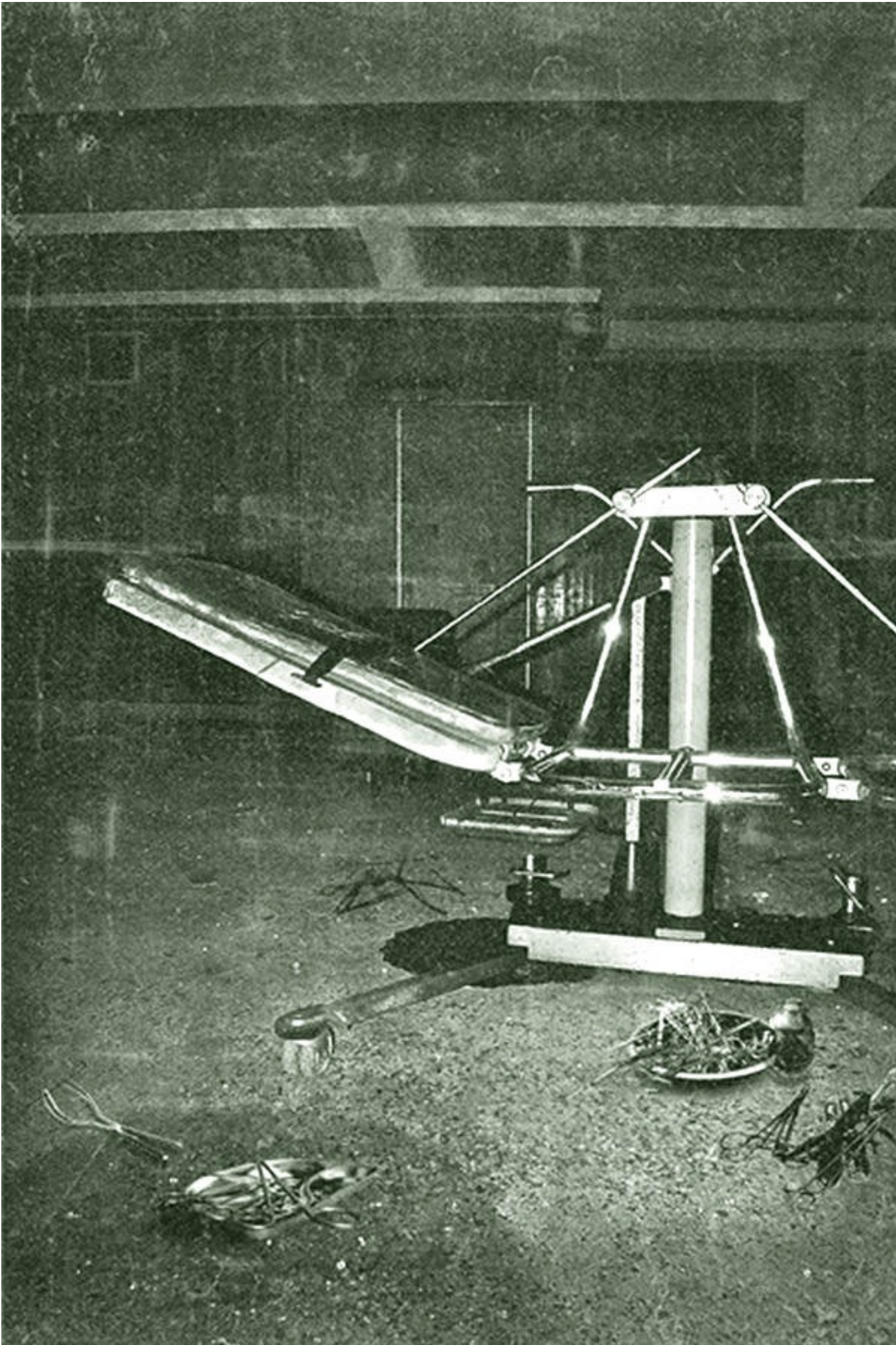
Dan... Dan...

Alguien estaba diciendo su nombre, venían a buscarlo.

—¡Dan! ¿Hola? Dan, ¿estás bien? Me estás asustando, ¡despierta!

Chasquido, chasquido, chasquido.

Dan sentía frío en todo el cuerpo y de pronto se dio cuenta de que estaba acostado en el suelo. El rostro de Abby se materializó por encima de él a medida que fue recuperando la vista. Por un momento se sintió aliviado, pero inmediatamente se avergonzó. ¿Qué pensaría si pudiera ver lo que había en su mente?



CAPÍTULO

No. 22

— Soy yo —dijo Abby. Estaba arrodillada junto a él—. Bueno, ya estás bien, estás bien.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —preguntó, frotándose una parte de la cabeza que le dolía; debía haberse golpeado. Vio que estaba en el suelo, cerca del fichero, rodeado de papeles desparramados.

—No lo sé —dijo Abby—. Acabo de llegar y estabas tendido en el piso.

Se veía tan preocupada que lo hizo sentir mejor. Quizá fuera el alivio de ver su rostro preocupado, o el alivio de que era ella y no un fantasma del pasado hecho realidad; Dan no lo sabía y no le importaba pero, de repente, levantó los brazos, la atrajo hacia él y la besó.

Ambos se sorprendieron.

—Oh, bien —dijo Abby con una inhalación. Sabía a caramelos de menta y bálsamo labial de cereza—. Supongo que ahora podemos dejar de fingir que nos odiamos, ¿eh?

—Supongo que sí —respondió Dan.

Ella le sonrió.

—Y... ¿podemos fingir que nunca dije todas esas cosas acerca de que eras extraño?

—Espera un minuto, ¿qué cosas? —preguntó él.

Abby lo golpeó suavemente en el pecho. Por más agradable que fuera verla sonriendo y riendo otra vez, Dan *realmente* no recordaba que hubiera dicho que era extraño. ¿Lo habría bloqueado también, o se refería a que se lo había dicho a sus amigos artistas? O a Ash.

Dan sacudió la cabeza. No haría eso. Ya no. La había besado y había sido tan bueno como podría haber esperado.

—Deberíamos salir de aquí —dijo Abby—. Este lugar me da escalofríos.

Ayudó a Dan a ponerse de pie. Le dolía la cabeza y estaba más que un poco mareado.

—Oye —dijo él, de pronto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Abby se veía un poco avergonzada.

—Ehh... Fui a tu habitación después de la cena, solo para verte y disculparme por la forma en que he estado actuando. No estabas allí, así que me preocupó que pudieras haber venido aquí solo. Supongo que quería asegurarme de que estabas bien.

Le tomó la mano y ella la apretó por un momento. Subieron las gradas. Cuando estuvieron arriba, Dan se detuvo para apagar las luces. Se volvió para echar un último vistazo a la sala oscura.

Dos puntos brillantes resplandecían en el rincón más alejado.

Era solo una ilusión óptica. Eran las huellas que habían dejado los focos en sus retinas. No los ojos de alguien que lo observaba. Cerró rápidamente la puerta tras de sí.

—¿Por qué te demoras? —preguntó Abby.

Dan se acercó, sacudiendo la cabeza.

—Nada —dijo en voz baja—. Nada. Salgamos de aquí. ¿Tienes hambre? Tengo galletas y pastelillos rancios en mi habitación.

—Suena delicioso —dijo Abby, inclinándose hacia él—. Es una cita.

CAPÍTULO
No. 23

Cuando llegaron a la última puerta, Dan sentía que ya no quería volver nunca más al sótano. Lo que importaba ahora era Abby y lo tibia que se sentía su mano en la suya. Arreglarían las cosas con Jordan y terminaría el verano con sus mejores amigos, afuera, bajo el sol, lejos de toda esta penumbra.

La euforia de Dan duró poco.

Algo horrible había sucedido en la planta baja. Había policías por todas partes, y el vestíbulo desbordaba de estudiantes. Una chica lloraba de forma histérica. Las luces hacían que a Dan le dolieran los ojos después de la oscuridad del sótano.

Intercambiando una mirada preocupada, Dan y Abby intentaron mezclarse con la multitud. Un oficial de policía alto pasó frente a los dos y casi tropezó con ellos. Apenas les dirigió la mirada y siguió su camino por el vestíbulo, apurado, abriéndose paso entre los estudiantes. La multitud se iba apartando lentamente para dejarlo pasar. Llegó hasta la chica que lloraba, la tomó de los hombros y le habló suavemente.

—¿Qué...?

Dan y Abby intentaron ver qué estaba sucediendo, pero había tanta gente que no podían ni moverse.

Otra oficial entró corriendo por la puerta principal. Dan vio las luces azules y rojas de los autos de policía que estaban estacionados fuera. Parecía que había unos cuatro o cinco.

—¡Abran paso! —gritó la oficial—. ¡Esta es la escena de un crimen! ¡Diríjense hacia afuera, ahora mismo! —ella y el policía alto comenzaron a guiar a los jóvenes hacia el jardín. Los estudiantes salieron lentamente, creando un cuello de botella en la puerta. Dan y Abby se desplazaron junto con la multitud, siguiendo las instrucciones de la oficial.

—¿La policía? —susurró Abby. Estaba pálida.

—Intentemos averiguar qué sucedió.

Afuera, un tercer oficial estaba hablando con la chica que lloraba. Todos los demás estaban en grupos, conversando en susurros. Dan vio a Yi y a Jordan. Este último no se veía muy bien. Lo miró con furia, tanto a él como a Abby, y desapareció entre la gente.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Dan.

Yi lo observó con sorpresa.

—Tu compañero de cuarto encontró a un tipo muerto en las escaleras. Uno de los prefectos. Jake... George...

—¿Joe? —interrumpió Dan, y Abby se cubrió la boca con la mano.

—Sí, eso es, Joe. Tu amigo Félix volvía de correr y lo encontró. Parece que hacía rato que había muerto.

«Rato» no podía ser mucho. Dan había visto a Joe en el pasillo justo antes de bajar al sótano. Eso había sido hacía cuánto, ¿una hora? ¿Tal vez menos? Dan necesitaba descubrir

cuánto tiempo había estado allí abajo.

Yi continuó hablando.

—Al menos, eso parecía cuando yo lo vi.

—¿Tú lo viste? —dijo Abby, horrorizada.

—Solo por un instante, después de que Félix comenzara a gritar. Tenía los ojos abiertos, completamente; la mirada... fija. Fue tan escalofriante. Jordan también lo vio. Joe estaba de pie, en la escalera, con una mano apoyada en el pasamanos y la otra sosteniendo su celular...

Como una escultura.

—Oigan —dijo Yi de pronto, sobresaltándolos—. ¿Dónde estaban ustedes dos? ¿Cómo es posible que no supieran nada?

—No estábamos haciendo nada —dijo Abby demasiado rápido. Luego miró a Dan.

—Sí —dijo él—. Eso sonó tan culpable como crees.

—Maldición. Bueno, tienes razón —Abby se miró los pies—. Estábamos juntos, besándonos y eso, ¿está bien?

Dan no iba a discutir esa exageración. En realidad, le gustaba bastante. Y también era una excusa ingeniosa; de esa manera nadie sabría que habían estado explorando la sección antigua.

—¿En la sección antigua? —preguntó Yi.

Abby se encogió de hombros.

—Ustedes dos sí que son extraños —murmuró Yi y después dijo—: ¿saben? Estoy preocupado por Jordan. Ver a Joe definitivamente lo alteró; es decir, nos alteró a *todos*. Pero no se veía bien incluso antes de eso. Estos días casi no me habla y siempre está trabajando en problemas matemáticos que estoy bastante seguro de que no son para ninguna clase.

—¿Crees que las pesadillas lo están afectando? —preguntó Abby.

—Sí. Sigue despertándose en mitad de la noche. Y debe haber ocurrido también algo con sus padres, como que se enteraron de que está aquí o alguna cosa así. En todo caso, tengo la impresión de que es más grave de lo que demuestra. Solo espero que tenga un lugar a donde volver, ¿entienden? —Yi hizo una pausa—. ¿Están pendientes de él?

Abby y Dan intercambiaron una mirada preocupada. Desde que habían discutido, no tenían idea de que Jordan se había puesto así. Dan se sentía culpable; podría haber estado atento, aunque el chico se hubiera alejado.

—Sí, estamos pendientes —respondió. *Lo estamos ahora, al menos.*

Llegaron más policías y comenzaron a dividir a los estudiantes, organizándolos en

grupos más pequeños y manejables, seguramente para interrogarlos.

Maldición, ¿por qué se sentía tan culpable?

—Amigo, ¿te sientes bien? Te pusiste un poco pálido... —Yi lo golpeó ligeramente en el brazo.

—¿Yo? Estoy bien.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Abby, mirándolo—. Ninguno de nosotros está bien, obviamente.

Dos policías, el alto y la que había hecho salir a todos, llegaron donde estaban ellos y los guiaron hacia un árbol.

—Será mejor que inventen una historia creíble —dijo Yi por lo bajo—, antes de que *Mulder* y *Scully* los interroguen. No querrán que sepan que estuvieron en un área prohibida.

Yi giró para hablar con otro chico. Dan casi no podía moverse. ¿Y si Yi tenía razón? ¿Realmente iban a interrogarlos? *Por supuesto que van a interrogarnos: ¡un chico fue asesinado!*

—No estábamos en la sección antigua —dijo, tomando a Abby del brazo—. Estábamos en la sala de estar del primer piso, la que está junto a tu habitación. Tenemos que contar la misma versión de la historia o podrían pensar que tuvimos algo que ver con... con... —no podía siquiera decirlo.

—Pero no estábamos ni cerca del primer piso —Abby lo miró extrañada—. ¿Por qué necesitaríamos una historia?

La sujetó del brazo, alejándola de los otros estudiantes.

—Solo confía en mí, ¿está bien? Piénsalo: los dos estábamos deambulando tarde por la noche. Joe es un tipo fuerte, así que probablemente no sospecharían que tú podrías dominarlo, pero los dos...

—Oye, eso me ofende —dijo, soltando su brazo de un tirón—. Puedo ser de complexión pequeña...

—Diminuta.

—Como sea. No importa, Dan: soy más fuerte de lo que parezco. Y tampoco es que tú seas un gigante musculoso, así que no veo por qué sospecharían de ti y no de mí.

—¿Por qué estamos discutiendo acerca de esto? Eres la Mujer Maravilla, ¿está bien? Eres...

—Di que soy la Viuda Negra.

—Abby...

—*Dilo* —se cruzó de brazos, desafiante.

—Eres la Viuda Negra. Diez veces peor. ¿Contenta? Dios mío, ¿por qué no estás más alterada?

—*Estoy alterada* —gritó, dándole un empujoncito—. Súper alterada. Esto es lo que hago cuando estoy alterada. Digo tonterías. Sin parar. Para distraerme del hecho de que... ¡¡estoy alterada!!

—Bueno, bueno —Dan esperaba que nadie hubiera escuchado eso. Ambos sonaban culpables, aunque no lo fueran. Bien, no culpables de *homicidio*, solo culpables de tener mal criterio y un claro desprecio por las normas poco estrictas acerca de los horarios.

Al menos sabía eso. ¿No es cierto?

—Pobre Félix. Espero que no esté demasiado traumatizado —dijo Abby, volviéndose para buscarlo entre la muchedumbre—. ¿Puedes verlo?

—No —dijo Dan—. Seguramente lo está interrogando la policía.

—Abróchense los cinturones —Yi estaba de vuelta. Se deslizó hacia ellos, murmurando por la comisura de la boca—. Tengo a *Mulder* y *Scully* pisándome los talones.

Dan respiró profundo, preparándose para mentir descaradamente a los oficiales. Lo separaron de Abby, a quien la mujer policía llevó aparte mientras él fue con el oficial alto. Todo el proceso resultó sorprendentemente rápido e indoloro. Le hicieron preguntas estándar: dónde estaba, qué había observado, si recordaba haber visto a alguna persona extraña cerca de la residencia aquel día. Dan dio respuestas vagas, mencionó que estaba en el primer piso con su amiga, que había visto a Joe «más temprano ese día», pero no había notado a nadie sospechoso merodeando por Brookline.

—Gracias —le dijo el policía cuando terminó con las preguntas—. Si ves algo extraño, cualquier cosa fuera de lo normal, díselo a alguien. ¿Está bien, hijo?

—Está bien. Gracias, oficial.

Dan se marchó, aturdido. Acababa de mentirle descaradamente a un policía. ¿Por qué? Explorar el sótano no era lo mismo que cometer homicidio; simplemente no lo era. Tenía que recordárselo una y otra vez. *Olvida tu estúpida coartada: quien lo haya hecho sigue ahí afuera.*

La oficial terminó de hablar con Abby un momento después. Mientras Dan la esperaba, oyó que uno de los policías hablaba con otro en voz baja.

—Probablemente algún vagabundo —decía—. Se emborrachan y deambulan hasta el campus. Lo encontraremos en algún arbusto, ya verás.

Dan se preguntó cómo podría un extraño meterse en la residencia, teniendo en cuenta que la puerta principal se cerraba automáticamente del lado de afuera.

—Su atención, por favor —reconoció la voz del director, de cuando les había hablado los primeros días. En esa ocasión había estado sonriente; ahora se veía cansado,

desarreglado por el sueño y sumamente perturbado.

—Silencio, por favor —repitió, de pie en el primer escalón de la entrada. Los estudiantes fueron bajando la voz y los oficiales se apartaron.

—Gracias. Bien. Sé que ha sido una noche difícil para todos. A primera hora de la mañana, sus padres serán informados de la situación. En este momento tenemos que hacer lo que sea mejor para ustedes, los profesores, los empleados y, por supuesto, lo mejor para la familia de Joe McMullan. La policía realizará una inspección exhaustiva del edificio esta noche y habrá un oficial en cada piso para asegurarnos de que todos estén a salvo. Estoy seguro de que muchos de ustedes tienen preguntas y con gusto me quedaré para ayudarlos como pueda. Al resto les digo: sean prudentes, estén atentos y cooperen plenamente con la policía de Camford. Y tengamos a la familia de Joe en nuestros pensamientos esta noche.

En ese momento algunos alumnos comenzaron a llorar. Delante de Dan, dos chicas se abrazaron, sollozando. Varios chicos rodearon al director, gritando preguntas, hasta que les ordenó que se calmaran y que hablaran uno por uno.

Cuando la policía la dejó ir, Abby se acercó.

—Creo que no tomó nota siquiera de la mitad de lo que le dije. Como sea, estoy exhausta, aunque no creo que pueda dormir —se estremeció—. Desearía que esto solo fuera una pesadilla de la que pudiéramos despertar. Bueno, ¿nos vemos mañana?

Tomó la mano de Dan y la apretó. Él le devolvió el gesto.

—Sí. Trata de dormir. Hablaremos mañana. Envíame un mensaje si me necesitas.

Arrastrando los pies, Abby siguió al oficial que estaba conduciendo a los estudiantes a una escalera de servicio que llevaba a las habitaciones, debido a que la escalera principal estaba acordonada con cinta de la policía. Ya se habían llevado el cuerpo pero, por el momento, seguía siendo la escena del crimen. Dan subió con dificultad detrás de Abby, más que agotado y deseando poder tener un momento para recordar el beso de forma apropiada y olvidar que estaba en Brookline. Allí, donde había un asesino suelto.

CAPÍTULO

No 24

Félix no estaba en la habitación cuando Dan llegó. *Todavía lo debe estar interrogando la policía, pensó.* Se preguntó si la policía lo dejaría regresar esa noche, pero la puerta se abrió y allí estaba el chico. Fue directamente a su cama y se acurrucó sobre ella, abrazándose las rodillas contra el pecho. Todavía llevaba puestos una camiseta y *shorts*. Se veía vulnerable y asustado.

—Oh Dios, Félix, realmente lo siento —dijo Dan—. Nadie debería tener que ver algo así.

El chico temblaba sobre la cama, y eso hacía que se sacudiera.

—¿Quieres hablar al respecto?

Negó con la cabeza. Parecía como si al abrir la boca fuera a comenzar a llorar.

—Si necesitas hablar o lo que sea, sabes dónde encontrarme. A cualquier hora.

Félix no respondió.

Aturdido, Dan realizó mecánicamente su rutina nocturna de lavarse los dientes y preparar todo para acostarse. Un oficial de policía patrullaba el pasillo. Tenía la mano sobre la funda de su arma. Eso hizo que Dan caminara con mucho cuidado por el corredor.

Cuando volvió a su habitación, sorprendentemente, Félix se había quedado dormido. Dan apagó a luz y se metió en la cama con la ropa que llevaba puesta. No quería arriesgarse a despertarlo si se cambiaba. Además, no iba a poder dormir de todos modos. Al acostarse, oyó que algo crujía. Metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó algunas hojas de papel. No tenía idea de cómo habían llegado ahí; recordaba vagamente haber visto un fichero en el anfiteatro de operaciones, pero había perdido el conocimiento antes de llegar hasta él. ¿Su memoria estaba fallando nuevamente? Era extraño, sin embargo, porque ni siquiera podía recordar haber llegado al otro lado de la sala.

Tuvo un pensamiento extraño: ¿y si Abby los había puesto en su bolsillo mientras todavía estaba inconsciente? Sabía que había papeles desparramados a su alrededor cuando volvió en sí. ¿Los habría leído y sabría de Lucy? Ciertamente le hubiera dicho algo si así fuera. Y no se le ocurría ninguna razón por la que ella pudiera haber puesto los papeles en su bolsillo.

Entraba suficiente luz por la ventana como para no necesitar encender la lámpara de su mesita de noche. Alisó los papeles arrugados sobre su almohada. Eran la misma clase de anotaciones que ya había visto.



Llegó a la última hoja. Reconoció la letra en cuanto la vio.

El director.

Un momento de inspiración esta mañana du-
rante el desayuno: existe, creo, una forma de que
mis ideas perduren para siempre. Todos los hombres
buscan la inmortalidad a su manera, ya sea
mediante un legado de hijos que lleven su nombre y
material genético, o a través de la arquitectura, de
la ciencia; y esto se trata simplemente de mi bis-
queda de un legado como ningún otro.

La labor será macabra, es
cierto. No tengo dudas al respecto. Pero Miguel
Ángel tenía sus cadáveres secretos y de la
misma forma yo, un artista de otra clase, debo
correr riesgos y realizar sacrificios --- siempre detesté
esa palabra: sacrificio. Evoca imágenes de salvajes pal-
peando tambones alrededor de una hoguera. Pero deben
hacerse sacrificios y cuán apreciados serán.
Y cuán peligrosos.

Un momento de inspiración esta mañana durante el desayuno: existe, creo, una forma de que mis ideas perduren para siempre. Todos los hombres buscan la inmortalidad a su manera, ya sea mediante un legado de hijos que lleven su nombre y material genético, o a través de la arquitectura, de la ciencia; y esto se trata simplemente de mi búsqueda de un legado como ningún otro.

La labor será macabra, es cierto. No tengo dudas al respecto. Pero Miguel Ángel tenía sus cadáveres secretos y de la misma forma yo, un artista de otra clase, debo correr riesgos y realizar sacrificios...

Entonces, el director había estado realizando sacrificios macabros con sus pacientes. Para crear un legado que llevara su nombre. Dan recordó las fichas que habían visto en la oficina del director: ¡había tantas con la letra N bajo la casilla que decía Recuperado! ¿Cuántas operaciones habían fracasado? ¿Cuántos pacientes habían sido sometidos innecesariamente al dolor y al miedo, todo porque el director buscaba alguna clase de inmortalidad?

Dan continuó leyendo.

Siempre detesté esa palabra: sacrificio. Evoca imágenes de salvajes golpeando tambores alrededor de una hoguera. Pero deben hacerse sacrificios y cuán apreciados serán. Y cuán peligrosos.

Así terminaba la nota. Pero había algo más escrito en la parte de atrás, en la letra ya familiar del director. Al final, una firma. Dos palabras: «Daniel Crawford».



CAPÍTULO

No. 25

La policía encontró al hombre que había matado a Joe al día siguiente, en un bar del centro de la ciudad, con la billetera del prefecto y un garrote. El director convocó a una reunión en el salón Wilfurd para comunicar a los estudiantes que ya se encontraban a salvo, pero que si cualquiera de ellos quería irse a casa, recibiría un reembolso completo del curso. Las clases se reanudarían al día siguiente. Habría terapeutas disponibles para los estudiantes si necesitaban alguien con quien hablar.

Dan encontró a Abby y le preguntó si quería ir a caminar. El jardín carecía de la habitual multitud de chicos lanzando *frisbees* o jugando a las bochas. Todos en el campus estaban de un humor sombrío. Decidieron alejarse de allí por un rato, así que tomaron un camino que llevaba hacia el bosque. No habían andado unos metros, cuando el aire se volvió más frío y la luz más tenue por la gran cantidad de árboles que formaban un arco sobre sus cabezas.

—¿Cómo está Félix? —preguntó Abby después de un rato.

Dan se encogió de hombros. Realmente no sabía.

—No estaba cuando desperté y no lo vi en la reunión. Quizás está con uno de los terapeutas.

—¿Y tú? ¿Te sientes bien? —Abby lo tomó de la mano.

—Sí —mintió. *Cuéntale, cuéntale todo. Deja de guardarte las cosas.* Pero ¿cómo podría contarle? *Oye, resulta que había un director que fue responsable de todas las cosas horribles que pasaron aquí y, ah, ¿adivina qué? Tenemos el mismo nombre. Ah, y he estado teniendo sueños en los que es como si viera a través de sus ojos. Nada importante.*

Al menos, finalmente entendía por qué Sal Weathers y su esposa se habían enfadado tanto cuando les había dicho su nombre.

—Jordan no contesta su teléfono —dijo Abby, e interrumpió sus pensamientos. Las agujas de los pinos crujían bajo sus pies—. Le envié un mensaje de texto anoche cuando llegué a mi habitación y otro esta mañana. Supongo que ya debe haber escuchado que atraparon al culpable, aunque no estoy segura de que haya salido de su habitación. Recibí una respuesta: «Ocupado con tarea». No entiendo por qué se está comportando de manera tan extraña. Es tan diferente del chico que conocí en el autobús...

—Quizá necesita estar solo un tiempo. Es decir, él vio el cuerpo.

—Quizá... pero todo el tiempo pienso en lo que dijo Yi acerca de que estuviéramos pendientes. Solo estoy preocupada, ¿sabes? Me preocupo —dijo ella—. Intentaré llamarlo más tarde. No pierdo nada con intentar, ¿verdad?



No volvió a verla durante el resto del día. Otra vez en su habitación, se encontró mirando fijamente la pared, con sus pensamientos desordenados. Cuando sonó el celular que tenía en el bolsillo, casi se muere del susto.

Relájate, Dan, solo son tus padres. Contestó el teléfono, sabiendo lo que le esperaba.

—Oh, Danny, acabamos de hablar con el director del curso y nos contó que un chico fue asesinado ahí mismo en tu residencia, ¿qué está sucediendo? ¿Necesitas que nosotros...? —su madre hablaba rápido y sonaba aterrada.

Dan la interrumpió.

—Espera, espera, escucha: *atraparon* al culpable, ¿está bien? —se dio cuenta de que casi estaba gritando y bajó la voz—. Estoy bien. Estamos a salvo ahora. Hay terapeutas y además tienen al tipo que lo hizo.

—El director nos dijo que habían «detenido a un sospechoso» —respondió ella de modo estridente—. No sonaba para nada tan convencido como tú.

Dan tenía que sonar convencido, no solo por su madre, sino también por él mismo. Era difícil ignorar el hecho de que, mientras había estado inconsciente teniendo una visión sobre El Escultor, dos pisos más arriba Joe estaba siendo... bueno, *esculpido*.

—Si realmente creyeran que estamos en peligro, cancelarían el curso y nos enviarían a casa —hablaba con toda la autoridad que podía, deseando desesperadamente que Sandy le creyera.

—Supongo que tienes razón. Es solo que... se me rompe el corazón de pensar que estás ahí. ¿Estás con tus amigos? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Y Abby y Jordan también están bien —*más o menos*—. Lo prometo.

—Bueno, si estás seguro...

—Oye, ya que los tengo al teléfono, ¿puedo preguntarles algo?

—Claro, Danny. Espera que te pongo en altavoz —oyó un clic y, de pronto, todo se volvió muy ruidoso del otro lado.

—Hola, papá.

—¿Qué necesitas, Danny? —preguntó Paul.

¿Por dónde empiezo?

—Solo tenía una pregunta acerca de mi... historia familiar, supongo. Quiero decir, lo anterior a ustedes. De cuando era pequeño. Estuve investigando un poco la historia de este lugar, porque, como saben, la residencia solía ser un hospital psiquiátrico y resulta que uno de los directores también se llamaba Daniel Crawford —*con cuidado*...—. Me pareció una, emm, coincidencia interesante. ¿Saben si hay algún parentesco?

—Dan —dijo su padre suavemente—. De verdad, ¿necesitas que vayamos a buscarte? Podemos tomar un avión ahora mismo. No es ningún problema.

—¿Qué? ¡No! Eso no es lo que...

—Hablo en serio. Esto no me gusta nada. Deberías volver a casa; tú no siempre eres,

ya sabes, muy bueno para situaciones así —dijo su padre. Hacía tiempo que no lo escuchaba tan preocupado.

—Danny, cariño, tu padre solo está preocupado; los dos lo estamos —agregó su madre—. ¿Necesitas que llamemos a la doctora Oberst? Si crees que eso podría desencadenar algún tipo de episodio...

—Pero yo no dije nada acerca de querer volver a casa...

—Hospitales psiquiátricos y directores y... ¿Y qué hay de ti, Danny? ¡No parece que te estés cuidando! —era su padre otra vez, y sonaba tan enfadado que parecía que le salía espuma por la boca.

—Cálmate, Paul. Danny, estamos preocupados por ti, eso es todo. Solo intentamos decirte que, si quieres irte, creemos que sería una buena decisión, una decisión lógica. Siempre supimos que esto podría ser demasiado para ti...

—Miren, no importa. No llamen a la doctora Oberst. Por favor, no se preocupen por mí. Debo irme —colgó mientras sus padres seguían protestando.

Paul y Sandy siempre le habían dicho que lo más que podían contarle acerca de sus padres biológicos era información general que no serviría para identificarlos, como el hecho de que habían ido a la universidad, eran sanos y no tenían más hijos. Aparentemente, todo lo que sus padres biológicos tenían que hacer era marcar una casilla diciendo que no querían revelar su identidad y, de repente, se necesitaba una buena razón y una orden judicial para obtener cualquier tipo de información.

Francamente, a él nunca le había importado saber quiénes eran sus inútiles padres. Paul y Sandy eran más que geniales y él sentía que eran su familia.

Pero, de pronto, descubrir su historia parecía lo más importante del mundo. La pieza faltante en ese rompecabezas exasperante, el vínculo entre él y un asesino despiadado. De todos los lugares a los que podría haber ido ese verano, no podía ser un error que hubiera elegido ese.

Brookline era su destino. Estaba en su sangre.

CAPÍTULO

No. 26

Dan revolvió los cajones del escritorio en busca de la foto de Daniel Crawford. Los ojos tachados seguían grabados en su mente, pero el resto de los detalles se había difuminado y necesitaba verla más de cerca. Cuando vació el contenido de todos sus cajones sobre la cama y la fotografía no había aparecido, comenzó a sentir que se le cerraba el pecho. Sin importar cuántas veces revisara la pila de cosas, simplemente no podía encontrarla.

La foto no estaba. La *había* visto, ¿no?

Sí, sí, estaba completamente seguro. Incluso le había preguntado a Félix acerca de ella, así fue como supo de la sección antigua, en primer lugar.

Quizá Félix se la había llevado por alguna razón. No podía imaginar por qué, pero era mejor eso que la alternativa: alguien había estado en su habitación, poniendo fotografías espeluznantes en sus cajones y después llevándoselas. Buscó bajo su cama, donde había escondido la carpeta, casi esperando que tampoco estuviera ahí.

Pero no, allí estaba, exactamente como la había dejado.

Quería asegurarse de no haber pasado nada por alto la última vez. Quizás hasta había puesto ahí la fotografía y no lo recordaba. Abrió la carpeta. Allí, encima de la pila de papeles, había una nota escrita en la letra que ya le resultaba familiar. Esta ni siquiera estaba dentro de un sobre.

En un mundo loco, solo los locos están cuerdos.

A piece of aged, slightly wrinkled paper is placed on a dark green background with a repeating floral pattern. The paper has a horizontal crease across its middle. Handwritten in black ink on the paper is a Spanish quote. The text is written in a cursive script and is split by the crease.

En un mundo loco,
solo los locos están cuerdos.

Arrojó la carpeta violentamente al otro lado de la habitación. Los papeles salieron volando.

—¡No soporto más esto! —gritó. Un momento después, llamaron a la puerta y un chico de la habitación contigua, Thomas, asomó la cabeza.

—¿Te encuentras bien, amigo? —preguntó.

Dan asintió, demasiado alterado como para poder decir algo coherente.

—Porque si hay algo de lo que quieras hablar, es decir, acerca de Joe y eso, hay terapeutas... o yo podría, ya sabes, si lo necesitas... —su voz se fue apagando.

—No, amigo, está bien; gracias por preguntar —dijo, inflando las mejillas en lo que esperaba que pareciera una sonrisa.

Thomas cerró la puerta encogiéndose de hombros.

Dan no quería ayuda, y definitivamente no necesitaba que le tuvieran lástima.

Durante la cena, Abby estuvo callada. Hundida en su silla, se comía las uñas y miraba fijamente su puré de papa. Dan seguía pensando en lo poco que sabía acerca de su acosador misterioso. Aunque todos en el comedor estaban notablemente más apagados de lo normal, sentía como si toda la tristeza de la sala se originara en su mesa.

Finalmente, Abby habló.

—Estaba pensando que debemos ser personas horribles. Es decir, personas realmente horribles.

—Yo... humm. En realidad, no es lo que yo estaba pensando, pero continúa.

—Es Jordan —dijo ella, hundiéndose más en la silla—. Siento que le hemos fallado por completo.

—¿Cómo? Le has estado enviando mensajes constantemente. Sabe que estamos tratando de ponernos en contacto con él.

—Eso no es suficiente. Deberíamos ir a verlo. Tenemos que lograr comunicarnos con él de otra forma; somos como su familia o ese chico de su escuela que lo abandonó.

—Abby, si quiere que lo dejen en paz...

—Pero no *quiere* eso. Todos procesamos el estrés de formas diferentes. Creo que se está escondiendo; como que piensa que sería una carga para nosotros o algo así si nos contara lo que le sucede. Quiero que sepa que eso no es verdad.

—Lo sé, pero de todas formas me preocupa invadir su espacio. Tal vez deberías enviarle otro mensaje.

—A veces, Dan, los amigos deben ponerse firmes y decir: «Oye, idiota, estamos contigo siempre. No vamos a desaparecer cuando te pongas cascarrabias o te enfades: estamos en esto hasta el final. Estamos juntos en esto».

—Ves, por eso me gustas tanto —dijo, y se sorprendieron ambos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Tienes razón. Deberíamos ir a verlo.

—Tengo clase de Arte Figurativo hasta las nueve. ¡Falta tanto para esa hora! ¿Crees que podrías ir después de cenar? Yo iría después de clase. Significaría mucho para mí.

—Claro, no hay problema. Le diré lo que dijiste, aunque creo que omitiré la parte de «oye, idiota». Espero que no te importe...

—No —dijo riendo—. Probablemente sea una buena idea. Gracias, Dan. ¿Nos vemos después?

Asintió y le hizo un gesto de despedida con la mano mientras ella tomaba su bandeja y se iba a clase. Dan salió del comedor unos minutos después y siguió el conocido camino de vuelta a la residencia. Solo quedaban dos semanas de clases y entonces todos volverían a casa. No estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Al menos, Pittsburg no estaba demasiado lejos de Nueva York. Seguramente sería un viaje fácil en tren.

Dos oficiales de policía continuaban controlando el vestíbulo. Estaban ahí para tranquilizar a los estudiantes, pero a él lo ponían incómodo, como si hubiera algo sin resolver que no les hubieran dicho. El policía alto que lo había interrogado lo saludó con la cabeza cuando pasó. Dan intentó no darle demasiada importancia al hecho de que lo hubiera reconocido.

No había nadie en los pasillos en el piso de Jordan. Notó que la mayoría de los estudiantes había decidido permanecer fuera y lejos de Brookline el mayor tiempo posible aquel día. Eso solo reafirmaba la sensación de que Jordan estaría en su habitación, ya que parecía decidido a evitar la compañía de otros seres humanos.

Nadie respondió cuando llamó a la puerta. Tocó un poco más fuerte y esperó, luego apoyó su oreja contra la puerta, preguntándose si Jordan estaba allí adentro y se rehusaba a responder. Pero no, no podía escuchar nada dentro de la habitación. Sin pensarlo, probó el picaporte. La puerta se abrió.

No había nadie adentro. La habitación estaba helada. El sector de Yi se veía normal, un poco desordenado, pero la parte de Jordan estaba cubierta desde el suelo hasta el techo con trozos de papel amarillo de sus blocs, todos escritos por él. Entró y se acercó a una de las paredes empapeladas. Se inclinó para ver más de cerca. Era matemática de un nivel que no podía ni empezar a entender. Se preguntó si siquiera tenía sentido para Jordan.

—El problema imposible de resolver —murmuró Dan.

La superficie del escritorio también había desaparecido bajo una montaña de hojas amarillas. Encima de todo, sin embargo, había dos fotos que habían sido impresas en papel normal de computadora. Esas fotografías... Dan las levantó. Ambas eran de Abby, Jordan y él, juntos. Los tres estaban de pie uno junto al otro, abrazados, sonrientes. ¿Cuándo las habían tomado? No recordaba haber posado para ninguna de las dos y eso lo asustó

inmensamente. Nunca había tenido lapsus de memoria tan grandes como estos.

Casi tan alarmante como la aparente amnesia de Dan, era el hecho de que su rostro había sido tachado de tal forma en ambas fotografías que el papel se había rasgado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Maldición! —Dan se volvió, dejando caer las fotos—. ¡Casi me matas del susto!

—¿Crees que me importa? —Jordan tenía el cabello mojado y una toalla en la mano; evidentemente acababa de volver de la ducha. Señaló la puerta con el dedo—. ¡Vete!

—Espera, Jordan; solo quería ver si estabas bien. ¡Eso es todo! No quise...

Jordan lo tomó del brazo y lo arrastró unos pasos.

—¡No me importa lo que quisiste hacer! ¡Vete de aquí!

Dan corrió hacia el pasillo, encogiéndose cuando escuchó el portazo detrás de él. Buscó su celular con torpeza y le envió un mensaje rápido a Abby. Simplemente decía «Jordan muy enfadado».

Eso era ira, verdadera ira, y Dan parecía ser la razón. Pero ¿por qué? ¿Qué podía haber hecho? ¿Qué habría ocasionado que Jordan lo odiara tanto?

Un momento, ¿podía ser que *Jordan* fuera su acosador?

Eso sí que era paranoia.

CAPÍTULO

No 27

Dan sintió aroma a menta. Su oficina siempre olía a menta. La joven secretaria dejaba una lata de caramelos de menta abierta sobre su escritorio todas las mañanas y él se los comía a lo largo del día. Julie era su nombre. Joven y bonita; demasiado bonita y demasiado joven para estar trabajando en un lugar como ese.

Había un informe a medio terminar sobre el escritorio, frente a él. Este aspecto de su trabajo, el papeleo, siempre le molestaba. Para eso eran los asistentes, maldición, pero no se podía contar con ellos para nada. Se acomodó los lentes y, saboreando una menta, volvió al asunto que lo ocupaba.

¿En qué estaba? Ah, sí. Escribía.

Cada víctima había sido estrangulada, aunque algunas se habían defendido y las señales de ello eran evidentes por los cortes y golpes que habían recibido. Según consta, las víctimas que habían sido colocadas como si estuvieran batiendo se veían extraordinariamente convincentes, al igual que las que estaban ubicadas en el resto del bar, sentadas y de pie. Por Dios, la planificación que habría requerido lograr eso --- Un cadáver alcanza su mayor nivel de rigidez aproximadamente doce horas después de la muerte. Haber matado a los clientes de todo un bar y después haber estado entre los muertos durante horas --- Debo admitir que incluso yo estaba escéptico de que el tratamiento pudiera ayudar a un hombre tan profundamente perturbado.

Finalmente, el tratamiento de shock insulínico resultó exitoso y dos semanas en la Habitación Oscura han mejorado el temperamento del paciente. Parece casi dócil. Estoy cerca de lograr algo sorprendente con este hombre. Habrá más sesiones; la próxima será el jueves, y continuará el monitoreo de su comportamiento.

Daniel Crawford, Director

Cada víctima había sido estrangulada, aunque algunas se habían defendido y las señales de ello eran evidentes por los cortes y golpes que mostraban. Según consta, las víctimas que habían sido colocadas como si estuvieran bailando se veían extraordinariamente convincentes, al igual que las que estaban ubicadas en el resto del bar, sentadas y de pie. Por Dios, la planificación que habría requerido lograr eso... Un cadáver alcanza su mayor nivel de rigidez aproximadamente doce horas después de la muerte. Haber matado a los clientes de todo un bar y después haber esperado entre los muertos durante horas... Debo admitir que incluso yo estaba escéptico de que el tratamiento pudiera ayudar a un hombre tan profundamente perturbado.

Felizmente, el tratamiento de shock insulínico recurrente y dos semanas en la Habitación Oscura han mejorado el temperamento del paciente. Parece casi dócil. Estoy cerca de lograr algo sorprendente con este hombre. Habrá más sesiones; la próxima será el jueves, y continuará el monitoreo de su comportamiento.

Habiendo completado el informe, lo firmó con su nombre.

Daniel Crawford, Director.

Observó la firma y lo firmó otra vez. Y otra. Escribió su nombre cada vez más rápido, el bolígrafo volaba por la página. Daniel Crawford, Daniel Crawford...

La página desapareció frente a sus ojos. Podía ver cadáveres bailando, escuchaba un disco sonando de fondo. Era la melodía de la cajita de música de Lucy. Y entonces iba cayendo por la madriguera del conejo, cayendo y él...

... despertó de su siesta sobresaltado. Dan ni siquiera se había dado cuenta de que se había quedado dormido. ¿Cuál había sido el sueño? Se concentró antes de que se esfumara... Una vez más, veía a través de los ojos del director como si fueran los suyos. Se sentía tan real. Incluso recordaba haber escrito el informe, con la propia mano del director. Si lo pensaba detenidamente, podía saborear los caramelos de menta.

Salió de la cama, medio dormido todavía. Sobre la mesita de luz, su celular se iluminó con una fotografía de Abby. Un mensaje de texto apareció debajo.

Terminó la clase. Están repartiendo helado en el jardín.

Quiero noticias de Jordan. ¿Nos vemos en cinco?

¿En cinco? Rayos, no tenía tiempo de ducharse. Dan verificó su aliento ahuecando la palma de su mano ante su boca y soplando. Podría haber estado mejor.

Localizó goma de mascar en su mochila, pero solo probar la menta lo descompuso. ¿Qué más le arruinaría Daniel Crawford?

Aparentemente, la tentación del helado había vaciado la residencia, tanto de estudiantes como de policías. Trotó por el silencioso pasillo hacia las escaleras de servicio. En el primer piso tomó el pasamanos como siempre y se balanceó hacia el siguiente tramo

de escalera. Pero una figura oscura lo sobresaltó y tropezó, de modo que casi choca contra ella. La esquivó justo a tiempo, deslizándose hacia la derecha y tomándose del pasamanos opuesto.

Al principio, supuso que se trataba de una mochila que alguien había dejado caer, o quizás un balde que alguno de los encargados de mantenimiento había olvidado. Pero no, era más grande y, oh, Dios, era una *persona*. Allí, con un brazo sobre sus piernas y el otro apoyado sobre su cabeza, estaba el compañero de cuarto de Jordan, Yi. Por un segundo, las extremidades de Dan se negaron a cooperar. No podía moverse.

Oh, Dios, está muerto, oh, está muerto, está muerto...

Entonces, se arrodilló, tomó a Yi por los hombros y lo sacudió suavemente.

¿Qué dicen siempre los folletos sobre seguridad? ¿No mueva a alguien que se haya caído porque podría empeorar la situación?

—No, no, esto no puede estar sucediendo. Esto *no está* sucediendo —susurró Dan, tanteando cuidadosamente la camiseta de Yi. Presionó su palma contra el pecho del chico y esperó. Comenzó a reír de forma histérica con alivio cuando sintió el latido de su corazón.

—Yi, Yi, ¿puedes oírme? —lo sacudió nuevamente. No hubo respuesta. Sacó el celular de su bolsillo y marcó el número de emergencias frenéticamente. ¿Sería mejor llamar a la seguridad del campus? Estarían más cerca, por cierto. ¿Adónde habían ido todos los policías?

—Sí, ¿hola? Necesito ayuda. Estoy en la Residencia Brookline, en el campus. Lo siento, eh, Camford, Universidad New Hampshire. Mi amigo está inconsciente. Parece que fue atacado ¿o quizá se cayó? No lo sé. Está respirando, no puedo despertarlo, pero definitivamente tiene pulso...

La operadora insistió en que permaneciera en la línea y, aunque seguramente pasó solo un momento antes de que llegara la policía, a Dan le pareció una eternidad. Mantuvo su mano sobre el hombro de Yi y le dijo una y otra vez que todo iba a estar bien, que él iba a estar bien, que todo estaba bien. Después de un rato, comenzó a decir tonterías; las palabras salían a borbotones de su boca, mientras intentaba no entrar en pánico. Trató de no prestar atención al hecho de que uno de los tobillos de Yi estaba cruzado cuidadosamente sobre la otra pierna, como si simplemente se hubiera sentado en la escalera a descansar. Finalmente, los oficiales de policía llegaron. Uno de ellos lo ayudó a ponerse de pie, le dio una palmada en la espalda y le dijo que esperara abajo.

Llegaron más policías y más, y después los paramédicos. Dan respondió sus preguntas, aturdido. No, la escalera no estaba resbalosa; no, no había movido a Yi en absoluto; sí, había llamado en el instante en que lo encontró. No, no conocía a nadie que pudiera querer lastimar a Yi. Hicieron que se sentara en un banco en el vestíbulo mientras la policía custodiaba la puerta. No permitían que nadie entrara, y los oficiales asignados a cada piso les dijeron a los alumnos que estaban en sus habitaciones que se quedaran exactamente

donde estaban.

Por las ventanas del vestíbulo Dan podía ver estudiantes que se agrupaban y miraban hacia adentro, tratando de descubrir lo que estaba pasando. Para cuando se le ocurrió mirar su celular, tenía seis mensajes de texto, todos de Abby.

Los policías se alteraron y entraron. ¿Dónde estás?

y

¿Dan? ¿Estás bien? ¿Qué sucedió? ¿Ves a los policías ahí dentro?

Los mensajes denotaban cada vez más pánico, hasta que el último era solo un montón de signos de exclamación y de pregunta.

«Estoy bien», respondió. «Encontré a Yi. Se cayó por la escalera o algo así». Dan levantó la vista de su teléfono. Los paramédicos llevaban a Yi en una camilla, tenía una sábana apretada sobre el pecho. «Lo están llevando a la ambulancia».

En cuanto los paramédicos llegaron a la puerta, dos policías se acercaron rápidamente para acompañarlos afuera y controlar a la multitud que esperaba para dar un vistazo. El ruido que entraba desde el jardín era ensordecedor, una masa de gritos, llanto, y el estruendo de sirenas de ambulancia.

Abby respondió enseguida.

¡Oh! ¡Pobre Yi! Los veo llevándolo a la ambulancia, ¿estás bien?

Dan estaba agradecido por su preocupación. «Bien», respondió, aunque solo fuera una verdad a medias. Porque mientras los policías lo interrogaban, caminaban de un lado a otro y lo interrogaban un poco más, Dan solo podía pensar que Yi se veía tan inmóvil, inmóvil como una escultura. Por sus preguntas, quedaba claro que los oficiales no creían que el asesinato de Joe y este incidente estuvieran relacionados. En primer lugar, Yi continuaba con vida, y en segundo, el supuesto asesino estaba detenido. Pero, al mirar los rostros de los estudiantes que estaban afuera, Dan supo que todos estaban pensando lo mismo: Brookline no era un lugar seguro.

—¿Muchacho?

Dan levantó la vista lentamente de su teléfono hacia el policía que se encontraba de pie frente a él. No recordaba su nombre, aunque sabía que el oficial se había presentado en algún momento durante el interrogatorio. Simplemente no tenía la energía suficiente para recordar.

—Puedes irte —dijo el oficial, apuntando hacia la puerta con la cabeza—. Queremos que todos se queden afuera por el momento. Han solicitado que se reúnan en el comedor.

Abby estaba justo fuera de la residencia, esquivando a los oficiales que intentaban hacer que se retirara. Cuando lo vio, corrió hacia él.

—¡Hola! ¿Estás... realmente estás bien? —le dio un fuerte abrazo.

—Eso ayuda.

Nadie estaba logrando que los estudiantes dejaran la escena. Había demasiada conmoción. Dan miró hacia el resplandor de las sirenas y vio que hasta los profesores y la gente de la ciudad se habían despertado con la agitación. Pequeños grupos de estudiantes susurraban bajo los árboles, y vio algunos rostros familiares, entre ellos los de algunos prefectos y profesores, incluyendo a la profesora Reyes y, *espera, ¿qué demonios?*, la esposa de Sal Weathers. Su rostro delgado y sombrío resultaba más fantasmagórico bajo las luces azules de los automóviles policiales. La profesora Reyes se abrió paso entre la multitud y estaba llamando a un oficial. Parecía estar gritándole, discutiendo. Cuando Dan intentó ubicar a la esposa de Sal nuevamente, se había ido.

Se unieron al mar de chicos que estaban entrando al salón Wilfurd.

—Es demasiado horrible para siquiera pensarlo —dijo Abby—. ¿Crees que estará bien?

—No lo sé. Es decir, respiraba, pero estaba inconsciente. Puede haber sido una caída, no lo sé. Solo espero que esté bien.

Adentro, los estudiantes se movían de un lado a otro atolondradamente. Algunos de los amigos artistas de Abby se acercaron a ellos corriendo y bombardearon a Dan con preguntas. *Ah, claro, yo estaba ahí. Lo encontré. Por supuesto que todos lo saben.* Finalmente, Abby intercedió y les pidió que le dieran un poco de espacio.

—Gracias —les dijo Dan, cuando se fueron—. No estoy seguro de poder soportar más preguntas en este momento. La policía ya me interrogó bastante.

Los preceptores habían llevado el helado adentro y lo colocaron sobre las mesas del bufet para que los estudiantes se pudieran servir. También había una mujer joven con una redecilla torcida que estaba haciendo malteadas.

—¿Se supone que esto nos hará olvidar? —preguntó Abby, alzando la mirada. Pero entonces vio a Jordan, solo junto a las ventanas. Le pellizcó el codo a Dan—. Llévemole algo. Él y Yi son amigos; debe estar desolado.

—No estaba muy feliz de verme cuando fui a visitarlo —dijo Dan—. De hecho, me dio la impresión de que estaba realmente enfadado conmigo.

—Sí, vi tu mensaje —respondió ella rápidamente—. De todos modos, creo que deberíamos decirle algo.

—Claro, seguro. Solo... acerquémonos con precaución, ¿sabes? No tengo muchas ganas de que me ataquen en este momento.

Esperaron su turno para pedir una malteada para Jordan. Dan escuchó a los chicos que estaban delante de ellos hablando de sus planes de irse. Se le fue el alma a los pies. ¿Esto quería decir que el curso se había terminado definitivamente? Sospechaba que la única razón por la que no lo habían cancelado después del asesinato de Joe era que habían arrestado a un sospechoso tan rápido, pero otro incidente... Bueno, era fácil entender por

qué la gente estaba sacando conclusiones.

Con las malteadas en la mano, Abby y Dan se acercaron a Jordan. Sus blocs y su bolígrafo no estaban por ninguna parte. Había vuelto a llevar su dado de múltiples caras y lo giraba en su mano como si quisiera sacarle brillo a las puntas. Estaba mirando fijamente a través de las ventanas hacia el jardín; todavía llevaba su bata de baño azul y un par de pantuflas de gamuza marrones.

Cuando los vio, dijo en tono desafiante:

—No la quiero. No necesito de su lástima.

—Entonces nos iremos. Te dejaremos solo —respondió Abby. Puso la malteada sobre la mesa junto a él—. Pero queríamos que supieras que estamos aquí si nos necesitas —se volvió para marcharse, indicándole a Dan que la siguiera con la cabeza.

—Esperen...

—Jordan tomó la malteada, sosteniéndola con ambas manos. Tenía grandes ojeras y el cabello despeinado. Las luces de los autos de policía que estaban afuera se reflejaban en su rostro y lo teñían de rojo, luego de azul y de pálido espectral.

Por un momento mantuvo la mirada en el vaso que tenía en las manos. Entonces, levantó lentamente la cabeza para mirarlos.

—Gracias. Por la malteada y... gracias.

—¿Cómo estás? —preguntó Dan.

Jordan suspiró.

—No parece real. Es decir, *quizá* se cayó, pero ¿vieron a todos esos policías? No hay manera de que simplemente se haya caído —tomó un gran sorbo de la malteada—. ¿Qué puede haber hecho Yi? Es un buen chico, un poco parlanchín, pero bueno.

El director del programa llegó y les informó con voz trémula que la residencia había sido inspeccionada en su totalidad y ya podían volver a sus habitaciones. Nadie parecía ansioso por dejar el comedor.

—Vamos —dijo Abby. Puso su mano sobre el brazo de Jordan—. Volvamos a tu habitación.

—Puedo ir solo.

Aquí vamos de nuevo... Dan se preparó para el exabrupto.

Pero Abby ignoró su tono.

—Ya sé que puedes, tonto, tienes piernas. Pero vayamos juntos. Nadie debería estar solo esta noche.



CAPÍTULO
No. 28

La caminata de vuelta fue silenciosa; los tres volvieron a entrar a Brookline arrastrando los pies. *La residencia nunca se había visto tan fea, pensó Dan, tan enorme y deteriorada.* Ahora era la escena de un asesinato y posiblemente de un ataque, sin mencionar los siniestros experimentos que había escondido alguna vez.

Jordan los guio por el pasillo hasta su habitación. Mientras buscaba la llave en su bolsillo, Dan se preguntó qué diría Abby cuando viera el cuarto empapelado con las ecuaciones matemáticas de Jordan.

Pero cuando Abby entró en la habitación detrás de Jordan, no hubo señal de sorpresa ni gritos de espanto. El cuarto estaba limpio. Ni un trozo de papel amarillo a la vista, el escritorio y la cama estaban vacíos, y hasta había un par de posters en las paredes. Tampoco había rastros de las fotografías mutiladas.

Dan miró a Jordan, pero él se había desplomado sobre la cama y tenía la mirada fija en sus pies. Por un momento, Dan dudó de su memoria. ¿Podría haber imaginado el estado en que había visto la habitación? ¿Las fotografías? Ciertamente era extraño que Yi no hubiera mencionado nada acerca de la explosión de papeles cuando habló con ellos acerca de lo preocupado que estaba por Jordan. O tal vez él había limpiado deliberadamente para alterarlo. Después de todo, estaban las fotografías que Jordan había tachado. Ahora que Dan lo pensaba, quizá fuera él quien había escondido la fotografía tachada del director.

Pero ¿podía Jordan ser el responsable de todas las cosas extrañas que le estaban sucediendo? Era la segunda vez que Dan se hacía esa pregunta en la misma noche.

Abby puso a calentar agua y se sentó junto a Jordan en la cama.

—Bueno, sé que todos estamos un poco alterados y afligidos, pero hay algo que necesito decirles —dijo Abby. Se acomodó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja y pronunció las siguientes palabras con la delicada sinceridad que a Dan le resultaba tan adorable—. Mi tía Lucy aún está viva.

¿Una Lucy adulta? ¿Entonces no había muerto después de la operación?

—Pero ¿cómo...? —Jordan dejó de hablar.

—¿Cómo lo sé? —dijo Abby.

Dan también quería saber. Era evidente que Abby había estado investigando también y lo había mantenido en secreto con éxito. Tenían eso en común.

—¿Vieron la pequeña iglesia camino a Camford? —dijo ella—. Dan y yo pasamos por ahí cuando fuimos a cenar aquella noche y pensé... bueno, que podrían tener información sobre Lucy. Es decir, suponiendo que *había* estado aquí cuando era una niña, se me ocurrió que no podría haber ido lejos cuando Brookline cerró.

—¿Ajá...? —dijo Dan, maravillado por su calmada racionalidad.

—Fui ayer por la tarde. El pastor estaba en su oficina; es un anciano agradable, más bajo que yo, y fue muy servicial. Le dije que estaba buscando información acerca de mi tía

perdida, que había vivido en Camford a fines de la década de los sesenta. Buscó el viejo registro de bautismos y comenzamos a revisar los nombres.

Jordan estaba en *shock*. Dan esperaba estar disimulándolo mejor, pero sentía lo mismo.

—Allí estaba: 1973. Fue bautizada con todo un grupo de chicos del orfanato de Camford cuando tenía trece años. El orfanato ya no existe, por supuesto, pero lo importante es que logró salir de aquí y se quedó en Camford. Como dije. *Et voilà*.

—Oh, por Dios, ¿realmente la encontraste? ¿*Hablaste* con ella? —soltó Jordan.

—No, no la he encontrado exactamente. No todavía, al menos.

—Esto es mucho para asimilar —dijo Dan—. O sea... ¿estás segura de que es ella? ¿Estás segura de que es tu tía?

—No tengo la menor duda —respondió Abby—. El nombre... el lugar... el momento... ¿Saben qué es la Navaja de Occam? Es un principio que dice que, cuando hay muchas explicaciones posibles, la más sencilla es probablemente la correcta.

—¿Quién eres y qué has hecho con Abby? —dijo Jordan, y Dan rio antes de poder contenerse. Pero cuando Abby continuó mirándolos fijamente, Jordan alzó los brazos y se encogió de hombros—. Oh, qué demonios. A estas alturas, después de todo lo que ha sucedido, estoy dispuesto a creer cualquier cosa.

Dan asintió. Ya estaban más allá de las coincidencias. Y quizás, ahora que todos estaban siendo tan honestos, Abby y Jordan podían ayudar a poner las piezas de su propio rompecabezas en el lugar correcto.

—Miren, también hay algo que necesito decirles. Yo... —titubeó. Nunca sería tan audaz ni tan transparente como Abby—. Investigué un poco acerca de Brookline en Internet —respiró profundamente para centrarse—. Yi me dijo que cuando Félix encontró a Joe, estaba en una pose extraña. Y esta noche, cuando encontré a Yi en la escalera, también estaba en una pose extraña. No tendría importancia, pero en el sitio que encontré mencionan a un tipo... Era uno de los pacientes de aquí, que era un asesino. Un asesino en serie. Mataba personas y las hacía posar como estatuas...

Según consta, las víctimas que habían sido colocadas como si estuvieran bailando se veían extraordinariamente convincentes.

—Dan, ¿de qué estás hablando? —preguntó Abby.

—Lo llamaban El Escultor y estaba aquí, en Brookline. Yo... también encontré una ficha sobre él en la sección antigua. Aquella vez que Joe nos descubrió. Según la ficha se curó, pero de acuerdo con el sitio, nadie sabe lo que sucedió con él. ¿Y si todavía está por aquí? Es decir, tendría sentido, ¿no es cierto? Como lo que dijiste acerca de Lucy: ¿por qué alejarse si podía utilizar su antiguo hogar como terreno de caza? —Dan deseaba no haberlo dicho de esa manera. La idea de ser cazado por ese monstruo... Por Dios, ¿acaso El Escultor podría ser su acosador? ¿Se habría enterado de alguna manera de que un chico con el mismo nombre que el director, el hombre que había realizado experimentos

extraños con él, iba a hospedarse ahí?

—Tienes que decírselo a la policía —dijo Jordan.

—¿Decirles qué? ¿Qué un hombre que fue tratado aquí hace años volvió para vengarse? —sonaba absurdo saliendo de su boca—. ¿Por qué me creerían?

—¡No me importa si te creen! —gritó Jordan. Hecho una furia, se dirigió hacia la puerta y la abrió—. Atacaron a Yi. Atacaron a mi *compañero de cuarto*. Joe fue *asesinado*. Cualquier cosa que sepas, cualquier cosa que pueda ayudar... tenemos la obligación, por ellos, de decírselo a la policía.

—Jordan tiene razón —dijo Abby. Le sonrió a Dan con compasión—. No necesitas mencionar la sección antigua.

Era como si le hubiera leído la mente. Se sentía culpable de que ella supiera la verdadera razón por la que dudaba de acudir a la policía.

Dan finalmente cedió.

—Tienes razón. Podría simplemente dirigirlos hacia lo que encontré en Internet.

No hacia mí. No hacia Daniel Crawford.

—Al menos es algo —coincidió Abby—. Vayamos a buscar a un oficial ahora y quitémonos esto de encima.

No les tomó mucho tiempo encontrar a un policía. Jordan y Abby flanqueaban a Dan mientras se acercaba, como si temieran que cambiara de opinión.

—Disculpe —dijo Dan, con un poco de vergüenza. Los policías siempre lo ponían nervioso, aunque no hubiera hecho nada malo. El oficial se volvió. El nombre que tenía en su uniforme era «Teague». Era de estatura baja, ancho de hombros, y tenía un bigote castaño que comenzaba a ponerse gris—. ¿Disculpe? Hola. Soy estudiante del curso aquí... Solo quería aportar cierta información, oficial.

—Oh, ¿de qué se trata? —dijo el policía, cruzándose de brazos.

—Bien... Es solo que estuve leyendo sobre Brookline en Internet. Por curiosidad, para saber más acerca de la Universidad y eso.

—Un asesino en serie vivía en el manicomio —dejó escapar Jordan. *Ahora no hay vuelta atrás...*

—Continúa —dijo Teague, asintiendo.

Pero Dan ya se había dado cuenta de que sería inútil. El oficial tenía esa mirada, la mirada escéptica y la sonrisa que no es una sonrisa sino una pista sutil de que, aunque estuviera escuchando, no estaba interesado en lo más mínimo en tomar en serio a un grupo de chicos alterados.

Con cuidado de no mencionar nada que hubiera descubierto en sus visitas a la sección antigua, Dan le dijo al policía todo lo que sabía acerca de El Escultor. Mencionó la

similitud entre los asesinatos de la década de los sesenta y lo que le había ocurrido a Joe, y después a Yi.

—*Tomaré nota de ello* —dijo Teague cuando Dan terminó.

—Ni siquiera escribió nada —señaló Jordan ásperamente.

—Tomaré nota de ello —el policía miró a Jordan con frialdad—. Miren, he vivido en Camford toda mi vida. Sabemos acerca de El Escultor, ¿está bien? Era imposible crecer aquí y no enterarse de los locos que enviaban a este lugar. *Especialmente* ese hombre, Dennis Heimline. Ese es un nombre que no olvidaré —se acomodó el uniforme y se inclinó hacia Dan—. Murió en 1972, el mismo año que este lugar cerró.

¿Muerto? ¿Se le habían cruzado los cables a Sal Weathers? Dan no sabía en quién confiaba menos, si en un autodenominado historiador loco o en un policía local. Pero tendría sentido que la policía le hubiera seguido el rastro a Heimline.

—Podría tratarse de un imitador —sugirió Dan—. No es difícil encontrar información sobre El Escultor *on line*; cualquiera podría buscarlo e imitar sus crímenes.

El oficial suspiró, desestimándolo.

—Mira: tenemos detenido al hombre de ayer por la noche. ¿Lo de hoy? Fue un accidente. El chico se resbaló y se cayó, o algo por el estilo. Así que, ¿esto? —los señaló—. Lo que están haciendo es hablar porque están asustados. Deberían ir a ver a uno de los terapeutas y dejar de perseguir fantasmas.

CAPÍTULO

No. 29

A l día siguiente se cancelaron las clases y Dan pasó la mayor parte del día en el jardín, viendo a los estudiantes que dejaban el curso. Abby tenía varios amigos que habían decidido irse y quería que Dan y Jordan estuvieran con ella para las despedidas. No había esperado que una tarea tan simple lo agotara, pero ver cómo persona tras persona le lanzaba miradas de lástima o temor realmente le desgastó los nervios. Lo que pensaban estaba muy claro: que estaba loco por seguir en el curso.

Félix decidió quedarse. Él se alegró por su compañía. No podía ni imaginar dormir ahí solo.

Exhausto después de un día largo, Dan debería haberse dormido enseguida esa noche. Pero, aunque su cuerpo estaba cansado, su mente permanecía inquieta. Se dormía y se despertaba cada media hora.

El reloj que estaba en su mesita decía que eran las 2:57. Félix roncaba en la cama vecina. Por la ventana abierta entraba una brisa fresca que hacía volar las cortinas. Se dio cuenta de que a ese paso no iba a poder dormirse y decidió ir a buscar algo para comer en las máquinas expendedoras. Con cuidado para no hacer ruido, salió de la cama, se puso una camisa y tomó su celular y su billetera. Decidió no cambiarse los pantalones deportivos, pensando que si un policía lo veía parecería menos sospechoso que acababa de salir de la cama. Siempre podía decir que era sonámbulo.

Cerró la puerta suavemente y comenzó a caminar por el pasillo. No había policías a la vista. De puntitas, bajó silenciosamente las escaleras hasta la planta baja, obligándose a no pensar en Yi ni en Joe. Echó un vistazo al pasillo pero, nuevamente, no había policías. ¿Dónde estaban todos? Acababa de llegar a las máquinas expendedoras y se había metido la mano en el bolsillo para buscar monedas, cuando una mano pesada lo tomó por el hombro. Se volvió de prisa y dejó escapar un suspiro. Solo era Jordan.

—Casi me matas del susto, Jordan —y eso era quedarse corto. Dan apoyó la palma de su mano sobre su pecho, sintiendo su corazón.

—Lo siento. No fue mi intención. Pensé que sabrías que era yo. Bueno, ¿para qué querías verme? —susurró.

—¿De qué estás hablando? —Dan estaba confundido.

—¿Tú me citaste aquí? —Jordan sonaba irritado—. *Pensé que era importante.*

—No, definitivamente YO no...

—Son las tres de la mañana. No tengo ganas de jugar —murmuró Jordan—. Al menos ven a mi habitación para que los policías no nos atrapen.

Cuando estaban a salvo arriba, Jordan sacó su celular y le mostró el mensaje. Efectivamente, había un mensaje de el número de Dan pidiéndole a Jordan que se reunieran en las máquinas expendedoras a las tres para hablar de algo urgente.

—¿Satisfecho? —preguntó Jordan.

¿Qué podía decir? Dan permaneció viendo el mensaje, parpadeando, mientras el alma se le iba a los pies. No tenía ningún recuerdo de haber enviado ese mensaje; en realidad, ni siquiera había considerado pedirle a Jordan, ni a nadie, que se reuniera con él. Había decidido buscar algo para comer solo unos minutos antes. ¿Cómo podría haber planeado esto?

—Te lo juro, Jordan: yo no envié eso —sonaba como si estuviera suplicando.

—Revisa tu teléfono.

—¿Qué?

—Revísalo. Ahora. Quiero ver tus mensajes enviados —tendió la mano, esperando que Dan le diera el teléfono.

—No sé qué prueba esto —murmuró. Pero recordó los extraños correos electrónicos que habían aparecido en su teléfono, así que ni siquiera se sorprendió al ver el mensaje en su carpeta de Enviados. No importaba, porque *él no lo había enviado*. Estaba seguro. Pero Jordan no iba a creerle.

—¿Qué estupidez es esta, Dan? —siseó Jordan. Se quitó los lentes y se frotó los ojos con las manos—. Realmente no puedo lidiar con lo que sea que estés tramando, sin importar cuál es tu juego. Yi está en el hospital, tengo que dormir solo en este maldito basurero espeluznante y ahora tú estás haciendo... ¡lo que sea que sea esto! —Jordan se restregó la cabeza—. Creo que deberías irte ahora. Necesito dormir.

De pronto, hacer que su amigo le creyera era más importante que cualquier otra cosa. Necesitaba que *alguien* le dijera que no estaba volviéndose loco.

—Jordan, tienes que confiar en mí. Yo no envié esto. No sé quién lo hizo, pero... — Dan volvió a mirar su teléfono y el de Jordan, que podría haber estado quirúrgicamente injertado a su mano, ya que nunca lo dejaba. ¿Podría ser que él estuviera detrás de todos los mensajes extraños?

No, era una idea ridícula. Imposible. Dan solo estaba dando manotazos de ahogado y buscando a cualquiera que pudiera culpar. *Cualquiera menos tú mismo*.

—Pero está en tu teléfono, así que evidentemente estás mintiendo. ¿Por qué te molestas en negarlo? —preguntó Jordan—. ¿Con qué sentido?

—Mira... Esto es estúpido. No te envié ese mensaje. Me voy a la cama.

—Sí: huye, Dan. Muy maduro.

Se marchó con un resoplido frustrado. Mientras volvía a su habitación notó que la residencia estaba vacía: no había señales de los policías ni los prefectos. Cuando abrió la puerta y entró, inmediatamente supo que algo no andaba bien.

Félix no estaba.

Antes de que pudiera asimilarlo, su celular comenzó a vibrar en su mano y se

encendió. Sobresaltado, casi lo arrojó al otro lado de la habitación. Miró la pantalla, esperando que fuera un mensaje de Jordan o Abby. Pero era de un número desconocido. Las manos le temblaban cuando abrió el mensaje.

Tú también puedes ser uno de ellos. Puedes ser inmortal. Te doblaré, te pondré en pose, con una sonrisa o el ceño fruncido. Te estoy esperando en el cuarto piso, Daniel, para esculpirte.

—Imposible —susurró Dan. Sostuvo el teléfono cerca de su rostro, como si leer el mensaje desde otro ángulo fuera a modificar las palabras de alguna manera.

Obviamente no vas a ir. Vas a hacer lo más sensato y le vas a mostrar esto a la policía. Alguien está jugando contigo.

Pensó en Félix. ¿Dónde estaba? Dan tuvo un mal presentimiento. Félix debía haberse despertado y al ver que él no estaba, podría haber salido a buscarlo. Pero ¿y si accidentalmente había encontrado al Escultor en lugar de encontrarlo a él? ¿Podía ser que Félix estuviera en el cuarto piso? Tenía que encontrarlo, antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba decidido. Pero no era estúpido; le pediría a uno de los oficiales que fuera con él, aunque la policía creyera que El Escultor había muerto. Ahora tenía pruebas de que estaba vivito y coleando... y que andaba tras él.

Cualquiera podría haber escrito ese mensaje, le recordó una vocecita molesta. Incluso tú dijiste que podía haber un imitador...

En todo caso, pensó Dan, este era el responsable de lo que les había sucedido a Joe y a Yi. Original o imitador, iba a descubrir quién estaba detrás de todo eso.

Pero cuando dejó su habitación por segunda vez aquella noche, descubrió que seguía sin haber policías por ninguna parte. Buscó en el primer piso y después en la planta baja, y fue hasta las máquinas expendedoras otra vez. Debía haber habido una emergencia en la ciudad o algo así. La fuerza policial de Camford no era precisamente inmensa. Dio una última vuelta por la planta baja, pero estaba en silencio. No había más tiempo. Tendría que ir solo o arriesgarse a que Félix pudiera ser la próxima víctima.

Corrió escalones arriba, esperando hacer suficiente ruido como para despertar a alguien. Quizá los policías ya estaban en el cuarto piso. Pero cuando llegó al final de la escalera y dio vuelta en la esquina, Dan supo que era solo una tonta esperanza. Aquel piso también estaba en silencio y alguien había cortado la luz.

Dan tanteó la pared en busca de un panel de interruptores, pero solo encontró uno.

Afuera, el viento aullaba y los aleros, viejos y probablemente podridos, crujían en respuesta. Pasó una puerta a su derecha, apretando los puños para combatir el nerviosismo, que le estaba causando escalofríos. Había suficiente luz para ver que la habitación estaba vacía. La contigua también, y la siguiente, y la siguiente. Pero, de pronto, escuchó una voz en el último cuarto y se dirigió furtivamente hacia ella.

—Por favor... P-por favor no me lastime.

Félix.

Se apresuró.

—P-por favor... —era Félix otra vez. Nunca había escuchado a nadie lloriquear así, un joven convertido en un niño pequeño. Dan caminaba tan silenciosamente como podía. Si algo iba a delatarlo, era su respiración trabajosa. La garganta se le había cerrado de tal modo, que cada inhalación venía acompañada de un silbido.

Presionando su cuerpo contra la pared, asomó lentamente la cabeza, asustado por lo que podría encontrar. No esperaba que fuera un hombre de un metro noventa con una palanca de hierro. Estaba de pie junto a Félix, que yacía desplomado en el piso.

Dan debió hacer algún ruido, porque el hombre se volvió para mirarlo y comenzó a pasar la palanca de una mano a la otra. Llevaba guantes negros. Dan no podía quitarles los ojos de encima. Los asesinos usaban guantes negros.

Haz algo.

Nunca había sido un héroe ni un atleta, pero un instinto que no reconoció, uno que provenía de un profundo pozo de ira, lo impulsó a entrar en la sala. Arremetió, gritando, viéndose como Rambo en su cabeza, pero probablemente solo como un búfalo ebrio en la realidad. No importaba.

El hombre que sostenía la palanca se tambaleó hacia atrás, sorprendido, y cayó al suelo cuando chocó con fuerza contra él. Dan oyó un fuerte chasquido y esperó haberle roto una costilla. Elevó la rodilla, apuntando a darle donde sabía que realmente le dolería, pero el hombre bloqueó el golpe con una patada. Unas manos de acero sujetaron los brazos de Dan y los separaron. Ya no tenía inmovilizado al hombre, que rodó y lo aprisionó contra el suelo.

—¡Pequeño imbécil! —siseó.

—¡Ayuda! —gritó, lo más fuerte que pudo. Pero las manos del hombre le presionaban tan fuerte el pecho que sonó como un susurro.

La cabeza de Dan pegó contra la alfombra, que sirvió de poca protección contra el piso que estaba debajo, que debía ser de concreto, a juzgar por lo que le dolió el golpe.

Se le nubló la vista; surgieron borrones negros, azules y morados entremezclados, inseparables. Eso era todo. Iba a morir. El tiempo pareció comenzar a ir más lento; los momentos se alargaron como trozos de algodón estirados cada vez más, hasta que oyó gritos y pasos que resonaban en el pasillo.

—¡Maldición! —dijo el hombre. Levantándose de un salto, corrió hacia una ventana abierta y desapareció segundos antes de que dos policías entraran velozmente en la sala, con sus armas desenfundadas.

Sus voces rebotaban, apagadas, como si su cráneo se hubiera transformado en una

cámara de resonancia vacía. Dan intentó sentarse, pero le dolía demasiado la cabeza. Volvió a caer al suelo.

—¿Puedes escucharme? ¡Oye! ¿Estás bien? ¿Te golpeaste la cabeza?

Miró hacia arriba al oficial. Teague.

—¿Estás bien? ¿Puedes ponerte de pie?

Eso estaba por verse. Al menos su vista estaba comenzando a recomponerse. Dan intentó asentir. *Ay*. Mala idea.

—La ventana —dijo, arrastrando las palabras en un intento de indicar a los policías por dónde había escapado el hombre.

—Llama a una ambulancia —le decía un oficial a su compañero. Estaba arrodillado junto a Félix—. Este necesita ir al hospital. Lo golpearon —una manta surgió de algún lado y el policía cubrió al chico con ella—. No queremos que entre en *shock*.

Con otra manta cubrieron los hombros de Dan.

—Estoy bien —insistió—. El hombre... por la ventana...

Un momento después, Teague lo ayudó a ponerse de pie. Los policías lo dejaron recuperar el equilibrio y el dolor de cabeza disminuyó poco a poco mientras esperaban a los paramédicos.

Llegó la ambulancia y colocaron a Félix en una camilla. Cuando dejaron la sala se estaba moviendo, intentando sentarse. Poco después, Dan escuchó el sonido de la sirena que se alejaba.

Se quedó de pie, tambaleante, mientras tomaban nota de su nombre, número de habitación y la información de contacto de sus padres.

—El tipo se está escapando —dijo, desesperado—. Todavía pueden atraparlo si van ahora; probablemente siga en el techo.

Uno de los oficiales corrió hacia la ventana y revisó el exterior. Finalmente, se volvió hacia ellos encogiéndose de hombros.

—No hay nadie ahí afuera —dijo—. Y es una caída de unos quince metros hasta el suelo.

—¡Está ahí afuera! —gritó Dan.

—Oye, oye, cálmate, amigo —dijo Teague—. Comienza desde el principio. ¿Qué estabas haciendo aquí arriba, en primer lugar? —Teague sacó una libreta y un lápiz.

Dan quería llorar.

—Me levanté para ir al baño —dijo, no queriendo mencionar lo que había sucedido con Jordan y el extraño mensaje de texto—. Cuando regresé a mi habitación, Félix no estaba. Ha estado agotado últimamente. Fue él quien encontró a Joe en las escaleras... El

Escultor me envió una especie de poema extraño y me dijo que me *esculpiría* si me encontraba con él en el cuarto piso. Me asustó que Félix estuviera con él, así que fui a buscarlo. No quería que deambulara solo de noche.

—Ajá —dijo Teague. Le indicó que continuara, pero entonces una tercera oficial se les acercó. Le entregó un celular a Teague. El celular de Félix.

—Creo que deberías ver esto —dijo ella—. Y debes confiscarle el celular a este chico.

Dan tragó con dificultad y sintió ganas de vomitar. Ambos oficiales lo miraban fijamente, esperando.

—¿Qué hay en el teléfono de Félix? —preguntó Dan, luchando por pronunciar las palabras. ¿En qué momento había empezado a hacer tanto calor en la habitación? Estaba sudando a mares—. Por favor, estoy seguro de que puedo explicarles si solo...

—Sí, estoy *seguro* de que puedes. Tu celular, por favor.

—Pero...

—Tu *celular* —Teague entrecerró los ojos—. No voy a pedírtelo otra vez.

Era inútil protestar. Quizás esto fuera lo mejor. Entre sus mensajes enviados seguramente habría uno que decía algo como «Hola Félix. Me gustaría mucho reventarte la cabeza con una palanca». De alguna forma, iba a suceder. Entonces lo llevarían a la cárcel y lo encerrarían. Al menos entonces no podría meterse en más problemas. Lo dejarían solo con sus pensamientos y eso acabaría con él sin siquiera necesidad de un juicio.

Entonces recordó que tenía un mensaje de El Escultor en su bandeja de entrada. Ahora la policía tendría que creerle. ¡Y podían rastrear el número!

Le entregó su celular a Teague. Todo acabaría pronto.

El oficial encontró sus mensajes enviados rápidamente.

—¡Bingo! —dijo en tono triunfal—. Sala de estar del cuarto piso, 3:30, tengo algo genial que mostrarte —hizo un sonido de desaprobación con la lengua—. Justo lo que estaba en el teléfono de Félix. Suena amistoso. ¿Qué salió mal?

—Yo no envié eso —respondió Dan, furioso—. No lo envié. Lo juro...

—¿Parezco un idiota? —preguntó Teague.

—¡Revise mi carpeta de entrada! —estalló Dan—. ¡Le dije que hay un mensaje del Escultor diciéndome que lo vea aquí!

Teague lo observó extrañado, pero revisó la carpeta de entrada. Hubo una pausa.

—No hay nada aquí, muchacho. Ningún mensaje misterioso. Y como dije antes, El Escultor está muerto.

La situación empeoraba a cada momento. El sudor había empapado la parte delantera

de su camiseta. Quería encogerse y desaparecer.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó en realidad?

Dan respiró profundamente.

—Francamente, ya no lo sé —dijo. Teague entrecerró los ojos—. Intenté encontrar un oficial antes de venir aquí, pero no había nadie por ninguna parte.

—Muchacho, tenemos oficiales en todos los pisos.

—¡No había ninguno cuando salí de mi habitación! —gritó—. Todo lo que sé es que llegué al cuarto piso y escuché a Félix pidiendo ayuda. Así que entré aquí y vi a un tipo grande con una palanca. Corrí hacia él.

—Continúa —dijo Teague.

—Estábamos peleando y entonces escuchó que ustedes se acercaban y saltó por esa ventana —la señaló otra vez, sintiéndose excepcionalmente estúpido.

Teague lo miró y sacudió lentamente la cabeza.

—Está bien, muchacho, vamos a seguirte la corriente por ahora. Digamos que existe ese hombre misterioso que sale por la ventana de un cuarto piso después de atacar a tu mejor amigo. ¿Habías visto a ese hombre antes?

—Nunca —respondió, sosteniendo la mirada de Teague.

El oficial dudó, examinando a Dan mientras mordía el interior de su mejilla.

—Sabes, lo más extraño es que casi te creo. O estás en medio de un tremendo caso de incriminación o eres muy buen mentiroso. De todos modos, te recomiendo que no te metas en líos hasta que podamos sentarnos y volver a hablar de esto. No voy a llevarte a la estación de policía ahora, pero lo haré si tengo que hacerlo. Hasta entonces, tendrás a una oficial contigo todo el tiempo.

—Espere...

—*Todo* el tiempo —Teague señaló su propio ojo con el índice y después lo señaló a Dan como advertencia—. ¿Me entiendes?

—Sí, señor —murmuró Dan.

Acomodando su gorra, Teague asintió, satisfecho. Dan casi no percibió que la oficial que le habían asignado lo tomó del brazo. Félix pasaría la noche en el hospital mientras un policía esperaba pacientemente para interrogarlo. En tanto a él lo arrastraban de vuelta a su habitación. Una sensación de temor paralizante lo invadió.

—Estaré justo aquí afuera —dijo su carcelera—, así que no intentes nada raro.

La ironía de que su habitación estuviera siendo utilizada como una celda no le pasó inadvertida.

Toda la noche, todo el día, ahora le parecían un sueño. Los pormenores se

desvanecían, los detalles desaparecían. ¿Cómo se veía el hombre de la palanca? Ahora no podía recordarlo realmente. ¿Podría Félix corroborar su historia? No sabía. Tendría que esperar a ver qué pasaba.

Se metió en la cama sin sentir el colchón ni las mantas. Era extraño pensar que era un sospechoso, que la policía creía que había atacado a Félix. ¿Pensaban que también era responsable del ataque a Yi y... oh, Dios, no: del asesinato de Joe? Si descubrían que había estado inconsciente en el sótano, ¿qué dirían? Toda la evidencia estaba en su contra.

Fuera de la habitación, escuchó que su guardia caminaba de un lado a otro lentamente.

Debo defenderme, pensó Dan, cerrando fuerte los ojos. Su mente no dejaba de dar vueltas. ¿Por qué El Escultor tendría una palanca? Era un arma muy pesada, burda. El Escultor era más inteligente, más cruel. A Dan le asustaba poder llegar a esa conclusión con tanta facilidad. No lo conocía, pero estaba comenzando a entender, o al menos a reconocer, su maldad. ¿Y eso qué decía de él?

La locura es relativa. Depende de quién tiene a quién encerrado en qué jaula.

Se colocó de costado y miró fijamente el reloj. Si era una lucha contra la locura, sentía que estaba perdiendo. Quizá ya había perdido.

CAPÍTULO
No. 30

—¿Deduzco que ella es tu escolta policial? —preguntó Abby, con los ojos abiertos de fascinación.

—Sí —Dan no necesitaba mirar por encima de su hombro para saber que la oficial Coates (ese era su nombre), estaba de pie a un metro detrás de él.

—Entonces, ¿qué pasó anoche? —preguntó Jordan. La luz de la mañana entraba por las ventanas del comedor. La fila para los *hotcakes* solía ser tan larga que salía por la puerta, pero hoy era considerablemente más corta. Casi un tercio de los estudiantes del curso se habían ido—. Quiero decir, *después* de que me enviaste el mensaje de texto.

—No te envié un mensaje de texto —respondió Dan mecánicamente. Pensar le dolía. Casi no había dormido. Sentía la cabeza pesada por el sueño. Tragó una segunda taza de café y saludó con un gesto a la oficial Coates. Ella alzó la mirada.

—Estoy perdida —admitió Abby, levantando una mano—. ¿Te mandó un mensaje de texto o no?

—Jordan recibió un mensaje de mi número, estaba en mi teléfono, pero no puedo recordar haberlo enviado... porque no lo hice —sonaba tan ridículo que no culpaba a Abby por su escepticismo.

—Nop —dijo ella—. Sigo perdida.

—Yo también —Dan cortó un *hotcake* en tres pedazos con el tenedor y los arrastró por el lago de jarabe de su plato. Quería que la comida volviera a saber bien. Quería que la vida volviera a tener sentido—. Como sea, lo mismo sucedió con Félix. No quiero hablar de eso... Todo esto es un gigantesco lío.

—¿No quieres *hablar* de eso? Pero hay una oficial siguiéndote. ¿No crees que eso amerita algún tipo de explicación? —Abby lo miró fijamente desde el otro lado de la mesa.

Dan sabía que no había sido completamente franco con ellos. Ya ni recordaba muy bien por qué. Por más que le gustara la idea de tener mejores amigos con quienes compartir cualquier cosa, era como que lo único que sabía hacer era estar solo, separado de los demás.

—Quizá tu teléfono está poseído —dijo Jordan sarcásticamente—. Tal vez deberías realizarle un exorcismo.

—No te preocupes —interrumpió Abby—. Esto es solo un malentendido. Estoy segura.

Desearía estar tan seguro.

—¡Ja! ¿Que Dan no se preocupe? —rio Jordan—. Tendrías más suerte pidiéndole a un pato que no graznara.

—Gracias a los dos. Siempre saben cómo hacerme sentir mejor.



Después del desayuno, Dan caminó a clase con sus amigos y la oficial Coates lo siguió a tres metros.

—¿Qué creen que haré? —se preguntó en voz alta—. ¿Huir? ¿A dónde iría?

—Parece un poco excesivo —concordó Abby, echando un vistazo a la oficial que los seguía—. Al menos te está dando espacio. Estoy segura de que podría ser peor.

Dan apreciaba que Abby estuviera decidida a encontrar el lado positivo de todo aquella mañana; necesitaba una dosis de ese optimismo en su vida. Se separaron cuando llegaron a los edificios académicos; Jordan se dirigió a una de sus clases de Matemáticas, mientras ella se alejó hacia el edificio de Arte.

Dan no estaba preparado para la humillación de asistir a clase con una escolta armada. La oficial lo esperó afuera del salón pero, aun así, sentía el calor de las miradas acusadoras. Los estudiantes que se habían quedado lo señalaban y susurraban sin ningún tipo de sutileza. No podía hacer nada más que bajar la cabeza, tomar nota e intentar no estallar en llamas por la vergüenza. No fue de mucha ayuda que le pasaran una nota que decía «Vuelve a casa, psicópata».

A mitad de la lección, Dan perdió la habilidad de concentrarse. Escuchaba sin entender realmente las palabras, y su mano no dejaba de moverse, pero no tenía idea de qué estaba escribiendo.

Cuando terminó la clase, miró sus notas y se mordió la lengua para no gritar. Las últimas oraciones no estaban escritas con su letra habitual, pero reconoció la caligrafía serpenteante inmediatamente. *El director*. No era suficiente que estuviera en su mente: ahora también estaba en su *cuerpo*. Recogió sus cosas a la velocidad de la luz y salió corriendo por la puerta. Si no tomaba un poco de aire fresco, iba a vomitar.

Coates estaba esperándolo bajo el sol, y otros dos oficiales, incluyendo a Teague, estaban con ella. Y hablando con los policías estaban las últimas dos personas que esperaba ver.

—¿Mamá? ¿Papá? —abrazó su mochila contra el pecho.

—¡Cariño! —su madre corrió y lo tomó entre sus brazos. Dan se sorprendió de lo bien que se sentía el abrazo y, de hecho, le costó soltarla. Parte de él quería llorar.

—Estás bien —dijo Sandy, abrazándolo más fuerte—. Estás bien, estás bien.

—Me alegro mucho de verte, mamá.

—Vamos adentro —Teague señaló el edificio de la secretaría que estaba al final del camino—. Deberíamos tener esta conversación en privado.

Este era el momento que había estado temiendo desde la noche anterior. Sus padres lo acompañaron hacia el norte, colina arriba, y los oficiales los siguieron unos pasos más atrás. Dan no podía dejar de temblar. No importaba que él creyera en su propia inocencia:

sería imposible convencer a cualquier otra persona una vez que supieran lo trastornado que estaba...

—Solo dínos si necesitamos llamar a un abogado, campeón —le susurró su padre. Estaban justo afuera del edificio de la secretaría.

—Esperemos no tener que llegar a eso —respondió Dan, frunciendo el ceño.

—Adentro, por favor, síganme —dijo Teague, tomando la delantera.

Dan no había estado en ese edificio antes. Tenía ese estilo de universidad antigua y venerable, con techos altos, ventanas delgadas y recubrimiento de madera por todas partes. En el vestíbulo había un sofá de cuero y una silla antigua. Imaginó a estudiantes ansiosos esperando ahí, deseando que sus entrevistas de ingreso a la universidad fueran bien. Ir a la universidad le parecía una preocupación insignificante en ese momento.

La policía los escoltó hacia una sala pequeña que estaba a la derecha, pasando el área de recepción. Teague y sus padres entraron primero, con él en la retaguardia. La oficial Coates y el otro policía esperaron fuera.

Temblaba tanto que apenas pudo sentarse sin derribar la silla.

—Bueno, hablemos de lo que sucedió anoche. ¿Por qué no empiezas por el principio? —indicó Teague.

Sus padres y el oficial estaban sentados de un lado de una mesa de conferencias, y todos lo miraban. Parecía una inquisición.

Dan contó la historia de que había ido a buscar a Félix y se había encontrado con el hombre de la palanca. Cuando describió el momento en que el hombre lo sujetó contra el suelo, pensó que su madre se iba a desmayar. Finalmente, llegó a la parte en que los policías habían entrado en la sala y habían comenzado a acusarlo de lo peor.

—Lo que pasa es que realmente no recuerdo haber enviado esos mensajes. Sé que están en mi teléfono, lo sé, y sé que suena ridículo, pero les juro: yo no escribí esos mensajes.

Sus padres intercambiaron una mirada preocupada y su padre se aclaró la garganta.

—Oficial, no quiero que me malinterprete —comenzó a decir su padre, con seriedad —, pero lo que debe comprender es que Dan siempre ha tenido, digamos, dificultades. Llegó a nosotros a través del sistema de adopción después de haber vivido en otros lugares. Ha sido un chico genial desde entonces, no quiero que me entienda mal, pero, bueno, siempre ha necesitado un poco de atención extra. Algunas visitas a una psicóloga...

—Terapeuta —corrigió su madre.

—Terapeuta —coincidió su padre.

El oficial asentía mientras escuchaba. Dan detestaba hablar de estos temas con sus

padres, pero ¿en presencia de otra persona, un policía? Era embarazoso y en este caso, incriminatorio. Teague lo miraba de vez en cuando, y podía jurar que vio cómo el oficial iba apretando la mandíbula, poco a poco, a medida que la culpabilidad de Dan se consolidaba en su mente.

—Su terapeuta nos ha dicho que tiene algunos problemas con su memoria...

—Trastorno disociativo leve —interrumpió Sandy.

—Pero que no representan un impedimento para que lleve una vida normal y sana. No es un chico peligroso, oficial. Si le envié un mensaje de texto a su amigo y después lo olvidé, estoy seguro de que fue totalmente inofensivo.

Dan se agarró de la silla, esforzándose por verse calmado. ¿Qué tan malo sería que se desmayara justo en ese momento?

Esa memoria suya, tan poco confiable... ¿Cómo podía decirles a sus padres que había empeorado, y mucho, en cuestión de semanas? ¿Que tal vez *no era* completamente inofensivo?

—Ahora, señor y señora Harold, no puedo evitar notar que Dan no comparte su apellido. ¿A qué se debe eso?

Sus padres intercambiaron otra mirada. Él quería hundirse en el piso y morir.

—Bien, Crawford es el nombre con que llegé a nosotros —dijo su padre.

—Le dimos la posibilidad de elegir, tal y como nos sugirió la trabajadora social —dijo su madre, a la defensiva—. Dan ya había vivido con tantas familias para ese momento... Creo que solo quería que algo se mantuviera igual, una parte de él mismo.

—Humm —dijo Teague. Se volvió para dirigirse a él directamente—. ¿Estás consciente de que tienes exactamente el mismo nombre que el último director del manicomio Brookline?

—Leí acerca de él recientemente, sí —asintió Dan.

Sus padres, que Dios los bendiga, no dijeron nada. Les había preguntado al respecto por teléfono, pero ahora se mantuvieron en silencio, presintiendo quizás, al igual que él, que Teague veía la extraña conexión como una prueba de su culpabilidad.

—No es un apellido inusual —dijo su padre—. Y Dios sabe que Daniel es un nombre bastante común.

—¿Y qué hay de sus padres biológicos? —preguntó Teague, apartando finalmente la mirada del chico—. Debe haber una manera fácil de averiguar si existe algún parentesco.

—Me temo que es cualquier cosa menos fácil —admitió su madre—. No se nos permite ver ese tipo de información, y ustedes necesitarían una orden judicial para obtenerla. Pero no veo por qué es tan importante. ¿Y qué si Dan *tiene* un parentesco con ese director? ¿Qué prueba eso?

—¿No le parece una coincidencia más bien alarmante?

—Creo que es *exactamente* eso, una coincidencia, y ese es el punto —dijo su madre, impaciente.

Dan odiaba ver que sus padres se enfadaran, aun si eso le ayudaba.

—¿El...? —se le había secado tanto la boca que era difícil hablar—. ¿El hombre que asesinó a Joe confesó?

Teague lo miró fijamente, sorprendido.

—De hecho, no, no lo hizo. Insiste en que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. De todas formas, tenía las posesiones de la víctima y un arma asesina en su poder y no puede explicarlo —Teague resopló y lo observó como diciendo «Por suerte para ti». El oficial apoyó un codo sobre la mesa que los separaba. Frunció el ceño y Dan supo que debería haber mantenido la boca cerrada—. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo... curiosidad —esperaba poder mantener la calma por unos minutos más. Sentía que si no llegaba al fondo de ese misterio ahora, lo acosaría por el resto de su vida.

Era jueves. Faltaban diez días para que el curso concluyera.

—Quiero finalizar el curso —dijo con calma.

—No hemos terminado de interrogarte —respondió Teague, estirándose el bigote—. Cómo respondas a las preguntas determinará si te puedes quedar o no.

—Me parece justo —dijo Dan.

Su padre parecía listo para protestar, pero su madre asintió.

—Nos quedaremos en la ciudad, Danny. Por si acaso.

No podía explicar por qué quería, *necesitaba*, concluir el curso, cuando existían tantas razones por las que debería correr lejos, muy lejos, lo más rápido que pudiera.

Que Dan hubiera ido a parar en Brookline ese verano no era una coincidencia, era una conexión. Y se iba a ir de Brookline curado, aunque eso lo matara.

CAPÍTULO

No 31

Afortunadamente, aunque Teague lo interrogó durante tres horas más, nadie más parecía creer que Dan era culpable. No tenía motivos para lastimar a Félix ni historial de violencia, y cuando la policía registró su habitación, no encontró nada de interés. Pero, sobre todo, Félix había despertado en el hospital y había jurado que no creía que Dan estuviera detrás de lo que había sucedido.

Estaba absolutamente agotado cuando lo dejaron irse. Acompañó a sus padres al automóvil y rechazó su oferta de cenar con ellos en la ciudad. Solo quería volver de una vez a su habitación.

No había dado ni dos pasos hacia Brookline, cuando vio a la profesora Reyes caminando cerca de un bote metálico para colillas de tabaco. Ella lo saludó de lejos con la mano que sostenía el cigarrillo, y le hizo señas de que se acercara.

—Veo que no llevas esposas —dijo a modo de saludo. Sus ojos cafés brillaban tras el velo de humo que se elevaba desde sus labios—. Es una buena señal. Parecía que tus padres estaban muy preocupados por ti.

—Oh, están bien; el ambiente se puso un poco tenso allí dentro.

Aquel día llevaba un collar hecho de ópalos, finos y blancos como huesos.

—No conozco los detalles, pero pareces un buen chico —sacudió la cabeza, frunciendo los labios para lanzar una bocanada de humo hacia arriba y lejos de ellos—. Brookline tiene cierta capacidad de apoderarse de las personas; siempre ha sido así. Es la profecía autocumplida de la locura. Si alguien te dice suficientes veces que estás loco, con el tiempo se vuelve realidad. Es como ese viejo chiste de los psiquiatras: la locura solo está en tu mente.

Dan miró sus zapatos y sintió la tentación de decirle que no era así, que algunas enfermedades eran, de hecho, muy reales.

—No estoy seguro de lo que quiere decir.

—Lo que digo es que la gente de la ciudad no quiere demoler Brookline solamente por lo que sucedió cincuenta años atrás —la profesora Reyes dejó caer su cigarrillo y lo pisó para apagarlo. El viento hizo volar su cabello corto y oscuro por delante de sus ojos—. Buena suerte, Dan. Espero que no la necesites.



Abby y Jordan lo estaban esperando junto a la puerta de su habitación. Incluso habían sacado a escondidas un pastel del comedor, debajo de una chaqueta. Fresa con crema batida extra. Su favorito.

Entraron juntos. Abby señaló la cama de Dan mientras Jordan servía el postre para todos.

—Ven a sentarte —dijo ella—. Tengo noticias y queremos escuchar todo acerca de tu cita con la policía.

—Gracias —respondió, tomando un bocado de su pastel—. Ha sido un día espantoso.

—¿Los policías te dieron una paliza? —preguntó Jordan.

—Fueron bastante decentes, en realidad. Mis padres estaban allí; eso ayudó.

—¿En serio? —preguntó Abby, preocupada—. No te van a obligar a irte, ¿o sí?

—No, puedo terminar el curso. Al menos eso. Y Félix también me salvó. Supongo que le dijo a los policías que no creía que yo fuera una amenaza. Decidió no contarles el resto. En ese momento, los necesitaba de su lado.

—Dan, lo siento tanto —murmuró Abby, acercando su silla—. Pero al menos no estás en problemas. Eso es bueno, ¿no?

—Sí, lo es. Entonces, ¿cuáles son tus noticias?

Ella se iluminó. Dan estaba agradecido de tener una excusa para dejar de hablar de sí mismo, y Abby parecía que iba a explotar de entusiasmo.

—La noticia es que he decidido contarle la verdad a mi padre acerca de Lucy —dijo, rebotando en su silla—. Ya es hora de que sepa de ella y que he encontrado pistas. Merece saber la verdad. Es decir, yo querría saber, ¿ustedes no?

—Guau —dijo Dan. No sabía si era el cansancio u otra cosa lo que le impedía compartir el entusiasmo—. ¿Estás segura de que es una buena idea en este momento?

—¿Qué? —preguntó Abby lentamente—. ¿Por qué no sería una buena idea? ¡Es su hermana! Tengo la esperanza de que incluso quiera ayudarme a encontrarla.

—¿No piensas que lo tomará por sorpresa? Quiero decir, el *shock* y todo... ¿Y si no te cree?

—Yo me alteraría. Es decir, han pasado tantos años... —agregó Jordan.

—No, tiene que ser así —respondió ella, asintiendo una vez para darle carácter definitivo—. No voy a ocultarle esto; simplemente no puedo. No sería correcto.

—Esto puede sonar duro —dijo Jordan—, pero como tu amigo, siento que es mi deber manifestar oficialmente que creo que tu idea es una locura, como ponerse los pantalones en la cabeza.

—Y como tu... otro amigo... lamento decir que secundo la moción —Dan levantó la mano.

—Bien, ¡ninguno de los dos tiene voz en esto! —replicó Abby, haciendo su pastel a un lado—. Es mi decisión y es *mi* padre. Solo creí que se pondrían felices por mí. Con todo lo que ha sucedido en este lugar horrible, pensé que esto podía ser algo bueno, para variar —se puso de pie, sacudiéndose las manos—. Voy a llamar —dijo, y se acomodó el cierre de la sudadera manchada de tinta—. Va a saber la verdad acerca de la tía Lucy. Esta noche.

Giró y salió como una exhalación. Jordan lo miró levantando una ceja, como diciendo ¿qué?, ¿no vas a ir tras ella?

Pero Dan estaba exhausto, y después de un largo día de interrogatorios, se moría por un momento a solas. Además, había algo que necesitaba revisar con urgencia. Algo en lo que había tratado de no pensar desde la clase de aquella mañana. Jordan pareció captar la indirecta.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme, supongo —se fue, cerrando la puerta tras él.

Inmediatamente, Dan buscó en su mochila y sacó sus cuadernos de clases. Pasó las hojas hasta llegar a la que tenía las notas que había tomado aquel día, cuando se descubrió a sí mismo escribiendo con la caligrafía serpenteante del director. Al final de la página había escrito:

La locura es hacer lo mismo una y otra vez, y esperar resultados distintos. Albert Einstein.

Reprimiendo el deseo de vomitar, revisó el resto de sus cuadernos, examinando las páginas en busca de otras notas perturbadoras.

Efectivamente, entre sus apuntes de la clase de Historia de la Psiquiatría encontró una frase atribuida a Aristóteles. Era posible que la profesora Reyes hubiera puesto la cita en el pizarrón para que la copiaran pero, definitivamente, no recordaba haberla escrito y la letra no era la suya:

No hay genio sin un gramo de locura.

Se puso de pie de un salto y arrojó los cuadernos como si transmitieran alguna enfermedad. Todas esas notas... sobre su escritorio... bajo su cama... Con razón le parecía que tenía un acosador que lo seguía a todas partes. Él había escrito las notas y se las había «entregado» a sí mismo.

«Trastorno disociativo leve», había dicho la doctora Oberst. «Lapsus de memoria inofensivos». ¿Qué sabía ella? No era mejor que los médicos que habían estado en Brookline cincuenta años atrás. Al menos esos tratamientos habían obtenido resultados.

Dan se enfrentaba con el hecho de que había perdido la memoria por largos períodos, había olvidado mensajes de texto, notas, incluso fotografías con sus mejores amigos. Y, ah claro, quién podría olvidar el pequeño detalle de que cada vez que había habido un ataque, él había sufrido una interrupción en la memoria que no podía justificar: había estado inconsciente en el sótano cuando asesinaron a Joe, durmiendo en su habitación cuando atacaron a Yi y enviando mensajes de texto inquietantes cuando a Félix lo golpearon con una palanca casi hasta matarlo.

Estos lapsus de memoria distaban mucho de ser inofensivos, a su parecer.

Pero no estaba listo para creer que era un asesino a sangre fría. Estaba canalizando al director, no al Escultor, y por extraño que fuera hallar consuelo en eso, tenía que admitir que definitivamente prefería encontrar notas siniestras entre sus cosas que un garrote.

¿Y qué hay de los padres biológicos?

Las preguntas del oficial Teague seguían resonando en sus oídos. Había estado tan seguro de que él estaba emparentado con el cruel director, que eso tenía algo que ver con la razón por la que estaba allí. Dan había dejado que su madre lo desestimara como una simple casualidad, pero él sabía que nada acerca de ese verano había sido casual. Estar ahí era su destino. Era su destino resolver el misterio de lo que les había sucedido al director, y al Escultor, y a Lucy.

Recordó que Abby había visitado la vieja iglesia y había encontrado a Lucy en sus registros. Quizás él tendría la misma suerte. La Navaja de Occam o como quisiera llamarlo.

No podía esperar ni un minuto más. Se rehusaba a aceptar otra noche en vela o plagada de pesadillas.

Tomó su linterna y lo más parecido a un arma que tenía, unas tijeras, y salió hacia la oscuridad.

CAPÍTULO

No. 32

No solo estaba más que oscuro afuera, sino que la perpetua neblina se había transformado en una llovizna agobiante. Dan sintió la humedad empapándole la parte inferior de los *jeans*. Eso, en combinación con la refrescante claridad que surgía al alejarse de Brookline, hicieron que se detuviera. ¿Estaría siquiera abierta la iglesia a las ocho de la noche de un jueves?

Pero sentía que debía intentarlo. Necesitaba saber si estaba loco, poseído, o era víctima de una elaborada incriminación y, en ese preciso momento, su única pista era la posible conexión con el director Crawford.



Dobló en una curva del camino y se sintió aliviado al ver que había luces encendidas en la iglesia. Hacia la derecha estaba el frondoso túnel de árboles por el que el taxi había llegado el primer día.

Comenzó a trotar a medida que la llovizna se convertía en lluvia formal. Había una pequeña marquesina sobre las puertas principales de la iglesia; se refugió debajo de ella lo mejor que pudo e intentó abrir las puertas, pero al comprobar que estaban cerradas, golpeó fuerte con los puños.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo una voz casi inaudible.

Las puertas se abrieron hacia adentro para revelar a un anciano de aspecto bondadoso, vestido de traje y corbata. A Dan le llegaba más o menos a los hombros y le sonrió amablemente a pesar de que era obvio que lo había interrumpido.

—Adelante, adelante; no puedo permitir que te enfermes en la puerta de la iglesia.

Dan entró en un pequeño vestíbulo con suficiente espacio para algunas mesas largas. Podía ver el santuario abierto a través de las puertas arqueadas que había más adelante.

—¿Qué te trae a la Iglesia Bautista de Camford en este jueves lluvioso, joven? No recuerdo haberte visto durante el servicio dominical.

—No, yo... soy un estudiante de verano de la Universidad. Es decir, todavía estoy en la escuela secundaria. Estoy en el curso preparatorio de la universidad.

—Ah, el CPNH —dijo, pronunciando cada letra para mostrar que conocía la jerga—. Lo conozco bien. Mi nieta hizo el curso hace algunos años.

—Ah, genial —dijo Dan. Se sentía un poco incómodo por comenzar a hacer preguntas directamente, pero el hombre parecía feliz de permanecer ahí en la entrada, hablando—. Bueno, señor, lamento molestarlo tan tarde, pero una amiga mía estuvo aquí hace unos días y me dijo que la había ayudado a encontrar información sobre su tía.

—Ah, debes referirte a Abby. Sí, una chica encantadora. Me recordó a mi nieta, de hecho.

—Bien, tenía la esperanza de que pudiera ayudarme con lo mismo, supongo. Solía tener familiares en Camford también.

—¿Ah sí? —el pastor lo observó de forma extraña, como si no le creyera. Dan decidió que debía seguir el ejemplo de Abby y hablar de todo abiertamente.

—La verdad es que no estoy seguro, para ser completamente honesto. Estuve en hogares de guarda y después me adoptaron mis padres actuales, pero han sucedido algunas cosas extrañas este verano que me hacen pensar que podría haber encontrado a mis parientes biológicos aquí, en Camford.

—Déjame adivinar: ¿Daniel Crawford? —la actitud del pastor se había vuelto solemne, casi gélida.

—*Dan* —dijo él, en tono defensivo—. ¿Cómo lo sabe?

—Es una ciudad pequeña, señor Crawford —y, entonces, cuando Dan se quedó simplemente mirándolo, agregó—: el señor Weathers es uno de mis feligreses.

Le tomó un momento darse cuenta de que se estaba refiriendo a *Sal* Weathers.

—Ah, eso. Sí, mi visita a su casa no salió muy bien. Pero Sal, el señor Weathers, creyó que le estaba haciendo una broma o algo, pero no fue así, lo juro. En verdad mi nombre es Dan Crawford, y realmente quería saber sobre Brookline.

—Te creo —dijo el pastor en tono conciliador, pero con una expresión seria—. Aunque pienso que para el señor Weathers, la idea de que no estuvieras bromeando resultaba aún más aterradora.

—Oh. Entiendo.

—¿Entiendes? ¿Cuánto sabes acerca de lo que sucedía en realidad en Brookline?

—Sé mucho más de lo que nos están diciendo —dijo en tono desafiante.

—Ciertamente.

Era casi como si estuvieran jugando un juego de póquer y cada uno intentara adivinar lo que el otro sabía. Finalmente, el hombre suspiró; si su conversación era un partido, lo estaba abandonando.

—Bien, admito que yo era solo un niño cuando el director Crawford se hizo cargo del manicomio, pero los rumores de lo que sucedía bajo su régimen son legendarios. Condiciones inhumanas en el mejor de los casos, experimentos tortuosos en el peor. No son precisamente recuerdos que la gente de la ciudad esté deseosa de revivir.

Dan se deprimió, sintiendo que lo habían reprendido.

—Sin embargo, sí recuerdo a la familia del director —continuó el pastor y Dan se puso alerta de golpe—. Oh, sí: tenía una familia. No tenía esposa ni hijos propios, pero los muchachos Crawford eran oriundos de Camford y Daniel era el mayor de tres hermanos. Para cuando regresó de la facultad de medicina para asumir el rol de director de Brookline, sus hermanos más jóvenes se habían establecido aquí, uno como mecánico y otro como vendedor de ropa. Daniel siempre había sido el más inteligente.

El pastor tenía la mirada perdida mientras recordaba los detalles de un lugar olvidado mucho tiempo atrás.

El mecánico, Bill, tenía una esposa que acababa de tener un niño cuando el manicomio cerró. Eso hubiera sido en el año... déjame ver, ¿setenta y dos? Poco después, todos los Crawford abandonaron Camford, expulsados de la ciudad en desgracia.

—¿Por qué?

—Oh, fue una auténtica cacería de brujas. Daniel fue enjuiciado, por supuesto, y cuantos más detalles se divulgaban durante el caso, más gente pedía que todos los

Crawford se fueran. Como si tuvieran malos genes o algo así.

—¿Y qué pasó con... con Daniel?

—Bien, por un tiempo intentó alegar demencia. E incluso tenía argumentos convincentes: algunas de las cosas que hizo en ese sótano, algunas de las razones que dio... La gente estaba indignada, como era de esperarse. Pero al final, nunca se llegó a un veredicto. Otro de los presos se metió en su celda y lo mató. Aparentemente, las cerraduras de esas celdas no funcionaban como debían.

Dan estaba estupefacto.

—Guau —fue todo lo que logró decir.

—Fue algo terrible —dijo el pastor. Seguía de pie, bloqueando la entrada al santuario, de manera que Dan comenzó a tener la sensación de que quería que se marchara—. En cualquier caso, puedo decirte ahora mismo que no encontrarás a ninguno de los Crawford en nuestros registros de bautismo; fueron eliminados mucho antes de que yo me convirtiera en el pastor de esta iglesia.

—Supongo que entiendo la razón —dijo Dan, aunque le resultaba curioso que el pastor ya supiera esa información—. Bien, creo que será mejor que me vaya pero ¿le molesta si antes le hago una pregunta más?

—En absoluto.

—Es acerca de Dennis Heimline. E-El E-Escultor —tartamudeó—. He escuchado que algunos dicen que murió en el año que Brookline cerró, pero el señor Weathers dijo que nadie sabe con seguridad qué le sucedió.

—Me temo que en este caso el señor Weathers tiene técnicamente la razón. Todos suponemos que Dennis Heimline murió, por supuesto, dada la naturaleza de lo que debe haber soportado en el manicomio. Pero mientras los demás pacientes fueron ubicados con el tiempo, el cuerpo de Heimline nunca fue encontrado.

Dan se estremeció. Entonces, murmurando un agradecimiento, giró para irse.

—Oh, y ¿señor Crawford? —dijo el pastor, tomando a Dan por el codo—. Espero que no culpe a Sal por cualquier problema que le pueda haber causado. Creo que puede entender por qué se alteraría al hablar de todo esto.

—Absolutamente. Gracias por toda su ayuda, ¿señor...?

—Bittle —dijo el pastor con una mirada seria—. Ted Bittle.



Dejó la iglesia más consternado que cuando había llegado. Había ido allí a buscar *pruebas*, una confirmación, pero todo lo que tenía ahora eran más posibilidades. Su abuelo *posiblemente* había sido un mecánico. El director Crawford, quien *posiblemente* era su tío abuelo, había muerto en prisión, mientras que El Escultor *posiblemente* seguía con vida. Y

si Dan no había imaginado la ficha que Jordan había encontrado en el sótano, el pastor de la Iglesia Bautista de Camford *posiblemente* estaba emparentado con otro de los pacientes homicidas de Brookline.

Estaba feliz de dejar atrás la iglesia. Pero si antes estaba lloviendo, ahora diluviaba. El camino de grava se había puesto resbaladizo y traicionero. Intentó apuntar su linterna hacia adelante y correr al mismo tiempo, pero patinaba y resbalaba con piedras flojas. Apenas había llegado al camino principal cuando decidió que era una estupidez intentar volver con ese clima. Corrió hacia la tupida protección del bosque. Dos pasos bajo los árboles y la tormenta se convirtió en unas pocas gotas dispersas que lograban pasar entre las ramas, que se apiñaban como un embrollo de dedos. Solo tenía que esperar a que el aguacero amainara.

Una rama se quebró detrás de él, con un sonido fuerte, incluso a pesar del ruido de la lluvia.

Se volvió a tiempo para ver un venado que corría a toda velocidad entre el laberinto de árboles, a menos de tres metros. Dejó escapar un suspiro profundo.

Es solo un venado, Dan. Cálmate.

Pero cuando apuntó su linterna hacia donde había estado el venado, vio un destello en la oscuridad, como el reflejo de la luz sobre acero. Al principio pensó que podía ser algún tipo de trampa para animales o algo para marcar un camino... hasta que vio la cuerda atada alrededor, tirante, que se estiraba hacia las sombras, y se dio cuenta de que era una estaca de metal clavada en un árbol.

—¿Hola? —llamó, imaginando a un cazador varado por la lluvia. Pero era ridículo, ¿quién cazaría tan cerca de la Universidad?— ¿Hay alguien ahí?

Dan sacó las tijeras de su bolsillo. Difícilmente lo hacían sentir más seguro. Con cuidado, pasó por encima de ramas caídas y montones de maleza. Llegó al árbol con la estaca y apuntó su linterna a lo largo de la cuerda.

Todavía esperaba encontrar una red al final, lista para atrapar a algún animal desprevenido.

En lugar de eso, encontró una mano humana.

—¡Dios mío! Oh Dios mío, oh Dios mío —farfulló, temblando descontroladamente, mientras intentaba asimilar lo que estaba viendo en el haz oscilante de su linterna.

Era un hombre; sus manos estaban conectadas mediante cuerdas a dos árboles cercanos, estiradas ligeramente hacia atrás de manera que lo forzaban a inclinarse hacia adelante por la cintura.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Dan, aunque estaba seguro de la respuesta.

Se acercó tanto como se atrevió. Tenía miedo de tocarlo, seguro de que se alzaría de golpe y lo agarraría o lo mordería, como un zombi. Pero se obligó a colocar dos dedos

temblorosos sobre el cuello del hombre. Esperó a sentir su pulso. Nada.

—Oh, Dios mío...

Se dispuso a cortar las cuerdas con la tijera, pero se detuvo. Esto era la escena de un crimen y sería mejor que no la alterara.

A esa distancia, Dan finalmente podía distinguir los detalles del rostro del hombre. Lo reconoció.

Era Sal Weathers.



CAPÍTULO

No. 33

Dan corrió apresuradamente bajo la lluvia, sin importar que ya estaba empapado hasta los huesos. Necesitaba regresar. Necesitaba la seguridad de estar rodeado de otras personas. Necesitaba decirle a la policía lo que había encontrado.

Pero sospecharán de ti. Sabes que lo harán.

Se detuvo bruscamente cuando ya estaba a una última carrera corta de la puerta de entrada de Brookline.

Era cierto. Lo harían. Pensarían que él lo había hecho.

¿No acababa de decirle el señor Bittle que Sal Weathers estaba esparciendo la noticia de la visita de Dan a su casa por toda la ciudad? ¿Y no creería el oficial Teague que era más que una coincidencia que él hubiera sido el primero en llegar a la escena del crimen una vez más? Ya no importaba que no hubiera perdido el conocimiento ni nada de eso esta vez; la evidencia circunstancial sería más que suficiente.

Mantén la calma, Crawford. Nadie sabe dónde estabas.

Oh, Dios: con el pánico, había dejado caer las tijeras en el bosque. ¿Debería volver para buscarlas? No, demasiado tarde.

Esperó a que su pulso se normalizara lo más posible. Ya casi no notaba la lluvia. Respirando profundamente una última vez, entró trotando por la puerta principal a la misma velocidad que lo haría cualquier otro estudiante que estuviera escapando de la lluvia.

Primer piso. Segundo piso. 3808. Abrió la puerta de su habitación con toda la calma que pudo y luego la cerró de un portazo. Se dio cuenta de que Félix no estaba. *Gracias a Dios.*

Estás bien, estás bien; todo va a estar bien.

Se secó con una toalla; seguía temblando violentamente, después se abofeteó el rostro con ambas manos, tratando de decidir qué hacer a continuación.

¿A dónde fuiste? ¿Cuál es tu coartada? ¿A alguien se le ocurrirá preguntarle al señor Bittle si te ha visto?

El señor Bittle.

Pariente de un asesino. ¿Podría haber sido el imitador todo este tiempo? ¿Qué estaba haciendo esa noche en la iglesia con las puertas cerradas? ¿Por qué había querido mantener a Dan alejado del santuario?

Oh, Dios; pensó que iba a vomitar.

Alguien llamó repentinamente a la puerta y casi le da un ataque al corazón.

—¿Quién es? —gritó, y su voz se quebró en la última palabra.

—Soy yo —dijo Jordan—. Abre.

Se dio una última mirada en el espejo, se arregló el cabello y trató de verse lo más parecido a alguien normal.

En el pasillo, Jordan no se veía mejor; era un manojo de nervios, energía, bufanda y lentes.

—Ven rápido —dijo Jordan sin aliento—. Abby está hecha un desastre total.

¿Abby? ¿Un desastre? Por supuesto. La llamada. Su padre. Lucy.

—¿La llamada no salió según el plan? —preguntó, siguiendo a Jordan al pasillo.

—Ni un poco. Oye, ¿por qué estás mojado?

Dile que estabas en la ducha.

—Estaba fuera.

¿Por qué estabas fuera?

—Fui a buscar algo de comer. Seguía con hambre después del pastel.

Bien hecho, Dan.

—Lleva un paraguas la próxima vez, tonto.

Encontraron a Abby sentada en su cama, con las rodillas abrazadas contra el pecho. Dan notó que el retrato de la niña que antes colgaba sobre su cama ya no estaba.

—Oye, oye —dijo Jordan, acercándose rápidamente y sentándose junto a ella. Puso un brazo sobre sus hombros. Temblaba descontroladamente y una nueva ola de llanto la invadió—. Cálmate, Abs, y dínos qué sucedió.

—Lo ll-llamé... lo llamé y... Dan, ¡estaba tan enojado! Nunca lo había oído gritar así. Gritaba y gritaba y luego se quedó en silencio y eso fue peor —hizo una pausa, sin aliento y luego inhaló ruidosamente y el llanto disminuyó por un momento—. Quizá me equivoqué con todo —lo miró con sus ojos color café brillantes y llenos de lágrimas nuevas—. ¿Debería haber mantenido la boca cerrada?

—No lo sé. No estoy seguro, de verdad. No conozco a tu padre.

Abby dejó de llorar el tiempo suficiente para quedarse observándolo. Jordan lo miró como si se hubiera vuelto loco. Si solo supiera.

—Todo lo que sé es que tenías las mejores intenciones y no puedes enfadarte contigo misma por eso.

—Exacto —aportó Jordan—. Tu papá recapacitará a la larga.

—P-papá se niega a volver a hablar del tema. Es comprensible, supongo. Es decir, *traté* de explicarle, pero me dijo que estaba enferma delirante por mencionarlo siquiera... —Jordan señaló la caja de pañuelos de papel que estaba sobre el escritorio y Dan se la alcanzó—. ¡No entiende! No lo hice por m-maldad. Es su hermana... Creí que estaría feliz.

Abby tomó un pañuelo y comenzó a cortarlo en tiras.

—Lo intentaste —dijo Jordan suavemente—. Lo intentaste y eso es todo lo que importa. Probablemente necesita algo de tiempo para pensarlo.

—Jordan tiene razón, es... ¿Qué demonios fue eso? —Dan había ido a sentarse en el escritorio de Abby, pero se detuvo al escuchar un crujido afuera de la puerta—. Shh-hh —ordenó, presionando un dedo contra sus labios.

Un pequeño cuadrado de papel apareció por debajo de la puerta.

—No es posible —balbuceó.

Tú eras el que escribía las notas. Nadie más. Eras tú todo el tiempo. ¿Quién demonios es este?

Dan abrió la puerta de un golpe, pero llegó un segundo demasiado tarde. El pasillo estaba vacío. Se agachó, levantó la nota y la desdobló con una sensación desagradable que ya era familiar. Al menos la letra de esta nota no era la caligrafía serpenteante del director. Dan no se había vuelto completamente loco.

—¿Qué dice? —preguntó Jordan desde la cama.

Dan leyó la nota.

Es hora de tu tratamiento. Ven al sótano a medianoche.

Es hora de tu tratamiento.
Ven al sótano a medianoche

CAPÍTULO

No 34

—Dan, esto es ridículo —susurró Abby con urgencia—. ¿Por qué estamos yendo al sótano si hay alguien peligroso allí?

Ella y Jordan lo seguían en el avance en pie de guerra hacia la sección antigua.

—Jordan y tú no tienen que venir. De hecho, probablemente no deberían venir. Pero yo tengo que hacer esto. Tengo que hacerle frente.

—Yo, por mi parte, no volveré a bajar a ese lugar —dijo Jordan—. Y que conste que creo que estás demente por siquiera considerarlo. Por favor... ¿no podemos recurrir a la policía?

—No —gruñó Dan, asustándolos—. No. No puedo. Tienen que dejarme ir. No les estoy pidiendo que me acompañen.

—Y yo no voy a dejarte ir solo —dijo Abby obstinadamente. Le lanzó una mirada a Jordan, pero él solo alzó los brazos como para decir que tenía las manos atadas.

—En serio, chicos: los quiero a ambos, pero simplemente no puedo hacerlo. Desearía que atendieran mis razones y se quedaran aquí afuera conmigo.

Habían llegado a la puerta de la oficina del director. Estaba sin candado, tal como él suponía. Quien le hubiera enviado la nota ya estaba allí abajo.

—Está bien —dijo Dan, abriendo la puerta y dando un paso hacia el interior—. De todas formas esta no es tu pelea, Jordan. Es mía.

Antes de entrar detrás de él, Abby se acercó a Jordan y le dio un abrazo rápido, seguido de una patada en la pantorrilla. Ese gesto parecía sintetizar muy bien al trío.

—Te veré pronto, cabeza de chorlito —susurró por encima de su hombro.

—Más te vale —respondió Jordan.

Dan arrastró a Abby, ansioso por enfrentar lo que estuviera por suceder. De una forma u otra descubrirían quién los había estado aterrizando, ya fuera un fantasma o un imitador o *qué*. La recepción estaba, como era de esperar, vacía, fría y silenciosa.

Recorrieron el ya familiar trayecto hasta la oficina del director. Dan recordó el extraño correo electrónico que había recibido durante su cita con Abby: «Respuesta: Paciente 361: pregunta acerca de la sesión del jueves». *Por dos horas más, era jueves por la noche.*

—¿Dan?

Levantó la mirada y descubrió que Abby lo observaba fijamente, con una pequeña sonrisa preocupada en sus labios. No debería involucrarla en esto. Ella debería estar arriba, en la cama, sana y salva, lejos de la locura que acechaba en el sótano. Pero no podía pensar en nadie más que prefiriera tener a su lado.

—Vamos —dijo.

Sintió un escalofrío, convencido de que alguien les estaba pisando los talones,

respirando con su aliento caliente contra su cuello. Cada vez que se volvía para mirar, no había nadie; sin embargo, no podía quitarse la sensación de que los estaban observando y siguiendo.

Se agacharon detrás del fichero y pasaron por la abertura en la pared. La oscuridad era intensa, impenetrable, pero Dan avanzó caminando de puntas, volviéndose para asegurarse de que Abby había logrado entrar a salvo por el pasadizo. Entrecerró los ojos, intentado ver en las sombras. Tampoco había nada diferente en esta habitación: todos los ficheros alfabetizados estaban en sus lugares correctos y el familiar frío mohoso subía por la escalera de la derecha.

Abby colocó su pie en el primer escalón; se veía más valiente de lo que Dan se sentía.

—¿Siempre estuvo tan oscuro? —preguntó.

—Sí —respondió Abby irónicamente, dándose golpecitos en la cabeza con su celular—. Solo tienes que apuntar tu linterna hacia arriba en lugar de hacia el suelo.

—Eso no ayuda mucho... —movió el haz de su linterna en todas direcciones para enfatizar su argumento—. Igual no puedo ver nada.

Dan se unió a Abby en la escalera, apuntando su linterna hacia el lúgubre túnel que estaba abajo. Ella tomó su mano y bajaron un escalón a la vez, deteniéndose a mitad de camino para escuchar. No había nada que oír, excepto el sonido amortiguado de sus respiraciones.

Esto era parte del plan del asesino, pensó, mientras daban vuelta a la esquina al pie de la escalera y continuaban avanzando por el largo corredor de celdas vacías. El descenso era una tortura en sí mismo. Sentía que su cuerpo quería ir más rápido, *correr*; la adrenalina inundaba sus sentidos, pero sabía que podían emboscarlos en cualquier momento. Estar atentos podía ser su única defensa.

Avanzaron espalda con espalda por el corredor de celdas abandonadas, cada uno mirando en todas direcciones. De esa forma podían asegurarse de que no los estaban siguiendo y de que no iban a tropezar con ninguna de las camillas o con los escombros que obstruían el camino.

Dan echaba un vistazo dentro de cada habitación que pasaban y hacía un recuento mental de lo que debía haber en cada una. Cerca del final del pasillo, se detuvo, con la mirada fija en el piso, que estaba vacío pero no se suponía que lo estuviera. No solo recordaba que antes había habido algún tipo de objeto, sino que había una marca en el polvo donde antes estaba dicho objeto.

¿Qué es? ¿Qué falta?

Dan contuvo la respiración mientras un fragmento de un recuerdo, una canción delicada, regresaba a su memoria. La cajita de música ya no estaba donde la había dejado. Ni siquiera vio rastros de porcelana. *Alguien estuvo aquí.*

—Rayos —susurró.

—¿Qué? —Abby se volvió para mirarlo—. ¿Qué sucede?

—Alguien estuvo aquí —dijo—. O *está*.

Apenas terminó de decir la última palabra escuchó un fuerte chirrido metálico arriba. Se quedaron inmóviles y por un largo momento Dan se preguntó si se trataba de una tubería que había estallado en el techo o... Abby se puso en movimiento rápidamente, corriendo de vuelta por donde habían venido. Él la siguió, y un segundo más tarde se dio cuenta de lo que debía estar sucediendo.

Era el fichero: alguien estaba intentado atraparlos allí abajo. Abby iba a toda velocidad, subiendo la escalera con dificultad porque saltaba los escalones de a dos o tres por vez. Pero llegaron arriba demasiado tarde. El fichero ya estaba bloqueando la salida. Abby se acercó corriendo y lo empujó con todo su cuerpo, intentando encontrar una forma de agarrarlo con las uñas. Dan la escuchaba intentando tragar aire por encima del sonido ensordecedor de su propio pulso.

Atrapados. Estaban atrapados, encerrados en la oscuridad de su última celda.

No, no podían estar atrapados... Dan pensó en Jordan, que estaba allí afuera, en un principio con la esperanza de que fuera su salvador y después preguntándose si Jordan era quien había hecho esto. Dan apenas podía confiar en su propia mente; parecía lógico que tampoco pudiera confiar en sus «amigos».

—¡Vamos! ¡Ayúdame! —gruñó Abby, dando otro empujón con su hombro.

—¿Quién está ahí afuera? ¡No seas cobarde y muéstrate! —gritó Dan. Se colocó junto a Abby y sumó su propia fuerza a la de ella, pero el fichero no se movió. Golpeó el metal con su puño y gritó—: Déjanos salir, déjanos salir —hasta quedarse ronco. Escuchó a Abby respirar profundamente y estremecerse antes de desplomarse contra la pared, llorando.

Ella revisó su celular.

—No hay señal —dijo, secándose una lágrima—. ¿Quién haría esto, Dan?

—¡*Shh!* Oigo algo... —se quedaron callados y escucharon. Detrás del fichero, Dan percibió claramente el sonido de pasos. Pensó que había oído un clic, tal vez el golpeteo suave de los tacones de una mujer. Pero después, nada.

Escucharon cómo los pasos se alejaban de la oficina y se apagaban. Abby empujó el fichero una vez más, hundiendo sus talones en el suelo, pero parecía que lo habían asegurado desde el otro lado.

Dan pateó el fichero y después se tambaleó hacia atrás, tomándose de la pared para no caerse.

—No puedo creerlo... ¿Por qué nos guiaría hasta abajo solo para atraparnos aquí dentro? A menos que tenga otros planes y nos necesite fuera de su camino...

—¿Quién es «él»? —dijo Abby—. Realmente estás asustándome... Démonos un

momento para recuperar el aliento y después intentaremos empujarlo juntos nuevamente, ¿está bien?

Dan asintió. Ella tenía razón, entrar en pánico no los ayudaría. Saldrían de ahí y castigarían a Dennis, o a quien estuviera imitándolo, de una vez por todas.

Entonces Dan oyó un sonido como de un zapato que raspaba contra madera. Venía de la escalera detrás de ellos.

—¿Qué fue...? —pero no pudo terminar la pregunta. Una figura oscura emergió y se lanzó hacia ellos.

Escuchó un golpe seco y hueco, y Abby cayó en sus brazos. En lo último en lo que pensó Dan antes de caer fue en ella, en lo linda que se veía en ese momento, como si estuviera bailando, con los labios entreabiertos y su trenza deshaciéndose.

Entonces sintió el golpe en la parte de atrás de su cabeza.

CAPÍTULO

No 35

Volvió en sí bajo la fuerte luz de un foco blanco. El filamento titilaba y la vieja instalación eléctrica zumbaba ruidosamente, lista para cortarse en cualquier momento. Dan gimió y trató de moverse.

No pudo.

Al principio pensó que era el dolor de cabeza lo que lo tenía atrapado pero, a medida que recuperaba la conciencia y la sensación, se dio cuenta de que había correas abrochadas firmemente sobre su pecho, cabeza, cintura y tobillos.

Gritó y el sonido resonó de vuelta hacia él. Las correas lo sostenían con fuerza y sus forcejeos solo incrementaban el dolor y el miedo que lo estaban desesperando. Lo más que podía hacer era girar la cabeza un centímetro hacia cada lado.

El anfiteatro de operaciones. Ahí era donde estaban. Las mesas, las camillas... Eso significaba que había una bandeja con instrumental quirúrgico afilado a pocos centímetros de su cráneo.

—¡Déjame salir! —gritó—. ¡No puedes hacerme esto!

Dan giró el cuello hacia el otro lado. Abby estaba atada a su propia mesa y tenía una mordaza en la boca. Había una camilla de metal dispuesta junto a ella. La luz blanca se reflejaba en la bandeja de acero inoxidable que estaba a su lado e iluminaba los taladros, bisturís, ganchos; el horror de los instrumentos necesarios para realizar una lobotomía.

La lámpara del techo brilló como si hubiera habido un aumento repentino de corriente, y obligó a Dan a parpadear. Cuando la electricidad se estabilizó, una sombra apareció en el oscuro perímetro del anfiteatro. Apenas podía distinguirla entre los manchones borrosos de su vista, pero no podía ver quién era. ¿El hombre de la palanca? ¿Ted Bittle? ¿Jordan? Dan estaba suficientemente alterado como para creer cualquier cosa.

Entonces la realidad lo sobresaltó.

—¿Félix? —los ecos que resonaban en la sala casi ahogaron su voz—. ¿Qué demonios está sucediendo? ¿Cómo llegaste aquí abajo?

—Nunca me fui —dijo Félix lentamente.

—¡Desátanos, idiota! Sácanos de aquí.

—Oh, no vas a ir a ninguna parte, *Daniel Crawford* —dijo Félix, con una risita. Cuando se acercó, Dan pudo ver que estaba descalzo y tenía una mirada desquiciada. Llevaba una bata de médico blanca sobre un par de interiores.

—¿Cómo crees que debería llamar a mi obra maestra? Estaba pensando en: *Venganza*.

Su boca se retorció de forma extraña cuando hablaba; se movía demasiado sobre cada palabra. Y su voz no sonaba como la de Félix; era aguda y burlona, como la de un payaso. También caminaba de forma rara, sacudiéndose de un lado a otro, como si fuera una marioneta manipulada por alguien desde lo alto.

—Félix, ¿de qué estás hablando? —preguntó Dan. Era *Félix*, el callado y modesto *Félix*. ¿Por qué demonios querría justamente venganza?

Pero en el fondo, Dan sabía que ese ya no era Félix. Era el cuerpo de su compañero de habitación, pero el hombre que estaba en su interior, el hombre que quería venganza, era alguien más. Alguien que no quería vengarse de Dan, sino de Daniel Crawford. Era El Escultor.

Félix se fue acercando hasta la mesa de Dan y se inclinó sobre él.

—Todos ustedes son tan fáciles de moldear, tontos de arcilla carnosa —canturreó. Sus ojos estaban completamente negros. Deslizó su pulgar casi con ternura por la nariz de Dan—. La primera fue demasiado fácil. Lo encontré solo en la escalera, pensando que podía vigilarlos a todos. Pero yo estaba vigilándolo a *él* y ni siquiera me vio venir. A esa la llamé *Preludio*. Lo único complicado fue encontrar otro tonto a quien echarle la culpa. Fue cuando necesité la ayuda de Félix. Un laboratorio de biología ya tarde en la noche para mezclar un poco de cloroformo y *¡puff!*, estábamos listos para cualquier cosa.

A Dan le pareció que podía ver al verdadero Félix luchando allí dentro, intentando retomar el control. Las luces de sus ojos se hacían más brillantes y más oscuras a intervalos, como si la energía de su cuerpo se encendiera y se apagara. Necesitaba darle a Félix suficiente tiempo para triunfar.

—Entonces asesinaste a Joe e incriminaste a ese hombre de la ciudad —dijo Dan—. Tú solo *simulaste* encontrar el cuerpo.

Félix volvió a tocar la nariz de Dan, provocándole náuseas.

—La segunda estatua fue solo por diversión. A esa la llamé *Caos*. Es una lástima que el moldeado no haya perdurado.

—Yi —Dan recordó que le había parecido que Yi había sido colocado en pose, que tenía las piernas situadas de una forma demasiado cuidada como para haber sido un accidente.

—*No* —de pronto Félix estaba cara a cara con él, mirándolo a los ojos. Gotas de saliva caían desde esos labios demasiado rosados sobre el mentón de Dan. La locura risueña había desaparecido, ahora solo había furia—. *Caos. Caos.*

Félix se alejó bailoteando y dio una vuelta completa a la mesa mientras hablaba.

—Y entonces, para mi *gran final*, tuve que tomar cartas en el asunto antes de que ese hombre horrible arruinara toda nuestra diversión. Estuvo a punto de descubrirnos, Daniel Crawford; sabía lo que estaba sucediendo. A esa escultura la llamé *Medidas preventivas*.

Sal Weathers había estado a punto de descubrirlos. Sabía lo que se había desatado en Brookline.

—Pero ahora esos tontos están fuera de mi camino y es tu turno, *tu turno* —Félix reía, regodeándose. Pero entonces, entrecerró los ojos—. He estado esperándote, esperándote

por tanto tiempo. Serás mi mejor escultura, mi obra maestra.

Dan se preguntó en qué momento habría ocurrido la transformación exactamente. Quizás había comenzado desde el primer día. Había sido él quien había encontrado las fotografías y le había dado a Dan la idea de verlas por sí mismo. Quizá Dan nunca había conocido al verdadero Félix.

Pero el hecho de haber estado durmiendo junto a esta *cosa* durante días, quizá semanas, le daba esperanzas. Sentía que Félix debía estar ahí dentro todavía, en alguna parte; de otro modo seguramente lo hubiera matado hacía tiempo.

—¿Y el hombre de la palanca? ¿El que te atacó? —preguntó, tratando de darle tiempo a Félix, de hacerlo hablar.

—Oh, *él* —dijo Félix, como si solo pensar en ese hombre le aburriera—. Lo dejé entrar por la ventana con la falsa promesa de darle drogas. Cuando no se las pude entregar, se puso un poco... *violento* —Félix dijo la última palabra moviendo los dedos—. Claro que mi objetivo real era tu amigo el matemático. Mi plan era encontrarme con él abajo y después encontrarme con mi coartada en el ático. No contaba con que trajera una palanca, ni con que tú te despertaras, no después de que había tomado prestado tu teléfono. No fue mi mejor momento, es cierto, pero hice un gran trabajo jugando con tu mente. Como cuando tú solías *jugar con la mía* —siseó las últimas palabras en el oído de Dan.

—Estás loco —gritó, sacudiéndose contra las correas que seguían demasiado apretadas.

—¿Lo estoy? —Félix parecía genuinamente sorprendido por la noción. Tomó un bisturí de la bandeja y se metió el extremo sin filo en la boca para morderlo. Después lo sacó y lo usó para hacer ademanes—. Quizá lo estoy. No importa mucho ahora. Finalmente me voy a vengar de ti por todos esos experimentos *fallidos*. Aunque supongo que uno de ellos no falló, ¿verdad, Crawford? Es decir, ¡aquí estamos! —Félix estaba demasiado cerca de Dan otra vez—. ¿Eso te hace feliz? ¿O te pone triiiiiiste? —Félix utilizó la punta afilada del bisturí para bordear su propia mueca de payaso. Le dejó una curva roja, un rasguño fino, visible aún después de que había retirado el instrumento.

—¡Pero yo no soy Daniel Crawford! ¡Soy Dan, tu compañero de habitación! —gritó Dan.

—¿Compañero de habitación? —dijo Félix, pensativo—. Sí, tú y yo estuvimos en la misma habitación, *esta* habitación. Pero nunca fuimos *compañeros*. Oh no —al decir esto, Félix bajó el bisturí hacia la cabeza de Dan hasta que estuvo justo encima de su ojo.

Fue entonces cuando se cortó la luz.

—¡No! —gritó Félix. Sus pasos veloces resonaron por la habitación, alejándose en dirección a los interruptores.

Dan respiró aliviado, pero el alivio duró poco. Una mano le tapó la boca, haciéndole imposible hablar. Trató de sacudirse para quitársela, pero era inútil.

—Shhh —sintió una voz en su oído. Incluso con ese único sonido supo quién había ido a rescatarlos.

Jordan.

Dan dejó de forcejear. Sintió cómo caían las correas que le sujetaban la cabeza, después las del pecho, y finalmente las de la cintura y los tobillos. Se sentó deprisa, masajeándose las piernas adormecidas. Jordan le apretó el hombro como advertencia.

La luz se encendió con un zumbido eléctrico ruidoso. Allí estaba su amigo, entrecerrando los ojos. Sus lentes reflejaban el súbito estallido de luz.

—Sabía que ustedes dos no servían para nada sin mí —dijo Jordan entre dientes, retrocediendo cerca de Dan.

—¡Tramposo! —chilló Félix desde donde estaban los interruptores cerca de la puerta. Bajó la escalera que llevaba al área de operaciones brincando de lado a lado como un conejo demente—. ¡Carnosos, flexibles, moldeables, esculpibles, tramposos *tontos!* —hablaba atropelladamente, arrastrando las palabras de forma delirante, con los ojos bien abiertos y una mirada salvaje, mientras corría hacia ellos con el bisturí en alto.



—¡Muévete! —gritó Dan, bajando de la mesa de operaciones de un salto. Empujó a Jordan tras de sí y agarró una camilla.

Félix se lanzó sobre él, blandiendo el bisturí en todas direcciones. Dan mantuvo la mesa con ruedas entre ellos, usándola para bloquear los ataques.

Félix rio, pasando el bisturí de una mano a la otra.

—No me había divertido tanto en *años*.

Con la última palabra se lanzó volando por encima de la mesa. Dan se agachó, pero Félix era más fuerte y más rápido; lo tomó por el cuello de la camisa y lo arrojó contra el suelo. Dan apretó la muñeca de Félix con su mano para evitar que el bisturí le cortara la cara. Pero el chico tenía casi diez kilos de músculos más que él y la fuerza de sus brazos disminuía rápidamente.

Félix lo tenía atrapado. El bisturí bajaba centímetro por angustiante centímetro, hasta que Dan pudo sentir la punta afilada rozándole la mejilla.

No. No vas a permitirle que te haga esto. Eres mejor que él.

Con una fuerza que no sabía que poseía, empujó a Félix hacia atrás y lo hizo rodar por el suelo. El bisturí cayó de su mano.

Giró hacia un lado y se puso de pie de un salto. Se alzó amenazador sobre Félix, que gritó, retrocediendo. Dan se inclinó, repentinamente fuerte, tan fuerte, y lo tomó por la bata. Lo levantó y lo lanzó sobre la mesa de operaciones. Rugió por el esfuerzo, pero entonces todo había terminado y Félix estaba tendido, indefenso.

—¡Amárralo! —ordenó Dan—. ¡Amárralo! No podemos dejar que se libere.

Mientras Dan sostenía a Félix contra la mesa, Jordan tomó las correas y las abrochó rápidamente. La del pecho primero, después las piernas. Félix forcejeaba salvajemente y después de dos intentos de abrochar la correa superior, finalmente Jordan tuvo que sujetarle la cabeza entre sus manos mientras Dan apretaba la correa. Había pequeñas gotas de saliva y sangre en los labios de Félix. Sus músculos se hinchaban y luchaban contra las amarras.

Empapado en sudor, trabajando a su máxima potencia, Dan se inclinó para tomar el bisturí.

El tiempo de experimentos y curas terminó. Debes ponerle fin a esto, Dan, de una vez por todas.

—Dan, ¿qué estás haciendo con eso? —preguntó Jordan, observando con nerviosismo el bisturí en su mano—. No iré a ninguna parte. Vámonos y dejemos que la policía se encargue de esto.

—No —Dan estaba furioso—. Nadie más. Solo yo puedo ponerle fin a esto.

El bisturí descendió contra su voluntad.

No, no, esto no es lo que quiero, este no soy yo...

Yo soy tú.

El bisturí se acercaba cada vez más a Félix.

No.

La visión le llegó fuerte y rápido, arrancándolo de su cuerpo y llevándolo a otro. Era otro tiempo, otra década, y él era nuevamente Daniel Crawford, el director.

El anfiteatro estaba repleto de espectadores. Todos se inclinaban hacia adelante en sus sillas, estirando el cuello, para observar sus técnicas. La mitad de ellos creía sus afirmaciones y la otra mitad no, pero todos querían conocer su procedimiento secreto, por si acaso funcionaba.

Y el pobre y quebrado Dennis, amarrado a la camilla. Al menos, como un efecto secundario de las operaciones preparatorias, finalmente se había curado de su ira.

Entonces, llegó el chirrido del intercomunicador. Esa estúpida secretaria nueva, Julie. Si se trataba de algo menos que terrible, pediría su cabeza.

—¡La policía! ¡La policía está en camino!

¿La policía? ¿En camino hacia aquí?

Y ahora su público estaba escapando en medio de la histeria. Se enfureció con el sonido de sus pasos y las voces que se elevaban a su alrededor como la corriente de un mar arrasador. Esos médicos cobardes tropezaban unos con otros y caían mientras corrían... Así que la policía estaba en camino. Qué tal.

Dennis gritó, sobresaltando a Daniel e interrumpiendo sus pensamientos. ¿No le había dado una dosis suficientemente elevada de sedantes? ¿Tenía importancia? Este iba a ser el experimento final, después de todo.

Maldiciendo, Daniel se apresuró a terminar, de una forma mucho más descuidada que la que hubiera querido y, entonces, desechando sus guantes ensangrentados, huyó; fue el último en irse. El último con excepción de Dennis. Apagó las luces.

Los otros se habían marchado hacía tiempo cuando llegó a su oficina. Perdió un tiempo valioso colocando el fichero contra la puerta que llevaba a los niveles inferiores, como un último intento de simular que todos sus consultorios se encontraban sobre el nivel del suelo. Se quitó los lentes y los colocó rápidamente en el gancho, dejando marcas de sangre en la pared. Fotografías, papeles, todos quedaron desparramados. Apenas le importaba. Este era un contratiempo menor; les daría eso, pero su trabajo perduraría. Su legado. Su vida.

La puerta se abrió de golpe. Llegaban multitudes de policías. Y entonces aparecieron las esposas y los grilletes, parecidos a los que sujetaban a Dennis más

abajo.

Alguien lo había delatado.

Fue la niña, pensó, tenía que ser la niña. Era la preferida de todas las enfermeras, con su baile, su sonrisa, su hermoso cabello... Una de ellas debe haberse ablandado, debe haberla dejado salir y ahora, por su culpa, todo se estaba derrumbando. La soplona con la pequeña cicatriz en la cabeza. Había visto y comprendido demasiado.

Pero su legado había perdurado y ahora el director Crawford estaba de vuelta a donde pertenecía. En el anfiteatro donde Dennis lo había esperado todos estos años. Solo que algo no estaba bien. Su vista no era totalmente perfecta... Todo daba vueltas.

—¿Dan? ¿Dan? —alguien estaba diciendo su nombre.

Se tambaleó hacia adelante, encontró la camilla y la sujetó para recuperar el equilibrio. Un rostro pálido y tembloroso lo observó desde abajo. Dennis, ¿o era... Félix? En cualquier caso, él tenía el bisturí, estaba justo allí, en su mano, esperando para cortar...

Dan se obligó a concentrarse y volver a mirar. Este no era él. Él no era el director y nunca lo sería.

Dejó caer el bisturí. El ruido que hizo al golpear el suelo retumbó por el anfiteatro.

No soy tú. Nunca seré tú.

—Carnoso, flexible, moldeable tonto, esto no ha terminado —susurró Félix—. Está lejos de haber terminado.

Dan empujó la camilla con miedo y repulsión, lejos, muy lejos de su alcance. Se tambaleó y cayó de lado. Amarrado a ella, Félix gimió antes de quedarse en silencio.

—Es este lugar —gritó Dan. Jordan había ido adonde estaba Abby, había soltado sus correas por la fuerza y la sacudía para que despertara—. Tenemos que salir del manicomio —se tambaleó hacia sus amigos—. Debemos irnos, todos.

Llegó hasta la otra camilla justo cuando Abby estaba bajándose, todavía aturdida. Se arrojó en sus brazos, pero Dan solo le dio un abrazo rápido antes de apartarse.

—Tenemos que salir de aquí, es Brookline... Félix y yo... Tienen que ayudarme a alejarlo de este lugar.

—Eso va a ser difícil. Está inconsciente —Jordan había llegado en una carrera hasta la camilla caída. Miró hacia arriba desde donde estaba arrodillado, con los lentes torcidos—. Pero si todos levantamos juntos creo que podemos llevarlo amarrado.

Dan asintió, cobrando ánimo mientras se acercaba adonde estaba Jordan.

—Entonces, eso es lo que haremos.

CAPÍTULO
No 36

Estaban a la mitad del camino por las escaleras, cuando se encontraron con Teague, flanqueado por otros dos oficiales. Encorvado por el peso de Félix, Dan levantó una mano para proteger sus ojos de las linternas cegadoras.

—Ahora deciden aparecer —dijo Jordan entre dientes, aunque los tres estaban felices de ceder la tarea de cargar a Félix a tres hombres adultos; el chico había aumentado varios kilos de músculo y cada momento que pasaban intentando cargarlo fuera del sótano era otra oportunidad para que el director volviera a apoderarse de Dan.

—No podía encontrar a estos brutos por ninguna parte, así que llamé a la estación de policía antes de seguirlos al sótano —explicó Jordan—. Al menos uno de nosotros estaba usando la cabeza.

—¿Alguien está herido? —preguntó Teague, guiando a los chicos escaleras arriba. Cuando llegaron al hueco donde estaban los ficheros alfabetizados, supervisó el traspaso de Félix a los otros oficiales.

—Félix recibió un golpe en la cabeza —respondió Dan. Observó cómo lo levantaban e intentaban, con gran esfuerzo, pasar por la abertura que llevaba a la oficina pública del director. Qué curioso, pensó Dan... Si no había sido Jordan quien los había atrapado allí dentro con el fichero, ¿quién había sido? Teague lo miró, levantando una ceja.

—Sí, fui yo quien lo dejó sin sentido —continuó Dan, alisándose el cabello en la nuca; un terrible dolor de cabeza se estaba gestando en esa parte—. Le diré todo, solo...

—Necesitamos salir de aquí —Abby apareció a su lado y completó la frase, enganchando su brazo con el de Dan—. Por favor, interróguennos afuera, o en la estación. Donde quieran, pero no aquí.

—Está bien. Pero los estaré vigilando.

Teague cumplió con lo que había dicho y ni bien salieron de Brookline los acorraló. Afortunadamente, la lluvia había parado. En cuanto los subalternos hubieron subido a Félix en una camilla y después en la ambulancia, reaparecieron para ayudar a vigilar a los chicos.

—Entonces —dijo Teague, apuntando la linterna hacia sus ojos nuevamente.

—Ya basta —dijo Jordan, agachando la cabeza—. Encontramos a su asesino, así que ¿podría por favor no...?

No pudo terminar la frase. A través del resplandor de la linterna de Teague y las luces de los autos de policía, Dan vio una sombra que se aproximaba a toda prisa por el jardín.

—¡Teague! —gritó Dan. Algo pequeño y afilado había reflejado las luces. La figura sostenía un cuchillo—. ¡Cuidado!

Pero Teague no era el blanco. Dan apenas tuvo tiempo de protegerse el rostro con los brazos antes de que la mujer se le lanzara, gritando. La reconoció medio segundo antes de que estuviera encima de él. Era la esposa de Sal Weathers.

La mujer lanzó un grito horroroso.

Dan cayó hacia atrás y sintió que el cuchillo le pasaba suficientemente cerca como para cortarle la manga de la camisa. Sus amigos y Teague se unieron a la pelea e intentaron hacer retroceder a la mujer sin que los cortara. El oficial desenfundó su arma y gritó:

—¡Nadie se mueva!

—¡Espere! ¡No la lastime! —Abby corrió hacia la mujer y se lanzó entre ella y Teague. La esposa de Sal se quedó inmóvil por un momento y fue todo lo que los oficiales necesitaron para tomarla por los brazos y alejarla a la fuerza, arrastrándola por la hierba.

Se había puesto a gritar otra vez, absolutamente furiosa.

—¡Esperen! —gritó Abby siguiéndolos—. ¿Vieron eso? —preguntó a los chicos por encima de su hombro—. Su frente... ¿la vieron?

No iba a esperar una respuesta y, tanto Dan como Jordan, tuvieron que correr para alcanzarla.

—¿Te cortó? —preguntó Jordan jadeando.

—No, pero mi camisa sufrió bastante.

Un último chorro de adrenalina llevó a Dan hasta donde la esposa de Sal estaba arrodillada sobre la hierba húmeda. Finalmente le habían quitado el cuchillo. Abby estaba de pie frente a ella y, lentamente, sacó un objeto de su bolsillo. Un trozo de porcelana rota que brilló bajo las luces de los automóviles de policía.

Debería haber sabido que Abby se la había llevado. Claro que había estado visitando el sótano sin él. Dan finalmente lo comprendió.

—¿Reconoces esto? —preguntó Abby suavemente.

El cabello de la mujer se había revuelto en el tumulto y ahora que su flequillo había quedado apartado hacia un lado, la cicatriz de su frente se veía claramente. Una cicatriz igual a la de la niña de la fotografía. Abby giró la figurita de porcelana, haciéndola bailar.

Desde donde estaba arrodillada, Lucy se inclinó para tratar de alcanzar la bailarina. Abby dejó que la tomara, sonriendo tristemente.

—¿Eres Lucy, no es cierto? ¿Lucy Valdez? Mi nombre es Abby Valdez. Tú tenías un hermano... *tienes* un hermano. Mi padre. Sé que es mucho para asimilar, pero creo que le encantaría verte. Y quiero que sepas que tu padre... Bueno, nunca se perdonó por haberte enviado aquí.

Lucy acunó la bailarina rota en las palmas de sus manos, sosteniéndola cerca de su pecho.

Dan se preguntó si había encontrado el cuerpo de Sal en el bosque o si su ira provenía únicamente del hecho de que sospechaba que él era el director.

—Oficial Teague —llamó Dan, y el policía se aproximó.

—¿Está todo bien?

—En el sótano, antes de dejar inconsciente a Félix, me dijo que había asesinado a otra persona. Un hombre de la ciudad. Dijo que dejó el cuerpo en el bosque, cerca de la Iglesia Bautista de Camford.

—Eso es extremadamente específico —dijo Teague con recelo—. ¿Estás seguro?

—Solo le estoy contando lo que él dijo.

Dan sabía que le iba a costar salir de este lío. Cuando Félix volviera en sí, podía no recordar nada de lo que había hecho. Y entonces sería su palabra contra la de él. Tenía el presentimiento de que sabía quién le agradaba menos al oficial.

Pero, por el momento, Teague asintió y pidió por radio que alguien de su equipo inspeccionara el bosque.

Jordan se acercó a Dan con una manta y la colocó sobre sus hombros.

—Abby tenía razón —dijo—. ¿Puedes creerlo?

—Sí, puedo. Debería haberle creído antes.

Abby estaba arrodillada sobre la hierba cerca de su tía, observándola a una distancia prudente.

—¿Y qué hay de Félix? —preguntó Jordan con un suspiro. Estiró los brazos dentro de la manta, como si fuera una capa, y cubrió un bostezo con la parte interna del codo—. ¿Estaba...? ¿Crees que se recuperará? ¿Van a meterlo a la cárcel?

Dan se encogió de hombros.

—Eso depende de la policía, supongo. No creo que lo que sucedió haya sido totalmente su culpa, pero no tengo idea de cómo funciona la ley en estos casos. Espero que reciba ayuda, la clase correcta de ayuda —miró por encima de su hombro hacia Brookline, que se alzaba tras ellos—. No la clase de ayuda que este lugar ofrecía.

—¿Y nosotros?

—Van a cerrar el curso —dijo Dan con seguridad—, y nos iremos a casa.

—Genial —Jordan pateó el suelo—. Supongo que siempre supe que mi fantasía sabática terminaría y yo tendría que dejar Oz. Ahora debo volver a casa y fingir ser heterosexual por un año más. ¿Cómo lo soportas?

—Déjame decirte que es una carga espantosa —ambos rieron, pero Dan no pudo evitar preocuparse por Jordan. ¿Qué harían sus padres cuando se enteraran a dónde había ido realmente a pasar el verano?—. ¿Sabes? Si quieres, es decir, si en tu casa se ponen muy terribles, podrías venir a quedarte conmigo. Por un tiempo, o no sé. Estoy seguro de que mis padres estarían de acuerdo.

Jordan se acomodó los lentes y resopló, y Dan estuvo seguro de que rechazaría la oferta.

—¿Tu mamá sabe cocinar?

—No, pero mi papá sí.

—Acepto —Jordan estiró la mano y él la estrechó.

CAPÍTULO

No 37

—**S**upongo que enviarán a alguien a buscar las cosas de Félix —dijo Dan, mientras guardaba sus últimos libros en una maleta. Sandy y Paul estaban ocupados apilando el equipaje junto a la puerta. Su lado de la habitación estaba prácticamente vacío, pero las cosas de Félix permanecían intactas; incluso había una botella de Gatorade medio llena sobre el escritorio.

—Pobre chico —dijo la madre de Dan, que estaba acompañándolo mientras él permanecía sentado sobre la cama. Ya había quitado las sábanas y las había enrollado. No dejó que nada le impidiera empacar; aunque no quisiera despedirse de sus nuevos amigos, quería salir de Brookline. Cada segundo que permanecía allí parecía demasiado.

—¿Toc toc?

Los tres se volvieron y observaron a Abby de pie, junto a la puerta. Se estaba balanceando tímidamente sobre sus talones, esperando para entrar.

—Ah, hola. Me alegro de que hayas pasado a saludar —dijo Dan. Una noche de descanso en el hotel de la ciudad les había hecho bien a todos: Abby se veía increíble, con una túnica que dejaba descubierto uno de sus hombros y *leggings* ajustados. Sus botas de combate estaban manchadas con pintura rosa y amarilla.

—Llevaremos los bolsos al auto —propuso su padre y le lanzó una mirada que fue todo menos sutil. A pesar del gesto, Dan agradeció el momento de privacidad.

—Fue un placer conocerlos a ambos —dijo Abby mientras ellos se marchaban.

—Igualmente, cariño —su madre le hizo un gesto de aliento desde la puerta, sin que Abby la viera.

Las sábanas enrolladas se unieron a sus libros. Dan tuvo que ejercer presión sobre la maleta para lograr cerrarla.

—¿Ya dejaste tu habitación?

—No exactamente. Ya empaqué todo, pero todavía estoy esperando a papá...

Dan bajó la maleta atiborrada de la cama al suelo.

—¿Viene a buscarte? ¿Eso significa que...?

Abby sacudió la cabeza con una expresión triste.

—Resulta que... —dijo Abby, y luego se detuvo, con un nudo en la garganta—. Resulta que Lucy estaba casada con un hombre de la ciudad y él... y Félix... Félix lo *asesinó*.

Se echó a llorar.

—Oh, Dios mío, Abby, qué horrible —dijo, abrazándola con actitud protectora. Odiaba haber llegado a un punto en el que era más fácil mentir y hacerse el sorprendido que decir la verdad. Estaba seguro de que ella también tenía sus secretos todavía.

Finalmente, Abby se apartó y se secó las lágrimas.

—Siento que todo este verano estuvo maldito. Que empeoré la vida de la tía Lucy en lugar de mejorarla y los arrastré a ti y a Jordan a todo este lío.

—No, no, Abby, escucha, ¿este verano? Este lío no fue tu culpa. Todos teníamos asuntos que resolver, y estoy feliz de haberlos conocido a ti y a Jordan para que pudiéramos resolverlos juntos. Quiero decir, vamos a mantenernos en contacto, ¿no es así? Lo que le sucedió a tu tía es realmente horrible, pero los tiene a ti y a tu padre, ¿no? Tampoco está sola.

—Supongo que tienes razón —Abby inhaló ruidosamente—. Y sí, definitivamente nos mantendremos en contacto.

—Entonces, ¿ves? Al menos el verano no fue una total... —algo en la puerta lo hizo dejar de hablar. Apareció una silueta, su sombra descendió un segundo antes de que la profesora Reyes apareciera vestida, como siempre, de negro—. ¿Profesora? ¿Sucede algo malo?

—¿Eh? —permaneció junto a la puerta, con un enorme juego de llaves maestras que tintineaban colgadas de su muñeca—. Oh, no, solo quería pasar para informarles que Félix Sheridan ha sido trasladado al Hospital General West Hill. Tienen un equipo de psiquiatría excelente y recibirá el cuidado que tanto necesita. Todo este asunto es... una lástima, pero creí que querrían saber lo que sucedió.

—Gracias —dijo Dan—. Solo quiero que esté bien.

La profesora Reyes asintió, con una expresión imposible de descifrar.

—Es lo que todos queremos —entonces pareció recordar algo, sobresaltándose y levantando la mano que sostenía el llavero—. Por cierto, la sección antigua está cerrada definitivamente y un oficial fue asignado para vigilarla hasta que todos hayan salido de la residencia. Nadie verá los niveles inferiores hasta mi seminario, el año entrante. A propósito, mi oferta para que participes sigue en pie —con una sonrisa rápida y superficial, se volvió para marcharse—. No te preocupes, Dan. Estoy segura de que esto será solo un mal recuerdo muy pronto.

Eso no era muy reconfortante. La cuestión con los recuerdos es que nunca puedes controlar cuándo volverán a aparecer.



Cuando se fue cerró la puerta con suavidad y Dan se quedó mirándola fijamente por un largo momento. No podía dejar de pensar en las llaves que tenía en la mano y en la puerta... La puerta que parecía contener todos los secretos de Brookline...

—¿Dan? ¿Dan, qué sucede?

No podía quitarse la sensación de que, de alguna manera, las llaves eran importantes. Félix le había dicho que la puerta de la sección antigua estaba abierta el día que llegaron, que así fue como había logrado entrar, en primer lugar. Si la profesora Reyes tenía las llaves, podría haber sido quien dejó la puerta abierta aquel día. Y podría haber entrado fácilmente cuando quisiera. Como para seguirlos. O para atraparlos con el fichero.

—No es nada —dijo, sacudiendo la cabeza—. Solo estoy un poco paranoico. Es este lugar... No soy yo mismo aquí —eso era quedarse corto—. ¿Quieres seguirme a mi auto?

—Claro —dijo Abby, dándole un beso rápido en la mejilla—. No puedo esperar a estar en cualquier otra parte.

Cada uno tomó una manija de la maleta y juntos la levantaron y se volvieron para salir. Se preguntó si debía darle un beso final ahí, antes de separarse, o esperar hasta llegar al auto. Parecía un momento tan importante que realmente no quería arruinarlo. Dándole vueltas a esa cuestión, comenzó a caminar hacia afuera.

Definitivamente en el auto, decidió, eso era más romántico. Sonrió y le abrió la puerta, sin querer despedirse pero feliz de saber que volverían a verse, cuando todo este trauma de Lucy hubiera pasado. Se llamarían, claro, y se enviarían correos electrónicos, y Abby incluso podría querer ir a visitarlo, especialmente si Jordan iba a quedarse con él.

—¿Soñando despierto? —bromeó ella, empujando la maleta contra su pierna.

—Nooo —Dan rio por lo bajo y le sonrió mientras salían al pasillo—. Bueno, tal vez un poco...

—Oye, ¿qué es eso?

—¿Eh?

Siguió la mirada de Abby hasta el piso, donde había un pequeño trozo de papel, medio atrapado por su zapato. Dan apartó el pie, entrecerró los ojos, y el alma se le fue al suelo cuando vio la caligrafía escalofriantemente familiar.

Estaba escrito en tinta negra, centrado, con letra segura, casi alegre.

Nos veremos pronto.

Daniel Crawford

Nos veremos pronto.

David Crawford

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias, primero y principalmente, a mi agente, la indomable Kate McKean, por darme la oportunidad de trabajar en este proyecto. Gracias también a Andrew Harwell y el equipo de Harper Collins por hacer que este libro fuera posible y por su creatividad, generosidad y orientación. A mi familia, por su paciencia y apoyo (mamá, papá, Nick, Tristan, Julie, Gwen y Dom). Mi gratitud, como siempre, a los profesores que me inspiraron a volar más alto (Fran, Steve, Rod, Chris, Lisa) y mis maestros de la escuela secundaria por hacer que mi adolescencia fuera mucho más feliz que la de Dan (Larry, Adrienne, Naomi).

Un agradecimiento a Beloit College y el ruego de que me disculpe por ser la inspiración física de la Universidad de New Hampshire: gracias por inspirar el trazo y disculpas por convertirla en un campus embrujado.

Y por último pero no por eso menos importante, a los amigos que me apoyaron y me impulsaron cuando tenía días malos: a Kai (demasiado para mencionar: compañía, apoyo, cenas y *Doctor Who*, dador de Appa y creador de Plops de monitor), Taylor (alias Mi hijo menos favorito, apoyo, amistad, risas, paciencia, fotografías de gatos y chismes), Jeremy y Christi (¡salvavidas!), Anna y Nicholas (y sus pequeños), Maria y Kimber (esos ratones te pertenecían, querida mía, incluso si aparentemente se ahogaron).

LAS IMÁGENES DE ESTE LIBRO SON ILUSTRACIONES FOTOGRÁFICAS CREADAS ESPECIALMENTE POR FACEOUT STUDIO Y PRESENTAN FOTOGRAFÍAS DE MANICOMIOS REALES.

Fondo texturado: Naoki Okamoto/Getty Images

Niña en banco: Jerry Cooke/Getty Images

Niña: Carmen Gonzalez/Trevillion Images

Brookline: James W. Rosenthal, Biblioteca del Congreso

Director: Ysbrand Cosijn/Shutterstock.com

Puerta con ventana: Wally Gobetz

Picaporte: nuttakit/Shutterstock.com

Pequeña Lucy: Mike Pecosky

Marco de fotos: Valentine Agapov/Shutterstock.com

Pared de azulejos: chalabala/Shutterstock.com

Hombre forcejeando: Henry Clarke/Biblioteca Wellcome, Londres

Marco de fotos: Valentine Agapov/Shutterstock.com

Pared de azulejos: chalabala/Shutterstock.com

Pies con grilletas: Jerry Cooke/Getty Images

Interior de sala: Biblioteca del Congreso, División de Fotografías e Impresiones, HABSPA, 51-PHILA, 354-106

Manchas de sangre: Fer Gregory/Shutterstock.com

Ilustración de un cerebro: lynea/Shutterstock.com

Papel nº 1: Filipchuk Oleg/Shutterstock.com

Ilustración de una mano: Morphart Creation/Shutterstock.com

Ilustración de herramientas: lynea/Shutterstock.com

Papel nº 2: Filipchuk Oleg/Shutterstock.com

Médicos: Biblioteca del Congreso, Colección de fotografía de G. Eric y Edith Matson

Marco de fotos: Valentine Agapov/Shutterstock.com

Pared de azulejos: chalabala/Shutterstock.com

Radiografía de cráneo de perfil: Oliver Sved/Shutterstock.com

Radiografía de cráneo de frente: Vadim Kozlovsky/Shutterstock.com

Radiografía de cuello de perfil: Igor Kovalchuk/Shutterstock.com

Lentes en gancho: Peter Zijlstra/Shutterstock.com

Gancho: igor gratzer/Shutterstock.com

Manchas de sangre: Stephanie Frey/Shutterstock.com

Enfermeras: Biblioteca del Congreso, División de Fotografías e Impresiones,
HABS LCDIG-npcc-33370

Director: Ysbrand Cosijn/Shutterstock.com

Hoja de diario: Mark Carrel/Shutterstock.com

Marcas de arañazos: D.J.McGee/Shutterstock.com

Sobre: Faceout Studio

Fondo de madera: Photomim/Shutterstock.com

«¿Cómo matas a una Hidra?»: Faceout Studio

Papel para notas: IgorGolovnirov/Shutterstock.com

Fondo antiguo: Annmarie Young/Shutterstock.com

Túnel: Tuomas Lehtinen/Shutterstock.com

Huellas: Ispace/Shutterstock.com

Planos (superior): Biblioteca del Congreso, División de Fotografías e
Impresiones, HABS NY, 15-CATRES, 1B-6

Plano (inferior): Biblioteca del Congreso, División de Fotografías e
Impresiones, HABS NY, 15-CATRES, 1C-6

Papel cuadriculado: pockygallery/Shutterstock.com

Hombre sobre camilla: Jerry Cooke/Getty Images

Notas de ecuaciones: Jiri Vaclavek/Shutterstock.com

Ilustración adicional: Faceout Studio

Bloc de notas tamaño oficina: imging/Shutterstock.com

Ilustraciones de Abb: Faceout Studio

«La locura es relativa»: Faceout Studio

Fondo antiguo: Alex Roman

Instrumental quirúrgico: Rudolf Vlcek/Shutterstock.com

Bailarina: Claudia Newland/Shutterstock.com

Resortes: Sergey Shlyayev/Shutterstock.com

Cajita de música: Richard Peterson/Shutterstock.com

Pared de azulejos: chalabala/Shutterstock.com

Anfiteatro: Ken Fager

Instrumental desparramado: Meg Settembro

Notas «Un momento de»: Faceout Studio

Pila de papeles: Valentin Agapov/Shutterstock.com

Trozo de papel: STILLFX/Shutterstock.com

Papeles desparramados: Valentin Agapov/Shutterstock.com

Niña sobre cama: Jerry Cooke/Getty Images

«En un mundo loco»: Faceout Studio

Fondo antiguo: Aleeka Stock

Notas: «Cada víctima» Faceout Studio

Tabla sujetapapeles: pio3/Shutterstock.com

Iglesia: Roberto A. Sanchez/Getty Images

Hombre en camisa de fuerza: Jerry Cooke/Getty Images

«Es hora»: Faceout Studio

Papel plegado: Picsfive/Shutterstock.com

Fondo antiguo: Mario7/Shutterstock.com

Paciente amarrado: Jerry Cooke/Getty Images

Llaves Dougal: Waters/Getty Images

«Nos veremos pronto»: Faceout Studio

Fondo antiguo: Graphic design/Shutterstock.com



MADELEINE ROUX (Minnesota, EE.UU, 1985). Recibió su licenciatura en Escritura Creativa y Actuación en Beloit College en 2008. En la primavera de 2009, Madeleine completó un plazo de Honores en Beloit College, escribiendo y presentando una novela histórica de ficción de larga duración. Poco después, comenzó el blog de ficción experimental *Allison Hewitt Is Trapped* que se extendió rápidamente por toda la blogosfera, trayendo una experiencia ficción de serie única para los lectores. Nacida en Minnesota, ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y la preparación para el apocalipsis zombi eventual e inevitable.

Notas

[1] N. de la T.: «Once more into the breach» hace referencia a uno de los discursos más famosos que escribió Shakespeare, pronunciado por el rey durante el sitio de Harfleur, en el acto III de la obra Enrique V. <<